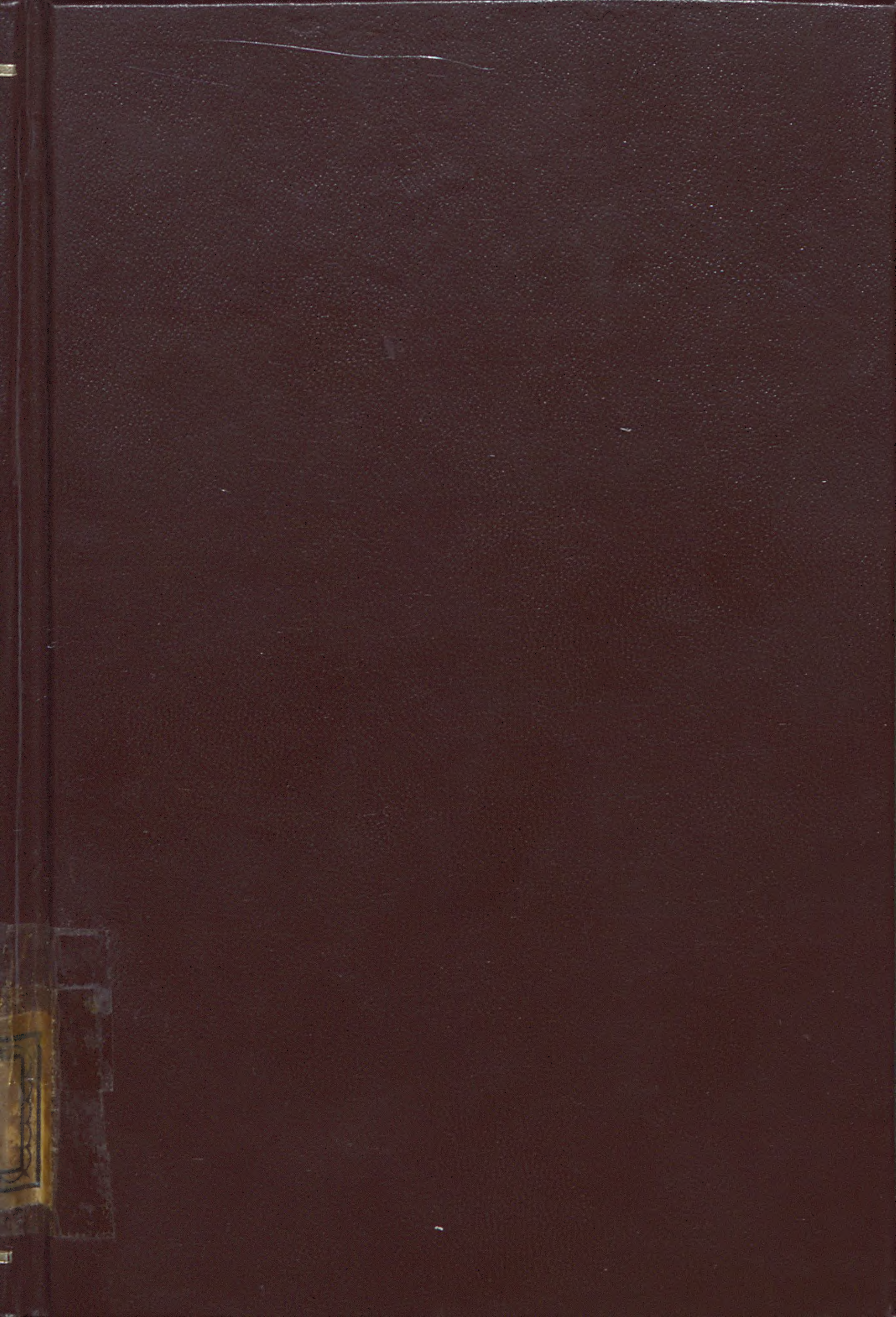
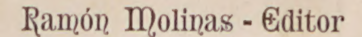




Ramón Molinas - Editor



EN

LOS BOSQUES ENCANTADOS

CUENTOS PARA NIÑOS

POR

P. PETROCCHI

ILUSTRACIÓN DE HÉCTOR XIMENES Y GENARO AMATO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

POR

RICARDO PÉREZ REVOREDO



BARCELONA

Establecimiento tipolitográfico de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Calle de las Cortes, núms 365 á 371



EN LOS BOSQUES ENCANTADOS

BIBLIOTECA DE «EL CAMARADA»

EN LOS BOSQUES ENCANTADOS

CUENTOS PARA NIÑOS

POR

P. PETROCCHI

ILUSTRACIÓN DE HÉCTOR XIMENES Y GENARO AMATO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

POR

RICARDO PÉREZ REVOREDO



BARCELONA

Establecimiento tipolitográfico de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Calle de las Cortes, números 365 á 371

JUANITO EL DE LAS PLUMAS DE ORO

Érase una vez una reina tan mordaz y tan vana que se habría burlado de su mismo padre. Un día vió en el dintel de una cabaña al hijó de una molinera, en tal extremo estevado y contrahecho y feo que le pareció nacido adrede para hacer reir. ¡Ja! ¡Ja! La reina no podía tenerse de risa. La molinera se enojó, lamentóse de ello con las hadas, y las hadas le dijeron:



... vió en el dintel de una cabaña al hijo de una molinera...

—Reirá mejor el que se ría el último.

La reina tenía un hijo, y este hijo era muy guapo y se llamaba Juanito. Pues este Juanito comenzó á volverse feo. A simple vista cambiaba de fisonomia: las líneas del rostro se le acartonaban, la piel tomaba un color gris, los ojos se le torcían, los párpados se le hinchaban y las pupilas se le empequeñecían; por lo cual no tardó en semejar un verdadero monstruo. Salióle una cola, las uñas se le volvieron garras y todo él se cubrió de vello.

Entonces la reina, espantada, corrió á ver á las hadas y las interrogó. Y las hadas le respondieron irritadas:

—¡En el huerto nacen maravillas!

Y como la reina no comprendiese bien, preguntó llorando si su hijo quedaría siempre en aquel estado, á lo cual las hadas respondieron solamente:

—Amor engendra amor: la crueldad engendra aborrecimiento.

Y la reina se volvió llorando. Pero su hijo, aunque no supiese hablar, conocía su destino. Sabía que si alguna bella niña no lo tomaba por marido, permanecería siempre en aquel mísero estado hasta que muriese.

Sucedió, pues, que había tres hermosas muchachas en la vecindad, hijas de un molinero. Juanito, siguiendo su amoroso instinto, se acercó á ellas, y la mayor le dijo:

—¡Vete de ahí, animal, feote!



... la reina, espantada, corrió á ver á las hadas y las interrogó.

Juanito, muy mortificado, volvióse á casa, y al cabo de tres días dirigióse de nuevo á las molineras y se acercó á la segunda, que le dijo:

—¡Lárgate de ahí, negra bestia!

Pasaron otros tres días, y Juanito encaminóse de nuevo en busca de las molineras, aproximándose á la chiquitina. Estaba perdido de pura suciedad, pues hacía poco que se había caído en un pantano, pero la molinerita le dijo:

—¡Pobre bestiezuela!

¡Con qué alegría escuchó Juanito aquellas dos palabras cariñosas! Acercóse tímidamente á ella y la miraba, y ella le miraba á él. Pero nada se decían.

Algunos días después, Juanito le dijo á la molinera:

—Oyeme: ¿me... quieres mucho?

Y la molinera, muy amable:

—Sí, pobre animalito.

Otro día, suspirando, murmuró Juanito:

—Dime...

Y no decía más.

—¡Habla!—respondió la molinera.

—¿Me... querrías para casarme contigo?

La molinera le miró con rostro benigno, y luego, acariciándolo:

—¿Por qué no, pobre animalito?

—¿En el estado en que me encuentro? ¿No ves la fea bestia que estoy hecho?

—No... pues no eres feo,—respondió la molinera;



... la molinerita le dijo: —¡Pobre bestiezuela!

—ni... tampoco eres diferente de nosotros. Esta no es más que una atroz venganza de las hadas; pero yo te quiero bien. Eres un buen muchacho, mejor que tantos otros de nuestra condición: así lo siento. Hablas bien, piensas bien: ¿por qué tendrías que ser infortunado?

—Y... ¿aceptarías el anillo?

La bella molinera no respondió: presentó el dedo del corazón á Juanito, colocó éste en él el anillo, y cuando estuvo puesto ocurrió una escena: Juanito no fué ya lo que era, sino un bellísimo mancebo. La molinera quedó maravillada.

—Ahora que eres mi esposa, deja que te bese, hermosa molinera mía. Mas entiende que la gente no sabe, no sabrá, no ha de saber nada, durante un año y tres días, que yo sea así: todos deben creer que has querido casarte y te has casado con un monstruo. ¿Estás contenta?

—Contentísima.

—Y guardarás el secreto: ¿verdad?

—Lo guardaré.

Claro está que toda la gente envidiosa y necia murmuraba porque tan hermosa doncella se había casado con un ser semejante, y decían:

—¡Pues! ¡Lo ha hecho porque era el hijo de la reina!

Y la reina misma le dijo un día:

—¿Por qué te has casado con él?

—Porque me gustaba.

Pero la reina, maliciosa y charlatana, que habia hecho espiar algo, preguntó:

—Has oido decir que es un guapo mozo: ¿verdad?

—A mí me gusta.

—No te hagas la desentendida; no seas hipócrita. ¿Es verpad ó no? Lo he visto por el ojo de la llave.

—Será verdad.

—Mira que lo quiero ver.

—No puedo.

—Te repito que lo quiero ver.

—Os digo que no puedo.

—¡Descarada molinera! Pues yo he de verle mientras viva: la reina lo manda.



Juanito no fué ya lo que era...

—Bien: vedlo, pues.

Y una noche, mientras Juanito dormia, la reina madre contenta y la nuera desconsolada entraron en la cámara con una vela en la mano y lo descubrieron, y la reina no se cansaba de admirar un tan hermoso mancebo.

Al hacer un movimiento cae una gotita de cera en

el pecho de Juanito, que da un suspiro y despierta con la mirada extraviada.

La reina había escapado. La molinera quedó allí inmóvil como una estatua de sal, y vió y no vió cómo su esposo cambiaba de figura y se tornaba un pájaro con las plumas relucientes como el oro.

—Lo has querido decir, —murmuró, —y ahora no me verás más, ni me encontrarás más, si primero no has caminado siete años, derramado siete frascos de lágrimas y consumido siete pares de escarpines de hierro. Sólo entonces podrás encontrar á Juanito de las plumas de oro.



... la reina no se cansaba de admirar un tan hermoso mancebo

Y, con esto, emprendió el vuelo antes de que la pobre infeliz hubiese vuelto en sí de su estupor, y lo vió salir por la ventana y volar y atravesar la montaña. Después no lo vió ya. Entonces cayó en el duro suelo y rompió en un raudal de llanto afanoso, y decía suspirando:

—¡Oh, Juanito! ¡Juanito mío! ¿Quién me volverá á mi Juanito?

Después mandó se le construyeran siete pares de escarpines de hierro, y puso seis en un cesto y calzóse el otro par; y llorando, partióse con su palo ferrado y se puso en camino, tomando por la parte donde había visto que emprendía el vuelo.

Y anda, anda, anda que te andarás, una semana, un mes, un año: había roto un par de escarpines, siempre llorando, sin ver el fin de su camino y sin que nadie supiese darle razón de Juanito, el de las plumas de oro.—¿De las plumas de oro? Jamás oí semejante cosa.



... y vió y no vió cómo su esposo cambiaba de figura...

Así anduvo dos, y después tres, y después cuatro, y después seis años, siempre llorando, tanto que ya no tenía lágrimas, sino un dolor en el pecho por el continuo afán; y había dado la vuelta á medio mundo, pasado por llanuras inmensas, trepado por altísimos montes, atravesado rios y torrentes, peligrado en tantos precipicios, dormido

en tantos valles brumosos, y había oído el silbar de las serpientes y el aullar de los lobos; pero á su Juanito de las plumas de oro no lo había encontrado.

Y tenía los pies desollados y encallecidos, y la piel arañada, y estaba en los huesos, porque había padecido muchas veces hambre y sólo se había alimentado de las yerbas de los prados, como las bestias, y de frutas amargas y silvestres.

Y á Juanito de las plumas de oro no lo había encontrado, y estaban casi rotos los siete pares de escarpines de hierro, y no le quedaba ya aliento. Con todo, prosiguió la caminata.

Había llegado á una cañada toda nueva que salía á una llanura inmensa, y en el fondo se veían montañas tan altas como jamás hubiese visto.

Era de noche y no sabía dónde reclinar su cabeza, cuando vió, única y solitaria esperanza, una lucecita lejana, lejana. Anduvo hacia allá, esforzándose, arrastrándose, casi á gatas, y llamó en una casita.

Apareció una vieja andrajosa, que preguntó:

—¡Desventurada! ¿Qué os trae aquí? ¿No sabéis que esta es la casa del Coco? ¿que esta es la llanura de los Cocos?

—Quisiera que por caridad me albergarais. ¿Podríais decirme dónde podría encontrar á Juanito de las plumas de oro?

—¿Eh? ¡Ni pizca sé yo de ese Juanito que decís, querida mía! Mi marido, que por todas partes se mete, debe de saberlo. Pero escapad pronto, porque

si llega á encontraros... ¡pobre de vos! Mas... ¡qué! ¿lloráis? ¿Queréis, pues, entrar á toda costa? Sea: veré de meteros en algún rincón: con vuestro pan os lo comáis, mujercita mía. Venid.

Y la hizo acostar en una artesa y la cubrió con tantas ropas como si pasara la colada. Y héte aquí que entra el Coco, que olfatea, gruñe y sube por la escalera refunfuñando:

¡Mujo, mujo!
¡Qué olor de cristianujo!
O está ahora ó habrá estado,
ó alguno se ha ocultado.

La mujer dijo:

—Ha estado hace poco una mujer, una tal que quiere saber de Juanito de las plumas de oro. ¿Tú sabes lo que es?

—Aquí debe haber algún cristianujo,—gruñó el Coco sin contestar;—pero si lo hay ya haré yo que salte y brinque.

Y, cogiendo una flauta, púsose á tocar, y comenzó á bailar todo; y la pobre molinera, metida en la artesa, se sentía toda sacudida, peor que un par de castañuelas en manos de un bailarín de montaña.

Finalmente, aquel bestia condenado, cesa y se cae en tierra vencido por el sueño.

Por la mañana la mujer del Coco sacó afuera á la molinera y le dijo:

—¡Pobrecilla! ¿No os lo decía yo? No habéis sa-

cado nada en limpio y estáis derrengada. ¿Qué os podré dar yo ahora? ¿Una nuez? Tomad: abridla en un momento de verdadera necesidad. Adiós. Algo más allá hay otro Coco que quizás podrá daros alguna noticia.

La molinera continuó su camino, y al otro día llegó á otra cabaña, que era de otro Coco, y pidió hospitalidad, por más que tan mal le hubiese ido la primera vez. La mujer, ahora, la hizo esconder dentro de un cajón.

Y hé aquí que el gran bestia comienza:

¡Mujo, mujo!
¡Qué olor de cristianujo!
O está ahora ó habrá estado,
ó alguno se ha ocultado.

—Ha venido una mujer que quería saber de un tal Juanito de las plumas de oro. ¿Sabes tú quién es, Coco?—dijo la mujer.

—No me vengas á mí con Juanitos.

Y cogiendo la flauta tocó, y toda la casa bailaba, y la pobre molinera en el cajón se sentía sacudida peor que un cuévano de trigo, y habría pedido misericordia, con cuatro manos, si hubiese sido posible.

Al rayar el alba, la vieja, cuando la vió tan rendida, le dijo:

—¡Pobrecilla! ¿Cómo lo vais á hacer ahora? Pero ¿por qué veníais á la casa del Coco? Yo sólo os puedo dar una castaña. Tomad: abridla en el mayor apuro.



Y cogiendo la flauta tocó, y toda la casa bailaba...

Adiós. Más allá hay otro Coco: quién sabe si sabrá lo que queréis... Bien que lo mejor sería os volvieseis á vuestra casa, porque estos países son muy feos.

Pero la molinera se puso otra vez en marcha por aquella llanura que no acababa nunca, pensando que al llegar á los montes quizás le esperaría mejor fortuna. Todo aquel día lo pasó arrastrando los pies siempre en la llanura, y al llegar la noche vió la lucecita de costumbre, allá lejos. Llegó á una cabaña, llamó quedo, quedito, porque había cogido un poco de miedo, y preguntó:

—¿Me sabríais dar noticia de dónde se encuentra Juanito de las plumas de oro?

Y una vieja desgreñada, que había entreabierto una ventana, respondió refunfuñando:

—Aquí está el Coco, y si queréis que el Coco os coma, entrad.

—¿No podríais esconderme en cualquier rincón, por caridad, y preguntar entretanto á vuestro marido si lo sabe?

—¿Qué es eso de preguntarle y no preguntarle? Vaya, entrad.

Y la vieja, gruñendo, la hizo pasar y la escondió debajo de una escalera, entre mil trastos, mil pucheros rotos; pero apenas había trascurrido un minuto cuando oyó al Coco que salía berreando, *¡Mujo, mujo!* y silbando á guisa de bailar algo, con lo cual trepidaron las paredes, bailotearon todos los cachivaches, y la pobre molinera se sentía zarandear que era una lástima, lo mismo, mismito que las otras veces.

La mujer del Coco, compadecida, le gritaba:

—Déjales en paz á los cristianujos, viejo loco. Era un demontre de muchacha que preguntaba por un tal Juanito de las plumas de oro.



... encontró á un viejecito, con la barba toda blanca, que guardaba los ganados.

—¿Es esta la casa del Viento?—exclamó el Coco. —¿Es esta la casa del Viento?

Y por la mañana la vieja le dijo á la molinera:

—Id á la casa del Viento: ¿no habéis oido? Me habéis hecho sufrir tanto como hayáis podido vos. Tomad: hé aquí esta almendra: abridla en caso de que os encontréis en el mayor apuro.

Y así no se mostró menos generosa, aquella buena vieja desgarbada, que las otras dos. La molinera ca-

minó hacia la montaña y encontró á un viejecito, con la barba toda blanca, que guardaba los ganados.

—¿Me diríais, buen abuelo, dónde está la casa del Viento?

—No sé: mi padre quizás os dará razón: id más allá, siempre arriba, y preguntádselo.

A mitad del monte encontró á otro anciano, mucho más viejo, y le preguntó:

—¿Sabríais decirme, caro abuelo, donde está la casa del Viento?

—No sé: mi padre, que vive más allá, más arriba, lo sabrá: preguntádselo.

—¿Tenéis padre aún?—preguntó la molinera maravillada.—Y ¿cómo ha podido conservarse tantos años?

—Con *lo bueno*, con *lo justo* y con *el ahorro*, mi provecho no es dudoso.

Y no dijo más.

La molinera emprendió de nuevo la subida y encontro á un anciano, á un hermoso anciano, con una barba de á vara, amarillenta como las cabelleras de las mazorcas de junio. El viejo hacía leña, preparando su haz para llevárselo.

—¿Sabríais decirme, caro abuelo, dónde está la casa del Viento?

—Llegad hasta la cumbre y allí la encontraréis, de fijo.

—Veo que todavía os cargáis las haces, caro abuelo. ¿Queréis que os ayude? Decidme, y Dios os guar-

de aún muchos años: ¿cómo os las habéis compuesto para conservaros tan bien?

—Con *lo poco*, con *lo bueno* y con *lo justo* me he conservado robusto,—respondió el viejo.—Y después de haberse hecho tres señales cabalísticas en la cara, cargóse ágilmente el haz sobre la espalda.



... arrolló tantas veces á la pobre mujer como si fuese una hoja seca...

La molinera partió pensando en la adivinanza, que no entendía.

De pronto se levantó una gran ventolera que no la dejaba caminar, y después otra que la empujó adelante como si fuera una pluma. Entonces vió allá arriba, en la cumbre, un páramo desierto, y comprendió que aquella era ciertamente la casa del Viento.

Pudo llegar por fin allí la pobre molinera, fatigada, con la cara entumecida, polvorienta, que ni siquiera llegaba á sentírsela, y entró. Era una casucha con las puertas y ventanas desquiciadas, todo roto y

pelado: los vientos entraban allí y salían á plena voluntad.

Escucha el Viento de levante:

—¡Psiii! ¿Qué queréis?

—¿Me daríais noticias, por favor, de Juanito de las plumas de oro?

—Lo sabrá el Viento de poniente,—responde.

Y dando vueltas por la casa, y silbando como una serpiente, arrolló tantas veces á la pobre mujer como si fuese una hoja seca, después de lo cual salió.

Escucha el Viento de poniente.

—¡Psiii! ¿Qué buscáis?

—¿Me diríais por favor, pobre de mí, dónde está Juanito de las plumas de oro?

—Lo sabrá el Viento del sur,—respondió Poniente.

Y la derriba por la parte de levante como lo hubiese hecho con un pino ó una caña en día de tempestad. Después fuése.

Escucha ahora el Viento de siroco.

—¿Qué buscas, mujercilla?—dice soplando suavemente.

—¿Me enseñaríais, buen viento, donde está Juanito de las plumas de oro?

—Yo no lo sé, pero te lo dirá Cierzo,—dice Siroco.

Y soplando en los huesos de la pobre mujer, dulzón y tranquilo como un hipócrita, la arroja al suelo de tal modo que no puede ponerse en pie. Y sale.

Pero hé ahí un viento que la pone en pie y la manda de una pared á otra como si fuese una paja seca.

—¡Psiii! ¿Qué buscáis?

—Busco á Juanito de las plumas de oro: ¿me haríais la caridad de enseñármelo?

—Está á mil millas lejos de aquí. ¡Psiii! ¿Te sientes capaz de venir conmigo á la grupa?



... subiendo, bajando, volteando atropelladamente.

—Sí,—responde la mujer.

Y el viento la levanta como una mariposa, enfila por un ventanal, y arre por los aires, y por valles y por montes, como una pluma desprendida de un pajarillo extraviado: ora la hace atravesar alta, alta, una llanura; ora la arremolina como la corola de una campanilla por una montaña arriba; hasta que llegada á la cumbre la hace emprender de nuevo el des-

censo, y gira hasta otra cumbre, subiendo, bajando, volteando atropelladamente.

Y la molinera, toda lacerada, como un sarmiento deshojado, rajada como una vieja encina, estaba que nadie la hubiera conocido. Parece haber permanecido siete años bajo la arena inflamada de un desierto: una momia.

Pero hé ahí que el viento la deja en fin sobre una colina, y la dice:

—¿Ves allá aquella ciudad? Allí está Juanito de las plumas de oro. ¡Psiii!—Y huye en seguida.

Ya ha llegado la molinera al término de su viaje, al punto tan deseado, buscado con tantas fatigas. Pero ¡oh Dios! en vez de sentirse más fuerte, después de haber andado siete años para buscar á Juanito, hallábase ahora toda asustada, y casi sintiendo haberse movido.

—¿Cómo podrá reconocerme en este estado?—se decía.—Y ¿qué esposa seré yo, digna de tan gran señor? ¡Ah! Yo hubiese querido que se encontrara aún en estado de castigo: aun hubiera podido serle útil entonces; pero, ahora, tal vez se encuentra feliz y quizás tendrá otra esposa.

Con todo, armóse de valor, levantóse y echó á andar hacia el palacio, pero tan despeada, tan andrajosa, que parecía una vieja de noventa años, una pordiosera. Llega al portal y está cerrado... Sentíase desfallecer. Coge el aldabón y así permanece un rato sin poder llamar, cuando se asoma un criado á una ventana.

—¿Qué se os ofrece, abuelica?

¿Abuelica? ¡Lo había adivinado! Y la molinera, confusa, descorazonada, pregunta:

—¡Si pudieseis prestarme albergue en cualquier parte, debajo de una escalera, y darme algo que hacer, cavar el huerto, apacentar los patos, barrer la cocina!.. Soy una pobre mujer desamparada, lejos de mi casa...



¡Glo, glo, glo!
¡Qué bella ama tengo yo!

—¿Querriáis guardar las ocas? —dice el criado.—Pues á propósito venís, porque nos faltaba una guardiana. Y me parecéis que ni pintada para ello, cara vecina.

—¡Oh, gracias! Dios os recompense vuestra caridad,—respondió la mujer.

Y fué conducida á una huerta, inmediata al jardín, para que guardase las ocas, y allí pasaba los días esperando poder ver á Juanito, y no le veía nunca, por más que miraba á las ventanas, relucientes al sol y resplandecientes por la noche á la luz de la luna.

Entonces se desesperó y no sabía qué hacer, cuando de pronto se acordó de la nuez. *Abridla en un momento de verdadera necesidad*, había dicho la mujer del Coco. Rompióla y se encontró dentro como seda: tiró, tiró, y salió de la nuez una gran pieza de seda labrada. ¿Qué era? Lo miró: mira que te mira: era un hermoso vestido de color del mar, con una cola larguísima, todo recamado y cuajado de flecos y de perlas. Probóselo la molinera, y, apenas se lo hubo puesto, vió que le caía pintiparado, y como por encanto sintióse correr otra sangre por las venas. Se conoció joven y fresca como antes, y comprendió que debía haberse tornado como la molinera de otros días, como si no hubiese sufrido nunca, como si la hubiesen tenido siempre entre algodones. Todo se lo hacía creer así, y bien lo veía en sus manos, pequeñitas y blancas como la nieve y suaves como el terciopelo.

Y las ocas se habían puesto á gritar, dando vueltas en torno suyo, como alocadas:

¡Glo, glo, glo!
¡Qué bella ama tengo yo!
¡Como la luz esplendente,
como el sol resplandeciente!

Tanto, que se enfadó la mujer que hacía de señora de la casa y que andaba tras de casarse con el dueño, que era un príncipe muy rico y poseía aquel magnífico palacio, y tantas tierras y países.

Y cuando aquella señora á medias vió en tal guisa á la guardiana de las ocas, la mandó llamar y le preguntó si quería darle aquel vestido, á lo cual respondió la molinera que sí se lo daría, pero con una condición, y es que le dejara permanecer una noche en la cámara del príncipe.

Y la señora á medias consintió. Y por la noche, á la cena, puso opio en el vino del príncipe, que lo bebió y se quedó dormido y debieron llevarlo á la cama.

Entonces entró la molinera, y se echó á llorar al pie del lecho, diciendo:

—¡He andado siete años y he roto siete pares de escarpines de hierro, he derramado siete frascos de lágrimas, y ahora que estoy á tu lado, duermes!

Y lloró y se lamentó toda la noche, y al llegar el día fué arrojada fuera.

Y la pobrecilla, desesperada, lloraba, lloraba sin cesar. Después cobró ánimo y abrió la castaña; y salió de ella un vestido muy hermoso, color de aire, y se lo puso, y las ocas graznando:

¡Glo, glo, glo!
¡Qué bella ama tengo yo!
¡Como la luz esplendente,
como el sol resplandeciente!

Y la señora llamó á la guardiana de las ocas y quiso el vestido, y lo tuvo con las mismas condiciones.



¡He andado siete años...

Y el príncipe volvió á beber vino con opio, y volvió á dormirse, y fué llevado á la cama. Y la pobre molinera, lloraba, lloraba, y decía:

—¡He andado siete años, he roto siete pares de escarpines de hierro, he derramado siete frascos de lágrimas... y duermes! ¡He andado...

Y lloraba y gemía, y así pasó la noche, y al llegar el día Juanito dormía aún, y la molinera fué arrojada fuera.

***

¡Oh, Dios, Dios! Entonces se vió perdida, y suspirando abrió la almendra, su último recurso. Abre la almendra y hé ahí que sale un hermoso vestido, más

hermoso que los otros dos, color de cielo sereno en una bella noche de invierno, todo brillante de estrellas.

¡Hubo que oir los graznidos de las ocas! Fuéronse corriendo por en medio de la huerta hasta llegar al pie de la cerca del jardín:

¡Glo, glo, glo!
¡Qué bella ama tengo yo!
¡Como la luz esplendente,
como el sol resplandeciente!

Y la señora á medias llamó de nuevo á la guardiana de las ocas, y quiso el vestido, porque creia gustar al príncipe, y lo obtuvo con las mismas condiciones.

Mientras lo cual el príncipe Juanito dijo al maese copero:

—¿Por qué ayer y anteayer noche me dormi en la mesa?

—Andad con cuidado con el vino, príncipe,—dijo el maese copero.—Y ahora, si me es permitido, os voy á hacer una pregunta.

—Habla.

—Toda la noche oigo llorar y gemir en vuestra cámara. ¿No habéis oído nada?

Y el príncipe Juanito respondió:—No,—y entró en sospechas. Y por la noche no bebió vino, y el que tenia preparado lo arrojó bajo la mesa.

Después se fué á la cama é hizo como que dormia, y de pronto oyó abrir la puerta y vió una figura de

mujer que se ponía de hinojos al pie del lecho y lloraba, y decía:

—¡He andado siete años, he roto siete pares de escarpines de hierro, he derramado siete frascos de lágrimas... y duermes!

Y volvía á comenzar:

—¡He andado siete años...

Pero de repente quedó iluminada la estancia y se iluminaron los ojos del príncipe, que estaba sentado en la cama y abrió los brazos á su bella molinera, ya hermosa como antes, más hermosa aún; y así permanecieron largo rato sin hablar, sumidos en el éxtasis de su alegría.

Cuando empezaron á hablar, Juanito dijo á su bella compañera:

—¿Te acuerdas?

Y recordó cuando, hallándose en aquel mísero estado, ella le salvó, mientras la joven por su parte le refería su viaje, hablándole poco de sus padecimientos, recordando, más que nada, tantas y tantas cosas como había visto.

—Y á propósito,—dijo la bella molinera,—¡si supieses qué curiosidad tengo! Subiendo por una montaña he encontrado tres ancianos de tal guisa, que el primero era hijo del segundo y éste del tercero. Yo (figúrate tú) quedé tan maravillada que les pregunté á los dos últimos cómo se habían arreglado para estar tan campantes, y me respondieron de esta manera.

Y repitió aquella especie de adivinanza, y pre-



... enviaron gran número de invitaciones para un espléndido banquete...

guntó al príncipe si entendía qué querían decir.

Rióse el príncipe de la gracia de su cara molinera, y se lo explicó, y ambos prorrumpieron en una alegre carcajada, diciendo:

—Justo es.

Después de lo cual comenzaron á hablar de los solemnes esponsales que hicieran.

Entretanto, la señora á medias, ansiosa, había mirado por el ojo de la llave; y, apenas hubo visto luz en la estancia y adivinado la causa, echó á correr rabo entre piernas, sin que le hubiesen servido de nada los tres hermosos trajes.



Entonces los dos esposos enviaron gran número de invitaciones para un espléndido banquete, y suspendieron las recepciones en corte durante un mes. Llegada por fin la hora del banquete, quiso uno de los comensales saber la historia de los novios y sus aventuras, tantas y tan singulares; y como la princesa contaba las cosas con tanta sal, todos quedaban encantados escuchándola; y no les habló de sus angustias y miserias, sino de las bellas cosas que había visto; y habló también de los tres ancianos, y de la adivinanza, pidiendo todos á una voz qué significaba y qué señales eran aquellas tres. Pero la princesa, que lo sabía perfectamente, como que su marido se lo había dicho, no lo explicó, porque estaba convencida de que no hay que decirlo y explicarlo todo, teniendo mil veces razón el refrán:

Quien lo dice todo y nada guarda
bien merece una albarda.

Con su gentil habilidad desvió la pregunta y los comensales no lo tomaron á mal, antes bien cada uno reflexionó, algunos explicaron la adivinanza, y riéronse y dijeron:

—Justo es.

Y el banquete trascurrió en la mayor alegría; y como el banquete fué la existencia de los dos esposos; las pasadas miserias se convirtieron en contentamientos y fueron felices, no alcanzándoles las calumnias, las murmuraciones, las fábulas, los cuentos de los malos, sino solamente las bendiciones de las pobres gentes, porque hacían tanto bien. Y así camparon más años que Matusalén, y quizás viven aún. Y

Colorín, colorado,
el cuento ya está acabado.



II

PECHO DE HIERRO

PECHO DE HIERRO

Érase una vez un leñador que tenía siete hijos y á todos les quería mucho, pero especialmente á los dos chiquitines, que hacían sus delicias: Manolilla y Pecho de Hierro. Manolilla era una rapaza que podía pintarse, y Pecho de Hierro un arrapiezo que vendía salud, de gran valor y de una bondad y gentileza como ninguno. Nadie se las podía tener con él, y por esto le llamaban *Pecho de Hierro*. Cuando no trabajaba en el campo, leía, y trabajando pensaba y observaba siempre. Así se había aprendido el arte de vencer á los hombres y de vencer á los brujos, y no se había fastidiado nunca.

Los hermanos mayores eran unos zotes y les querían mal á los chiquitines. El leñador lo sentía mucho, pero hacía la vista gorda, porque no todo sale como uno quisiera, y luego los dos últimos compensaban

á los primeros. En el mundo todo es compensación.

Los cinco mayores eran tres varones y dos chicas. Los varones se llamaban, el uno *Sopas*, el otro *Arechucho* y el tercero *Tiratacos:* las muchachas *Berra* y *Camorra*.

Sucedió, pues, que el leñador se fué un día para el bosque, para derribar la última encina grande que quedaba. Los árboles y plantas no se pueden hacer crecer y subir á nuestro antojo como las casas: van creciendo muy poquito á poco; pero nuestro leñador no pensaba así, y por tanto para hacer dineros, de los que tenía siempre gran necesidad, había echado abajo todo el bosque. Comenzó, pues, á descargar hachazos en el tronco de aquella última encina gorda. A la verdad, cada vez que el hacha descargaba sobre el árbol, oíase como un mugido sordo, cual el del viento entre las ramas; pero no ponía atención en ello el leñador, y así estuvo dale que dale todo el santo día, hasta que al llegar la noche cayóse el árbol con grande estruendo, aplastando infinidad de plantas y arbustos vecinos. Mas hé aquí que del tronco lánzase fuera una osa feroz.

—No solamente me has derribado la casa,—le dice,—sino que me has aplastado mis oseznos más queridos. Debería ahora hacerte trizas, pero quiero dejarte en vida para mayor castigo. En pocas horas vas á perder á todos tus hijos.

El leñador se volvió para casa muy conturbado, y lloró como no hubiese hecho nunca. Esperaba que la osa le perdonaría, pero no fué así.

La primera hija que perdió fué Berra.

Habia venido el panadero del rey y había dicho:

—La quisiera por esposa.

El leñador le hizo observar:

—Las mujeres están hechas para tener marido: os la doy de buena gana.



... lánzase fuera una osa feroz

Berra era un tanto maliciosa: el padre no había tenido gran sentimiento.

Al cabo de algún tiempo presentóse el albéitar del rey, y pidió á Camorra. Tampoco le dolió gran cosa al leñador tamaña pérdida. Camorra era caprichosa y dura de corazón: casarse con el albéitar del rey era estar peor de lo que estaba: se negó pues.

Pasó un mes y se presentó el rey.

Dice el rey:

—He visto que tenéis una guapa chica. La quiero por copera á mi mesa.

Al rey no se le decia que no: el leñador la vió partir y la acompañó á la corte, rompiéndosele el cora-

zón al ver que la muchacha no daba muestra del menor sentimiento. Llegado á casa, encontró á Pecho de Hierro, á quien estrechó entre sus brazos.

Pero aquel día le perdió á él también. Hé aquí cómo.

Sopas y Pecho de Hierro habíanse ido á la cabaña de un viejo brujo llamado *el Abuelo;* y el Abuelo, resbalando sobre un cacho de cebolla, había caído de bruces sobre el santo suelo.

Díjole Sopas:

—Abuelico: ¿os enfadaría volver á comenzar el juego? Creed que me divierte mucho.

Pero el viejo, que ya no estaba en tierra, compareció en una ventana con el rostro negro y huraño y con dos ojos de fuego, y dijo á Sopas:

—No se ha metido aun en cama el que debe tener mala cena.

Pero Sopas siguió riéndose á mandíbula batiente, respondiendo:

—¡Me habéis divertido mucho!

—No hay que reirse,—dijo Pecho de Hierro, pensativo.

Pecho de Hierro había leído el libro de los encantamientos, y conocía los brujos, y sabia el poder que tienen.

Hé aquí que por la noche Sopas se mete en cama y se queda dormido como un marmolillo, mientras que Pecho de Hierro empuña una espada y se pone en guardia sobre el lecho.

Oyese dar las nueve, las diez, las once. La luna



Acuéstate; he de ajustar cuentas con tu hermano.

entraba por la ventana é iluminaba la estancia. No se oye nada. Son las once y cuarto, la media, las doce menos cuarto: nada.

—Uno, dos,—cuenta dormitando Pecho de Hierro.

Pecho de Hierro habíase adormecido. De pronto despierta asustado. ¿Cómo había podido dormirse? ¿Qué hora será? Dan horas.

—Una, dos, tres,—y cuenta,—diez, once... y doce.

Acaba apenas de decir doce, cuando se percibe rumor en el zaguán de la casa. Pecho de Hierro se pone de pie en la cama, y espera firme como una roca.

Oigamos al brujo:

—Acuéstate,—le dice;—he de ajustar cuentas con tu hermano.

Pecho de Hierro no se mueve y le asesta la espada.

—Acuéstate,—repite el brujo furioso. Y se dirige contra él.

Pecho de Hierro le larga una estocada, pero en vano: su espada no valía contra los encantadores. Entonces la golpea tres veces en tierra y la apunta de nuevo contra el brujo.

—¡Ah! ¡Conoces el arte!—le dice el brujo furioso, retirándose.

Y al estar en la puerta, amenazándole con el dedo, repuso:

—Has querido defender á un cobarde, pero te arrepentirás.

Y se fué.

Pecho de Hierro se sentó en la cama, pensativo y con la espada entre las manos.

Y, ahora, hé aquí que Sopas se despierta y ve á su hermano con el chafarote.

Y comienza á alborotar y á aullar como si se pegara fuego.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Qué tienes?—le dice apaciblemente Pecho de Hierro.

—¡Socorro! ¡Socorro!—aúlla Sopas más fuerte que si se le encendiera la cola.

Corrieron los padres y los hermanos.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa?

—Pecho de Hierro me quería hacer morcilla.

Los hermanos no le querían bien á Pecho de Hierro y se pusieron á gritar.

—¿Oís? Ese tunante, que no tiene valor para pelear cara á cara, se aprovecha de la noche para asesinar á mansalva. ¿No véis? Pero claro está: como padre lo defiende, lo protege, lo...

El padre, que no creía á Sopas, pero que veía á Pecho de Hierro espada en mano, le dijo:

—Justifícate, hijo mío. ¿Qué hacías ahí? ¿Por qué empuñas esa espada?

Pero el joven respondió:

—Pecho de Hierro no se justifica: se marcha.

Y tomó la puerta y no le vieron más.

El leñador sintió que tras él se le iba el alma, y en su desesperación increpó terriblemente á sus otros hijos.

Ellos lo habían hecho escapar; suya era la culpa.

Y Tiratacos, por echarla de héroe, dijo:

—Si la culpa ha sido mía, me voy también yo. Estáis servido.

Y partió.

Y Sopas y Avechucho, para no ser menos, dijeron:

—Si la culpa ha sido nuestra, nos marcharemos también. Y pata.

Y tomaron el portante.

El pobre leñador se quedó solo, solito.

Y vióse entonces al pobre viejo vagar por bosques y montañas, desesperado, llamando á la muerte. Pero la muerte no venía.

Pero volvamos á Pecho de Hierro. Este muchacho hacíase notar, do quiera que pasaba, por sus proezas, y dejaba gran memoria de sí. La gente contaba que era capaz de atravesar los bosques más temidos, de noche y de día, sin el menor temor, con su petate al hombro y su audacia juvenil y grave en el semblante. Contaban que se arrojaba á nado por los ríos y los lagos, más ligero que un pez, y atravesaba, como si fuese un juego, brazos de mar, teniendo en alto su carabina, que empleaba aun nadando; tanto, que se decía que algunas tierras de salvajes le habían sacado el curioso mote de *Pez escopeta*.

Y decíase también que muchas veces sucedía ver por los aires halcones y milanos que perseguían á bandadas de palomas y á otras pobres avecillas, y Pecho de Hierro apuntaba su arma tremenda, y reventaba

aquellos enemigos. Y las palomas parecía como que lo saludasen y le dijesen:

—¡Vive feliz, hermoso caballero!

Y una vez, atravesando por un bosque, vió una leona; y estaba ya para descargarle un golpe con su maza, cuando aquel animal, que es tan feroz, le dijo en tono suplicante:

—Perdóname, Pecho de Hierro, y te regalaré uno de mis hijos.

Pecho de Hierro bajó el arma, y cogió para sí un leoncillo.

Otra vez se encontró con una osa, y también le dijo:

—Sálvame la vida y te daré uno de mis oseznos.

Y Pecho de Hierro se lo llevó consigo. Y lo mismo sucedió con un lobo, una zorra y un conejo; y el tremendo cazador andaba por el mundo con cinco bestias que le tenían tanto afecto como á un padre, y estaban siempre de acuerdo.

Y una vez, yendo con ellas, encontróse Pecho de Hierro en un bosque donde había un palacio encantado y una jovencita que lloraba porque había perdido á sus dos hermanos.

—¿Dónde han ido?

—Por consejo de una mala vieja han ido á buscar el agua que baila, el pajarito que habla y el palo que apalea. Y no los he visto más.

—Nos vamos á buscarlos y te los traeremos aquí.

Y el lobo, que sabía el camino, enseñó la senda para ir á encontrar al hada que tenía el agua que baila, el pajarillo que habla y el palo que apalea.

Y llegaron á un valle, y para entrar en el reino de las hadas había cuatro peligros que esquivar.

El primero era una hiena furiosa que se lanzaba sobre aquel que no tuviese algún animal que arrojarle como pasto.

—En esto,—dice el león,—estaba pensando yo.

Y se puso en guardia.

La hiena tembló y no se movía á la vista del león, y Pecho de Hierro, con su acompañamiento, pasó adelante.

Más allá había dos guardianes en un cancel, y no abrían al que no daba una bolsa llena de monedas de oro. Pero ¿qué monedas de oro había de tener Pecho de Hierro?

El oso dijo:

—En esto estaba yo pensando.

Gruñó, pues; asustáronse los guardianes, y le fué franqueado el cancel, por el cual entraron Pecho de Hierro y el resto de la comitiva.

Pero hé aquí que más allá, desde un solitario pajar, comienza á ladrar un perro con toda su fuerza, y daba miedo de lejos.

—Del perro me encargo yo,—dijo el lobo.

Y le miró con sus ojos de ascuas.

El perro se acobardó y se hizo el mortecino.

En la cuarta puerta había diez gallos que debían advertir al hada la aproximación de algún enemigo.

La zorra, con amistoso ademán, les dijo:

—Si estáis chitos no os comeré.

Pero los gallos se habian escapado del gallinero y cacareaban á grito pelado.

Y el hada se despertó. Fué al encuentro de Pecho de Hierro, y le dijo:

—¿Qué buscas, desventurado?



El ejército sin capitán estaba compuesto todo él de entecos y esmirriados...

—El agua que baila, el pájaro que habla y el palo que apalea.

—Tocad á generala.—dijo el hada.—Allá está el campo que te espera. Dos ejércitos se hallan frente á frente. Del que no tiene capitán, serás tú el capitán. Si pierdes, volverás prisionero.

El ejército sin capitán estaba compuesto todo él de entecos y esmirriados, bizcos y cojos, con jorobados delante y detrás. Sus piernas, patizambas en mil formas, erres, kas, epsilones, zetas, todas las letras

de los alfabetos. Parecía un hospital de lisiados y de estropeados, mientras que en el bando contrario todos eran gigantones y gente renombrada por su valor y fuerza, que llevaban en los escudos escritas, ataraceadas, pintadas, fulgurantes, las proezas alcanzadas por los que las hadas tenían encerrados en aquel recinto, y ninguno hubiera salido de allí nunca si los gigantes no vencían á los enanos; y todos los caballeros que perdían, éstos si eran fuertes, iban á ingresar en el ejército de los fuertes, y el que de éstos no combatía con valor era objeto de vergüenza y convertido en estatua. Pecho de Hierro no se había encontrado nunca en trabajos semejantes, y al principio se arrepintió y asustó de la empresa.

Eran un centenar de reyes, de príncipes, de gente de alta alcurnia y famosa, y á su cabeza estaban el rey de Alemania, y el de Noruega, el emperador de Austria y el Sultán, los emperadores de la Rusia y de la China, el príncipe de Inglaterra, el soberano de Dinamarca y de Escandinavia, el Sha de Persia y el de las Asturias, el comandante de Francia y el de las islas Molucas.

Todos habían ido para conquistar el agua que baila, el pájaro que canta y el palo que apalea, y habían quedado prisioneros y combatían con armas poderosas. El emperador de Austria iba vestido de negro, y le llamaban *el Rey Negro*; iba vestido de blanco el rey de Alemania, y le llamaban *el Rey Blanco*; de rojo el sultán, de azul el comandante de Francia, de azul celeste el príncipe de Inglaterra, de ama-

rillo el rey de Persia. Pecho de Hierro iba con su simple y andrajoso traje de cazador.

—¿Qué nación representas?—le preguntaron.



El alto emperador de todas las Alemanias

—La mía,—respondió Pecho de Hierro cobrando bríos.

—Y ¿cuál es la tuya?

—Librar batalla.

Y lanzando una mirada terrible de amor y de coraje á su miserable ejército, movióse contra los gi-

gantes. Y rompió el primer aro del yelmo al alto soberano de la Alemania, que quería cortarle el brazo derecho á Pecho de Hierro, y le machucó la cabeza y le derribó del caballo, y tuvo que escurrirse, aturdido de la palestra; y una estocada no menos poderosa al emperador de Rusia, que corrió en auxilio de su compañero, recibida en un carrillo, hízole soltar la espada para aplicarse la mano al sitio del dolor. Al punto acudió el príncipe de las Asturias en socorro de los dos, pues era de la Liga; pero una cuchillada de Pecho de Hierro le dividió el yelmo por mitad, y con el yelmo la cabeza, y llegó hasta el busto. Luego revolvió contra el príncipe de Inglaterra, que se encontraba enfrente de Pecho de Hierro; mas sobrecogido de una especie de miedo, largóse de allí y se arrimó al castillo, invocando á la maga. Pero la maga, al ver caer á los más fuertes de su ejército, asustada de aquel nuevo Marte tan feroz que destruía su poder, lloraba y conjuraba á los dioses. Y Pecho de Hierro, entretanto, revolviendo con su espada, se defendía de todos, y aplastaba al Sha de Persia, le arreglaba las cuentas al señor de las Molucas, ensangrentaba al rey de Dinamarca, reventaba al regente de Escandinavia, le buscaba las cosquillas al comandante de Francia, y acudía, lanza en ristre, contra el *Rey Negro*, que pasaba por ser el más feroz y sanguinario de todos.

Y mientras su ejército de cojitrancos parecía haberse tornado de gigantes, el de los gigantes asemejaba convertido en otro de cojitrancos. Jamás se

habia visto una trasformación tan estupenda; jamás tanto heroísmo en pobres corpezuelos, ni ardimiento tanto. Y ora marchaban compactos como una falange macedónica, ora lanzábanse esbeltos como una manada de leopardos, é iban, cual tempestad, derribando á diestro y siniestro, contra ambas alas del ejército enemigo, y habían dispersado y roto á los más fieros entre todos los combatientes.

El valle resonaba con los golpes, y el sol resplandecia magnificamente; corría el sudor por las sienes y carrillos de los guerreros, y algunos esmirriados se tornaban hermosos y trasfiguraban con aquel alarde de valor y cobraban heroicos brios, y los gigantes aparecían enclenques y ridículos. El jorobado de Peretola, el enano de Valle Hondo, el bizco de Pispola, el cojitranco de Valdibrana, el ciego de Puerco Espin, parecían dioses; mientras que en la otra parte el rey de Circasia, el duque del Penjab, el gran Khan del Catay, el hijo del Sultán y el Gran Maestre de las Ordenes, parecían unos liliputienses.

Sentíanse morir las hadas, y llora que te llora, volviéndose á cual más fea y mesándose los pocos cabellos que les quedaban. Estaba ya á punto de decidirse la batalla, y, ó bien Pecho de Hierro debía quedar prisionero perpetuamente, ó bien salvar á los dos hermanos á quienes había ido á socorrer, así como á tantos caballeros como allí gemían en poder de las hadas. Todos, sin embargo, preveían la derrota de los *grandes* y la muerte del *Rey Negro*. Y la noticia habia corrido hasta á los animales de la guar-

dia, que temblaban de miedo de perder el pan, mientras que el oso, el león, la zorra y el lobo no cabian en su pellejo de contentos.

Entonces el *Rey Negro*, soberbio, adelantóse despreciativo hacia Pecho de Hierro, y le dijo:

—¡Cédenos el campo, miserable enteco, mal educado y pordiosero, descendiente de quién sabe qué villano! ¿Piensas tú que le importas ni una higa á todo un emperador?

Pero Pecho de Hierro, sin echar mano á la espada ni á la lanza, cedió el campo al otro de un solemne bofetón de cuello vuelto que le hizo dar con sus narices por tierra. Después, poniéndole un pie sobre el pescuezo, díjole:

—Mira, así hacen los pordioseros con los emperadores.

Oyóse entonces un formidable trueno, un gran rumor en el cielo, y en un santiamén se desmoronó el castillo, y todos los gigantes y caballeros quedaron á discreción del vencedor. El aire del mediodia sopló como por encanto, y vióse, á manera de uno que se hallase en el centro de un hermoso mar, la faz de la tierra enteramente plana.

Y Pecho de Hierro hubo el agua que baila, el pájaro que canta y el palo que apalea. Y como el palo podía convertir á los hombres en estatuas y á las estatuas en hombres, tocó las estatuas y libró á todos los caballeros. En seguida, con los dos agradecidos hermanos, enderezóse hacia la selva donde la chiquitina le esperaba.

Y llevaban consigo el agua que baila, el pájaro que canta y el palo que apalea. Y la jaula era llevada por la zorra, mortificada por no haber hecho lo más mínimo, mientras que el oso llevaba el palo y el león la redoma del líquido.



... cedió el campo al otro de un solemne bofetón...

Llamó el oso á la puerta del palacio y abrieron ésta al punto.

Y abrazando la chiquitina al libertador de sus dos hermanos, le dijo:

—Tú serás mi marido.

—Dios lo quiera,—contestó Pecho de Hierro.

Tenía aquella rapaza tan bonitos ojos, que le recordaban los de su querida Manolilla y sentíase atraído por ellos.

Entretanto, corría por todas partes la fama de las proezas de Pecho de Hierro, y los embajadores del rey de aquel país, que iban tras de él, lo encontraron en el palacio del bosque y le invitaron á que los siguiese. Pecho de Hierro se negaba, sin embargo, diciendo:

—¿De qué le puedo yo servir al rey? Yo no conozco el lenguaje ni las costumbres de las cortes.

Pero el pajarito le dijo:

—Vamos á ver al soberano.

Y se acordó ponerse en marcha.

El rey, con una gran comitiva, salió á recibirle hasta las puertas de la ciudad, y toda la ciudad ardía en deseos de conocer á aquel gran capitán: las calles estaban cuajadas de espectadores, hasta en los tejados, y todo eran vivas al libertador de tantos caballeros, al destructor del castillo encantado. Ofrecióle el rey su amistad y lo proclamó primo suyo, y en la carroza lo hizo sentar á su derecha. Cuando se encontraban ya á punto de bajar la escalera de palacio, héte aquí que Pecho de Hierro ve una escena inesperada: una mujer emparedada viva en el primer descansillo de la escalera susodicha. Tan solamente los ojos, hermosos y dulces, decían que estaba viva aún. El resto de la cara estaba tan demacrado que daba lástima.

—¿Qué es eso?—preguntó Pecho de Hierro.

—¿Qué?—respondió el rey.—Hay emparedada ahí una mujer que fué en otro tiempo mi esposa. Constóme que me era infiel, que me faltó á una promesa

sagrada, pues en vez de tres niños, como me había dicho, me dió tres monstruos. Todo el que pasa por aquí, debe, por orden mía, demostrarle toda mi ira escupiéndola á la cara: así lo han hecho todos, y así se seguirá haciendo.

Pecho de Hierro dió un paso atrás.

O había que desemparedar á aquella mujer, ó se arrepentiría siempre de haber puesto los pies en palacio.

Era preciso que el rey la desemparedase. Mucha era la voluntad del rey, pero más fuerte era un deseo de Pecho de Hierro.



... una mujer emparedada viva...

—Otra cosa aún,—dijo la arrapieza á Pecho de Hierro;—quisiera que su majestad... convidase á comer con nosotros á esa señora, si es que al rey le place.

Era tan graciosa aquella jovencita que el rey no pudo denegar la demanda, que era casi una orden.

Pero tres mujeres palidecieron á aquel anuncio: dos hermanas de la reina emparedada y una gran dama de la corte llamada D.ª Livania. Vino á la mesa la antigua esposa del monarca, con todos los demás, y la miraban. En las líneas de su rostro demacrado veíase aún que había sido hermosa.

Entretanto el rey, para distraerse, hablaba con Pecho de Hierro de sus hazañas y de las batallas que había ganado; pero Pecho de Hierro, muy embarazado, se abstenía de contestar. De pronto, viendo que el pajarillo revoloteaba aquí y allá, dijo el rey:

—¿Es ese el pájaro que habla? Pues adelante, ánimo, déjate oir. ¿Qué me cuentas? ¿Por qué me privas de una tan peregrina ventura?

Y mientras todos estaban en espectativa, el pajarillo se sale de la jaula, va á posarse sobre un retrato de la reina antes de que fuese emparedada, y canta de esta manera:

Érase una bella joven
de bellos ojos, de pequeño pie.
Díjole el rey un día:
—Serás copera donde soy el rey.
Pasó algún tiempo, y luego,
creciendo del monarca cada vez
más el amor á la gentil copera,
—No, copera, la reina has tú de ser,—
le dijo,—y me darás tres niños
rosados cual tu tez.

Prometióselo ella, y tres joyeles
nacieron en la corte del buen rey.
Hallábase en la guerra
el gran monarca, de su reino prez,
y recibió una carta
diciéndole que tres
monstruos habíanle nacido
de los tres rubios ángeles en vez.
Iracundo se parte:
—Y ¿es eso lo jurado, esposa infiel?
Y de las escaleras de palacio
emparedóla al pie.
Entretanto una maga compasiva,
apiadada del rey,
cuidó de los tres niños.
En torno tuyo ves
á una rubia doncella, á dos jóvenes
sin par y sin doblez.
En derredor tuyo están tus hijos.
Ahí los tienes ¡oh, rey!

Mientras el pajarillo cantaba de este modo, á cada palabra, á cada verso, el terror, el asombro, la maravilla, la pasión, agitaban el corazón de éste y del otro en la mesa real. Dos señoras se habían desmayado y otra había tratado de escapar. El rey mandó cerrar las puertas. La reina parecía aún más muerta que antes.

—Quiero saber quiénes son los traidores,—dijo el rey;—y mil veces peor para los que traten de esconderse. A Pecho de Hierro encomiendo que sea el juez en este asunto.

Por más que Pecho de Hierro se sintiese muy trastornado, comprendió que mejor juez sería él en aquel momento que no el rey mismo. Interrogó á las dos mujeres, que negaron, mientras la tercera decía que aquello era una solemne impostura. Pero el pajarillo dijo entonces:

El culpable bailará...

Apenas había dicho esto, púsose á bailar el agua de la redoma, y bailaban las tres mujeres como unas condenadas en sus sillones, cual si un demonio las tirase por todas partes.

Entonces las dos mujeres, pidiendo misericordia, hablaron y confesaron su pecado; y entonces, Pecho de Hierro, con gran maravilla suya, supo que eran sus dos hermanas Berra y Camorra.

¡Cómo se habían trasfigurado sin castigos!

Pero la tercera dama era dura de pelar. Entonces el pajarito dijo:

Hay el palo, el palo hay...

Entonces el palo comenzó su venganza con aquella mujer que tenía cara de bruja, y en las costillas y en las espaldas tuvo hasta que quiso. Por fin confesó haber sido la inspiradora de todo: haber enviado á los niños al bosque para que los matasen, haberles después dado á entender que fuesen en busca del agua que baila, del pájaro que canta y del palo que

apalea, no pensando en manera alguna que este último debiese quedar reservado para ella.

Y Pecho de Hierro, saliendo de su estupor, corrió hacia Manolilla. ¡Ah, cómo se abrazaron Manolilla y Pecho de Hierro! ¡Cuán dulces y amargas lágrimas mezclaron juntos!

Entonces ordenó el rey que las dos hermanas y la gran señora fuesen quemadas vivas en la plaza, envueltas en una camisa de pez; pero Pecho de Hierro rogó que las conmutase la pena, y tocándolas con el palo las convirtió en estatuas y mandó que así estuvieran por espacio de catorce años. Y dejó el palo, la redoma y el pajarillo como regalo, para que en todas circunstancias tuviera allí el rey un intérprete fiel.

Después se despidió de Manolilla, dió un beso á la jovencita, que quería ser su esposa, y á sus dos hermanos; estrechóle la mano al rey y continuó su camino. Su destino era dar la vuelta al mundo. Y andando, andando, pensaba en las cosas que suceden en la vida, en Manolilla, en sus sobrinos, en sus hermanas, y pensaba también:

—¿Qué será de mi anciano padre?

Y con tales pensamientos hacía millas y millas con sus fieles animales, bien que el conejo estuviese muy mal humorado por no haberle podido servir de nada á su amo. Y llegaron á una ciudad toda enlutada, donde se fueron á una posada. Pecho de Hierro preguntó:

—¿Por qué está de luto esta ciudad?

—Porque la hija del rey se halla á punto de morir.

—¿De qué enfermedad?

—No se trata de enfermedad. Hay un dragón de siete cabezas que cada año quiere devorar á una doncella: de lo contrario seca todas las aguas del país, y se ha comido tantas muchachas que ahora le toca á la hija del rey.

—¿Y no hay quién la salve?—dijo Pecho de Hierro.

—Inútil sería, querido mío. Muchos lo han intentado y no han hecho más que dejar el pellejo. Por eso el rey concede la mano de su hija al que fuese su libertador.

—Yo lo probaré,—dijo Pecho de Hierro.

Hízose indicar dónde estaba el monte del dragón y salió con sus bestias. Allí habían llevado á la doncella, encerrándola en una choza. El dragón estaba para llegar: había, escupiendo fuego, de incendiar la cabaña y zamparse la muchacha medio asada entre las llamas.

Pecho de Hierro se puso en guardia á esperarlo.

Y héte al dragón que le pregunta:

—¿Qué buscas por ahí, jovenzuelo? ¿La muerte?

—La muerte para ti,—responde Pecho de Hierro. Y apuntó su carabina. Disparó, pero no sacó nada. Entonces el monstruo se le arrojó encima, haciendo fuego con todas sus siete bocas, y levantó una nube de humo; pero las bestias le saltaron encima y le despedazaron.



El monstruo no soltaba de sus garras á Pecho de Hierro.

El monstruo no soltaba de sus garras á Pecho de Hierro. Pecho de Hierro, en vista de que la carabina no hacia efecto, había echado mano á la espada, una gran tizona de dos filos, terrible; pero por más que hubiese herido al monstruo en el corazón, continuaba viviendo mientras tuviese las siete cabezas. Entonces el león saltó en la grupa del monstruo y lo agarró para tenerle sujetas tres cabezas, el oso le agarró otras dos, el lobo otra y la zorra la restante. Solamente el conejo tenía que estarse mirándolo.

Pero el monstruo era de cada vez más feroz. Pecho de Hierro le cortó tres cabezas, y el monstruo reconcentró su fuerza en las otras cuatro, siendo impotentes las cuatro bestias para sujetarle. Pecho de Hierro cogió una y la cortó; cogió otra y la cortó; cogió la tercera y la cortó. Faltaba la última, la séptima, que parecía de acero, dura al corte y de una vitalidad extraordinaria; y el monstruo, por aquellas últimas fauces, espetaba un fuego que le dejaba casi ciego á Pecho de Hierro. Pero el joven, con la cabeza gacha, había afrontado al enemigo como si se tratase de una bagatela, y acribillaba á estocadas el último gaznate. Después, como si no fuese cosa suya, clavado su puñal en la cerviz, lo volvía alrededor como si una máquina de diez caballos de fuerza hiciese la operación: parecía un cilindro que cortase. Seguía impávido la linea, endiabladamente precisa, como si dibujase la garganta. Era cuestión de un minuto á lo más. Atrás no se volvia. Apenas la hubo acabado

de cortar, cayó en tierra la cabeza con un golpe sordo como si fuese de plomo, mientras que el cuerpo, derrumbándose como una torre, cayóse al suelo, con sus miembros feroces esparrancados.

La joven, al oir aquel golpe, se había desmayado, pero lo había visto todo.

Pecho de Hierro corrió hacia allá, la hizo volver en sí, anunció la derrota del monstruo, que quería su muerte, y la joven, abriendo los ojos, respondió:

—Valeroso caballero, esposo mio: no puedo por ahora daros sino las más rendidas gracias.

Después se quitó su collarín de perlas y lo dividió en cinco partes, y colgó los trozos en el cuello de aquellos cinco bravos animales: al león le tocó el broche de oro.

Después se quitó del cuello un pañuelo ricamente recamado y lo entregó al joven, diciéndole:

—Aceptadlo como un recuerdo..

El joven dijo:

—Quiero guardar dentro las lenguas del dragón.

Y cortó con su puñal las lenguas y las guardó.

Después, como estuviese cansado de la brega, dijo á la joven:

—Antes de bajar reposemos un momento en este pradecillo. Luego iremos á ver al rey.

Y se tendió en la yerba. Y como estaba muy cansado, se durmió. Y también la princesa se quedó dormida á su lado.

También el león estaba fatigado del combate, y dijo:

—Oso, voy á descabezar un sueño: quédate tú de guardia.

Y se durmió.

El oso, que no estaba menos derrengado, dijo:

—Lobo, voy á echar un sueñecito: vigila.

Y se durmió á su vez.

Pero el lobo se caía de sueño, y dijo á la zorra:

—Zorra, hazme el obsequio: vigila por un rato, pues no puedo tener por más tiempo abiertos los ojos.

Y se cayó como un lirón.

Pero la zorra estaba aún más fatigada que no él, por lo cual recomendó la vigilancia al conejo y se acurrucó con la cabeza metida entre las piernas.

El conejo quería velar, ya que no había combatido; pero viendo dormir á los otros, sin advertirlo se durmió también.

Hay que saber ahora que en la cumbre del monte donde había estado la doncella se encontraba á la sazón el general Tiratacos, que había sido el que condujo allí á la hija del rey y había presenciado de lejos la batalla. Cuando se hubo convencido de que el dragón estaba muerto y la princesa había quedado libre, salióse de su escondrijo y se fué para allí. Y encontró á la princesa que dormía y que dormían todos.

Entonces pensó en atribuirse la victoria.

Y cortó todas las cabezas del dragón y las envolvió en su manto, después de lo cual se acercó al joven y con la espada le cortó el cuello, cogiendo en seguida á la joven y llevándosela.

La joven despertó y vió que la robaban, y gritaba; pero Tiratacos le decía:

—Ahora sois mía: diréis que os he libertado.

—No es posible,—dijo la joven,—porque me ha libertado un joven que llevaba cinco animales.

—Si no decís eso os mataré,—dijo Tiratacos.

Y se lo hizo prometer bajo juramento.

Llegado á la corte,



... cogiendo en seguida á la joven y llevándosela.

Tiratacos enseñó las cabezas y se jactó de la victoria. Díjole el rey á su hija:

—¿Es él quien ha matado al dragón?

—Él debe de ser, pero quiero un año y un día de tiempo para casarme.

Pensaba de esta suerte poder llegar á saber algo de su libertador.

Entretanto todos dormían alrededor de Pecho de Hierro, hasta que un mosquito le zumbó en el hocico á un conejo. El conejo le espanta y se echa á dormir de nuevo. El mosquito zumba aún en el hocico del

conejo. El conejo lo vuelve á espantar y agacha la cabeza. Por tercera vez da vueltas el mosquito alrededor del hocico del conejo y le pica. Entonces el conejo despierta, y, despierto ya, despierta á la zorra, la zorra al lobo, el lobo al oso y el oso al león.

Incorpórase el león y ve que su dueño tiene cortada la cabeza y que la doncella ya no está allí. ¿Qué ha pasado? ¿Quién puede haber sido? El león disputa con el oso, el oso se las tiene tiesas con el lobo, el lobo le echa las culpas á la zorra, la zorra al conejo, y decían todos: ¿por qué no he despertado?

El culpable era el conejo, pero pensó remediarlo.

—Dadme veinticuatro horas de tiempo,—dijo;—voy á la cima de un monte á coger cierta raíz que cura las heridas.

—Anda,—le respondieron.

El conejo echó á caminar, mientras que los otros animales lloraban todo el día sobre su pobre dueño de la cabeza cortada, y cuando volvió el conejo con la raiz, el león pegó la cabeza; tocó el cuello con la raíz y el hombre comenzó á dar señales de vida: poco á poco los miembros rígidos recobraron su calor, y Pecho de Hierro abrió los ojos. Y no vió ya á la princesa.

Preguntó qué es lo que había ocurrido, pero nadie podía darle razón, puesto que se habían dormido todos: únicamente podían decirle que le habían encontrado con la cabeza cortada. Pecho de Hierro entonces dispúsose á irse con sus bestias á la ciudad:

quería ver quién le había robado la victoria; pero al volverse echó de ver que tenía la cabeza vuelta al revés. El león, en la prisa, se la había pegado mal.



... el león pegó la cabeza;...

Pero de pronto pensaron en la manera de remediarlo: el león se la volvió á cortar, colocósela bien y con la raíz tocó la herida.

Después se fueron todos para la ciudad; pero de súbito arrepintióse Pecho de Hierro.

—¿Qué voy yo á hacer á la ciudad?—exclamó.—Era mi destino. Sigamos corriendo mundo.

Pero un año después, siempre anda que te anda, vínole de nuevo el pensamiento de saber algo de aquello, y se fué para la ciudad, que encontró en plena fiesta. Estaban para celebrarse unos esponsales: Tiratacos se casaba con la princesa.

Pecho de Hierro va á encontrar á su posadero, hace arreglar una yácija para sus bestias, y después le pregunta en alta voz:

—¿Conque la princesa fué salvada?

—Sí: la salvó nuestro noble general, y dícese que pronto la recibirá por esposa.

—Y la princesa ¿sigue bien?

—Magníficamente.

—Conejo, anda y pregúntale á la princesa si sigue bien.

El conejo, pronto, prontito, anduvo, anduvo, y tenía un grande miedo de que no le acosasen los perros; pero pudo pasar sin dificultad y entrar en palacio. La princesa estaba á la mesa, pensativa, y todos estaban á la mesa. El conejo fué á rascarla en un pie.

—Lárgate,—dijo la princesa, creyéndole un perrillo.

Pero el conejo volvió á rascar, y la princesa quiso echarle de nuevo, hasta que á la tercera vez exclamó:

—¿Qué tienes, pues?

Y miró debajo de la mesa, y vió al conejo y lo reconoció por el collar.

—¿Qué quieres, pobre conejito mío?

—Dice mi amo que cómo sigue la señora princesa.

—Dile que estoy muy bien, dale las gracias y salúdale de mi parte,—respondió la princesa, muy contenta.

—Dadme algo de vuestra mesa como contraseña,—dijo el conejo.

La princesa le dió un pan, y el conejo se lo llevó á su amo.

Pecho de Hierro, al escuchar la respuesta, consolóse y pensó:

—Aun me quiere.

—Anda,—dijo á la zorra,—y saluda á la princesa.

Y la zorra fué, y la saludó, y la pidió una contraseña de la mesa del rey. La princesa le dió un pollo para que se lo llevase al amo.

Y después de la zorra fué el lobo, que recibió un cordero; y luego el oso, que obtuvo miel de la mesa real; y finalmente el león, que se fué con vino.

Díjoles Pecho de Hierro:

—Vamos, ahora, á comer juntos esta bendición de Dios.

Y comió con sus bestias.

Y el rey le preguntó á la princesa:

—Pero ¿qué querían todos esos animales?

—Me han venido á saludar de parte de su amo.

—Y ¿quién es su amo?

—Es un guerrero que vi en cierta ocasión, un gran guerrero.

—¿Por qué no se presenta en la corte?

—Porque no habrá caído en ello.

El rey mandó que se fuese á buscar en una carroza al guerrero, y cuando estuvo en la corte lo hizo sentar á la mesa real, pero no comió, porque dijo:

—He comido ya.

Entonces el rey lo presentó al vencedor del monstruo, al general *Duque del Dragón*. Así llamaban á Tiratacos desde aquella victoria.

A Pecho de Hierro le pareció reconocer en él algunas líneas de un antiguo conocido, pero no por nada bueno.

—¿Cómo lo habéis hecho para vencer al dragón? —le preguntó Pecho de Hierro.

—¿Cómo se hace para vencer? ¡Con el valor!—respondió arrogantemente Tiratacos.

—Quiero decir con qué armas,—le preguntó aún Pecho de Hierro.

—¿Con qué armas? ¿Con qué armas? Con las armas de los guerreros, me parece: con la espada,—respondió en despreciativo tono Tiratacos.

—¡Bella proeza para realizada por un hombre solo! Pero ¿no os habéis llevado ninguna contraseña de la victoria? ¿No habéis despojado al enemigo?

—¡Vaya qué pregunta!—respondió el Duque del Dragón. ¡Claro está que me llevé! Las siete cabezas.

Y fueron traídas las cabezas. Pecho de Hierro abrió una á una las bocas, y dijo:

—Y las lenguas ¿dónde están?

Tiratacos se quedó turbado un momento; pero fué cuestión de un minuto: cobró ánimo y respondió de pronto:

—Los dragones no tienen lengua.

—Quien no debería tener lengua son los embusteros,—respondió Pecho de Hierro.

—¡El general Tiratacos no miente!—gritó, dando una gran voz, el Duque del Dragón.

Cuando oyó decir Tiratacos, quedóse Pecho de Hierro mudo de asombro. ¡Era él! ¡Era su hermano! ¡Malvado, que le había arrebatado su victoria y su mujer! ¡Oh, Pecho de Hierro, á quien la fuerza obliga á no poder estar tranquilo nunca!

—Es verdad,—respondió.—Quedo persuadido. Pecho de Hierro es el que miente.

Y, despidiéndose de la princesa, murmuró:

—Quizás no era yo digno de vos.

Y fuése con sus animales, arrojando las lenguas del dragón en un camino desierto. Pero un labrador las llevó á la corte.

Entretanto el rey quiso que la princesa le revelase todo el misterio de aquel hombre con aquellos animales, y la relevó de todo juramento. La princesa refirió la victoria, habló de las lenguas del dragón, que giraban con toda precisión en las vacías bocas del monstruo y que Tiratacos no había traído: ciertamente que las había cortado Pecho de Hierro.

Celebróse consejo de guerra, y Tiratacos fué ajusticiado. Buscóse á Pecho de Hierro, pero no se le encontró ya.

Viajaba con sus animales, y al cabo de mucho tiempo llegó á una ciudad lejana, muy lejana.

Allí vivía contento con sus bestias é iba de caza. Un día vió un águila que había arrebatado una liebre y la llevaba en sus garras por el aire.

Pecho de Hierro apuntó con su carabina. El águila se vió perdida y gritó:

—Perdóname: tengo hijos que ahora mismo acaban de nacer.

Pecho de Hierro reflexionó un momento; pero como la liebre había ya muerto del susto, bajó su fulmínea carabina y dijo:

—Te perdono.

Sucedió en esto que en el país donde se hallaba Pecho de Hierro estalló una horrenda mortalidad en los animales. El lobo, la zorra, el oso, el conejo, todos los vió morir Pecho de Hierro con gran desconsuelo, llorando la muerte de cada uno como si se tratara de amigos, de hijos. Y murieron infinidad de animales. La agricultura y la vida de los hombres hallábanse en grave peligro. Y todo esto agravado por un brujo que vivía en el fondo de un subterráneo y esperaba cada año una hermosa muchacha. Aquella vez quería la hija del rey.

El monarca, ante tantas calamidades, se resignó á dársela y la bajaron al pozo.

Entretanto publicaba el rey un bando en virtud

del cual el que salvase á su hija quedaría con el reino y por marido de la princesa, y tantos caballeros como quisieron intentarlo perecieron.

Cuando Pecho de Hierro lo supo dijo:

—¿Por qué no le matan á ese brujo? No hago más



... Tiratacos fué ajusticiado

que bajar al pozo, me lanzo sobre él, y buenas noches.

—¡Eh, chiquillo! ¿Qué demontres dices? ¿No sabes que es el brujo más grande de la tierra?

Pero Pecho de Hierro habíase puesto ya en camino para el país donde tenía su guarida el hechicero.

Y por la carretera encontró mucha gente que hablaba del bando, y muchos quisieron arriesgarse, pero nadie se atrevía: hartos caballeros habían dejado ya allí el pellejo. El brujo estaba sepultado bajo una especie de altar, y encima había una larga, pero muy larga hilera de luces. El que no las apagaba todas de un soplo, se encontraba con que la caverna se abría, salía el brujo y se lo zampaba.

Por el camino Pecho de Hierro vió dos caras que le pareció reconocer. Miró bien, dijeron sus nombres, y, en efecto, eran ellos, sus dos hermanos Puches y Avechucho. Pecho de Hierro olvidó lo pasado y los abrazó, y ellos también le abrazaron y besaron.

Sus hermanos habían sabido la gloria de Pecho de Hierro y lo saludaron alegremente.

—¿Por qué no vas á la caverna?

—Porque no me bajan, porque busco que me bajen,—respondió Pecho de Hierro. Sus hermanos comprendieron que les pedía le bajaran.

Pecho de Hierro dejó á su buen león en el bosque y le dijo:

—Espérame á que vuelva.

Y fuése con los dos hermanos al pozo. Puches y Avechucho lo bajaron, con una gruesa cuerda, en una cesta. Bajaba, bajaba, bajaba, nunca llegaba el fin. Era el pozo bastante ancho, pero la cesta tan estrecha que apenas cabía un hombre. Pecho de Hierro, que era membrudo, habíase colocado de través.

Finalmente, hélo ahí en el fondo. En el pozo reinaba la más profunda oscuridad; pero allá, en lo

más recóndito de la caverna, veíase un altar con tantas luces que el resplandor que daban contrastaba con la oscuridad de todo el subterráneo.

Sobre una silla dorada estaba sentada la princesa, llorando, llorando. Era de una belleza indescriptible, aunque nublada por el llanto. En el mundo le llamaban *la Hija del Sol*. Pecho de Hierro quedó asombrado contemplándola, y sus grandes y dulces ojos negros le enamoraron. Aquella vez estaba enamorado de veras y no recordó que lo hubiese estado nunca.



La Hija del Sol

La Hija del Sol debía permanecer allí cuarenta días, al cabo de los cuales el brujo se la comería. Y aquel era el último.

Pecho de Hierro la consoló, pero la joven compadeció á aquel valiente que tan inútilmente había acudido á sacrificarse. Más de ciento habían sucumbido ya, comidos todos por el monstruo.

—Yo seré el centésimo primero y moriremos juntos,—respondió Pecho de Hierro,—ó juntos nos salvaremos. Apagando estas luces ¿morirá el brujo?

—Sí.

—Pues bien: las apagaré.

Pecho de Hierro tenía un maravilloso tórax que podía desafiar á un fuelle. Sin embargo, la empresa

era terrible. Las luces eran tantas, tantas y tantas, que no se veía el fin. Si una dejaba de apagarse volvían á encenderse todas al momento.

Pero no por eso se arredró Pecho de Hierro. Sube la gradinata del altar, vase en derechura á las luces, y sopla: sopla terriblemente quieto, su pecho no se afana, su rostro permanece inmóvil; pero las luces se apagan aprisa, aprisa, como si de la boca de aquel hombre saliese un huracán. Después van gradualmente disminuyendo, pero no acabando nunca: aun quedan diez, cinco, tres. ¡Ea! Todavía quedan dos: el terrible último par.

La joven se sentía morir; pero vió la primera luz de aquellas dos que oscila y desaparece, y la última vacila, resiste, se retuerce, hasta que por fin... ¡se apaga!

Pecho de Hierro no había tomado aliento.

Entonces toda la catacumba tembló: rayos y truenos que parecía el fin del mundo. El brujo había muerto. Pecho de Hierro subió al altar como nadie hubiese hecho, y corrió hacia la princesa que de puro abatida parecía un trapo.

—¡Animo!—exclamó.—Estáis libre. Vamos.

Pero la debió llevar en brazos á la cesta.

La princesa no respondía: abrazábase á él, pero sin fuerzas.

No se decían nada, pero el corazón hablaba por ellos.

Sin embargo, en la cesta no cogían dos, y aunque hubieran cabido, Puches y Avechucho no habrían

sido capaces de tirar solos. Así, pues, Pecho de Hierro puso dentro á la princesa y sacudió la cuerda.

—Se ve que el brujo ha muerto,—dijeron los hermanos en el brocal.

Pecho de Hierro, à decir verdad, no veía llegado el momento de encontrarse en tierra. De nuevo sacudió la cuerda.

Cuando la princesa estaba para marchar, volvióse á Pecho de Hierro, y le dijo:

—Caro esposo mío: hé aquí mi corona. Guardadla siempre como recuerdo de esta victoria.

Pecho de Hierro la cogió. Los hermanos tiraban de la césta.

En tanto que tiraban arriba, arriba, arriba, y Pecho de Hierro veía subir la cesta con tanta lentitud que hacia morir (¡ah si hubiese estado él en la boca del pozo!) Avechucho, viendo á la princesa, decía á Puches:

—Oye, diremos que la hemos salvado nosotros, y uno de los dos se casará con ella: de otra suerte se la llevará Pecho de Hierro y habremos trabajado para un demonio.

—De fijo que sí,—respondió Puches;—pero pronto remedio tiene esto. Dejémoslo ahí abajo en conserva: el diablo lo va á sacar.

Cuando la princesa estuvo arriba, tomáronla de la cesta y se la llevaron corriendo.

—¡Oh! ¿Y mi esposo?—exclamó apresuradamente.—¿Vais á dejarle en el fondo?

—Te hemos salvado nosotros, no él.—respondió

Avechucho.—¿De quién ha sido la fatiga de sacarte de ahí? ¿Y quién le ha bajado á él? Cuando uno de nosotros se haya casado contigo, volveremos para sacarlo. Y dirás la verdad, esto es, que nosotros hemos sido tus salvadores, ó te la haremos decir por fuerza. Jura, pues, decir la verdad, esto es, que te hemos salvado nosotros.

La princesa debió jurar la verdad, según Avechucho y según Puches: de otro modo se habría desesperado y no habría confiado en la bonbad de Dios.

Entre tanto no veía Pecho de Hierro que volviese á bajar la cesta. Primero pensó no hubiese ocurrido algún contratiempo. Después, que no fuese alguna chanza inocente de sus hermanos. Luego imaginó no hubiese sido un olvido. Pero cuando hubo trascurrido un día y una noche y no les hubo visto, comprendió la crueldad que habían cometido, y se resignó á morir de consunción en el fondo de aquel pozo.

Era el tercer día y Pecho de Hierro sentíase desfallecer. Comenzaba á experimentar profundo decaimiento.

Entretanto que en el bosque, el león, no viendo volver su amo, comprendió que debía haberle acaecido alguna desgracia ó que le habían jugado alguna partida serrana. ¿Cómo podría libertarle? ¿Cómo podría bajar á aquel triste agujero?

Y lloraba y se lamentaba á grito herido.

Oyó el águila sus sollozos, la reina de los aires, el

águila desmesurada respetada por la carabina de Pecho de Hierro, y le preguntó qué era aquello. El león se lo dijo en dos palabras.

—Si no es más que eso,—respondió el águila,—yo bajaré á buscarlo. Conservo excelente recuerdo de él. Si está ahi abajo vivo y preso, yo lo sacaré; mas para ello me convendría tener mucha carne á mi disposición. León: ¿te ves tú con fuerzas bastantes á proveerme?

El león respondió que sí, y fuése para el bosque é hizo grande estrago de animales y los llevó muertos al brocal del pozo. El águila se llenó bien el buche y aun se llevó algo en el pico, y después se dejó caer á plomo en aquel pozo, á cuyo fondo no acababa de llegarse nunca.

Cuando hubo tocado á fondo, buscó y encontró á Pecho de Hierro en un rincón, casi expirante. El águila le dijo:

—¿Quieres salir?

—¿Salir? ¿A dónde? ¿En el mundo? ¡Oh! Mejor será que me quede.

—¿Por qué?

—Porque... volver al mundo, que es tan perverso, me disgusta.

—Pero, si no vuelves, la que es tu novia y el león morirán. ¿No la has salvado? ¿No es tuya?

Cuando oyó nombrar al león, Pecho de Hierro se enterneció.

Y el león, entretanto, había arrojado ya el resto de la provisión; y el águila había engullido bastante,

porque la fatiga era mucha. Aun Pecho de Hierro atrapó algún bocado y lo comió. Finalmente dijo el àguila:

—¿Quieres salir?

Y salieron.

El águila, bien ahita, se lanzó con gran fuerza, tirando de Pecho de Hierro; y durante un gran trecho anduvo sin parar, y aun más; pero aquel pozo era tan endiabladamente profundo que llegada á cierto punto sintió faltarle el aliento.

El águila... se lanzó con gran fuerza, tirando de Pecho de Hierro

Gritó al león:

—¡Carne!

Pero el león no tenía más, y respondió:

—¡Corro á proveerme!

Pero de allí que hubiese regresado, el águila se habría precipitado de nuevo al fondo.

—¡Carne!—gritó el águila.

Entonces Pecho de Hierro se quitó del cinto su puñal y dijo:

—¡Te daré la mía!

Y cortándose una pantorrilla y presentándola al águila, le dijo:

—Toma. ¿No he de contribuir yo en nada al viaje?

El águila la comió sin cumplidos, y sintióse crecer las fuerzas mil veces más.

En un momento estuvieron en el brocal del pozo.

—¡Se acabó!—dijo el águila.

Y voló en seguida, en el mismo momento que el león volvía con la carne.

¡Oh! ¡Qué contento experimentaron al verse de nuevo Pecho de Hierro y su viejo amigo! Abrazáronse, y luego se fueron juntos al bosque, donde, colgada de un árbol, veíase aún la fiel carabina. Allí el león procuró un ungüento á Pecho de Hierro para curarle la pierna, que en un momento quedó cicatrizada. Pero Pecho de Hierro no tenía ánimo para ir á la ciudad.

Entretanto habíase publicado un bando del rey.

El que presentase la corona de la princesa sería su esposo.

Los dos hermanos, Puches y Avechucho, pensaron hacer otra igual, y para no ser conocidos fuéronse á trabajar al bosque, donde, habiendo robado oro, prepararon una fragüita y pensaban forjar la corona. Allí les encontró Pecho de Hierro.

Cuando le hubieron visto hiciéronse los maravillados y contentos. ¿Cómo se las había compuesto

para volver? No tenían ellos la culpa: no habían bajado de nuevo la cesta porque la cuerda se había estropeado. Había que ver de qué manera se había consumido. Habían corrido en busca de otra, pero no tenían dinero, y sin cuartitos nadie suelta nada en este mundo.

Pecho de Hierro, que los conocía, respondió:

—Son cosas que suceden cada día.

Pero del bando no decían palabra. El león, que iba por provisiones, trajo la noticia. Los hermanos dijeron:

—Probaremos de hacer la corona.

—Yo probaré también,—respondió Pecho de Hierro.

—¿Cuándo empezaremos?—preguntaron Puches y Avechucho.

—¡Oh! En cuanto á mí,—respondió Pecho de Hierro,—si tuviese un saco de nueces acabaría primeramente la corona que las nueces.

Su león le procuró un saco de nueces y Pecho de Hierro se puso á machacarlas. Así llegó el último dia del edicto, y él siempre machacando nueces.

Dijeron los dos hermanos:

—Pero ¿no haces la corona?

—Ya la haré.

Y añadió, como si hablara para sus adentros:

—Aquí está quien lleva la voz y quien machaca las nueces.

Por la noche los dos hermanos le decían, riendo:

—Pero ¿no está hecha aún la corona?

Y Pecho de Hierro respondía con mucha cachaza:

—Ya la haré.

Y volvía con su cantinela de:

—Aquí está quien lleva la voz y quien machaca las nueces.

Llegó la mañana y machacaba la última nuez. Pecho de Hierro le dijo al león:

—¿Vamos á la corte?

—Vamos.

Y fuéronse también los dos hermanos. Habían labrado una corona que parecía una quijada desdentada de un borrico viejo, ó, por mejor decir, las quijadas de un borrico viejo son bastante más hermosas que la corona que hicieron. Llegados á la corte, la presentaron.

Cuando la princesa vió á su esposo, dió de todo corazón gracias á Dios, que no abandona á los valerosos, y pensó que la estratagema propuesta á su padre le había salido bien.

El rey dijo:

—¿Quién de vosotros ha salvado á mi hija?

Pecho de Hierro respondió sencillamente:

—Yo apagué las luces.

Pero Puches replicó:

—Las luces... No basta eso de las luces. No le crea V. M. á ese individuo, que ha sido siempre un gallina y un pícaro de siete suelas. Nos conoce de hace un rato.

El rey dijo:

—Está bien: veamos quién de vosotros tiene la corona.

—Hela aquí,—respondieron los dos hermanos.

El rey, sonriéndose, apenas la hubo vista, dijo:

—Esa debe ser la corona de un borrico.

Entonces Pecho de Hierro presentó la suya, quedando con un palmo de boca abierta los dos hermanos.

—¡Oh!—exclamó el rey.—¡Esa es!

—Y este es mi libertador,—repuso la joven.

Los dos hermanos huyeron, ligeros como el viento.

Entonces se publicaron grandes fiestas, grandes regocijos. Buscóse á los dos hermanos, pero no fué posible dar con ellos en veinte leguas á la redonda; hasta que por fin, Pecho de Hierro suplicó al rey que no insistiese más.

Debía darse un gran convite al cabo de una semana, y Pecho de Hierro dijo al león:

—Mi caro león: tú que eres mi viejo amigo, ¿querrías hacerme un favor?

—Mándame,—respondió el león.

—Pues debes ir lejos, lejos, á tal pais de esta y esta manera, y buscar á un anciano—(y se lo describió).—Es mi padre; debes conducirlo aquí, si vive aún, y no has de tardar más de una semana.

El león se puso en camino acto continuo, y anduvo noche y día. Cuando estuvo cerca del país, encontró una osa.

Díjole la osa:



Pecho de Hierro y su león

—Vas en busca de un anciano, pero no hay cuidado de que vuelva jamás á ver á ninguno de sus hijos.

Entonces el león la acometió con una furia increible.

—Estás encantada, pero yo estoy más encantado que tú. Te despedazo si no lo sueltas al momento.

La osa le puso en libertad al instante, dándole de paso las gracias al león por haberle respetado la vida.

Y así pudo el león, el último día, á última hora, presentar á su padre á Pecho de Hierro. Vivo estaba aún el pobre viejo, bien que muy decaído; pero robusteciόse de punto al saber la noticia y al abrazarle su hijo. Llevado allí por maravillosa manera, como solamente sabía el león, como una luz á la que pronto se despavila, sintióse remozar, y más cuando Pecho de Hierro le condujo después á presencia de Manolilla. El buen viejo estuvo á punto de morirse de alegría.

Entretanto habíase dado el gran banquete, y en lo sucesivo ocurrieron tantas bellas cosas que sería imposible dar cuenta de todas. Diremos, sin embargo, que la Hija del Sol y Pecho de Hierro vivieron larguísimos años y fueron siempre muy felices.

Mucho fué lo que gozaron,
y á mí nada me dejaron.

III

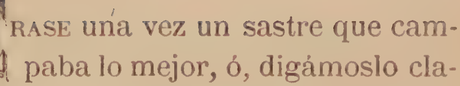
EL HIGO MARAVILLOSO

Ó SEA

ORIGEN DEL PROVERBIO

QUEDARSE CON UN PALMO DE NARICES

EL HIGO MARAVILLOSO



Érase una vez un sastre que campaba lo mejor, ó, digámoslo claro, lo peor del mundo, llevando adelanté á su mujer y tres chicos á fuerza de matarse trabajando todo el santo día. Los tiempos eran difíciles y el pan costaba caro.

Una mañana, dadas las diez, y con una pierna cruzada sobre otra, nuestro sastre, sentado sobre un grande escabel, miraba con inquietud, ora al cosido, ora á la tienda. Estaba pensando el pobre en el almuerzo, por más que no tuviese blan-

ca; pero era imposible que Dios pudiese dejarles en ayunas.

Y pasaba la gente con los cestos de la compra, llenos de huevos, pollos y chuletas; pero no veía que nadie tuviese cara de regalarle algo.

—¿No vamos á poner hoy nada á la lumbre?—pensaba el sastre.

Pero he ahí que pasa un guapo muchacho, alegre como unas castañuelas, con un cesto lleno de huevos que parecían de pavo, tan gordos eran, y en medio de ellos dos muy pequeñitos, pequeñitos, que parecían de palomo.

El sastre tomó los dos huevos pequeñitos, porque no tenía con qué pagar, y dijo:

—¿Cuánto valen?

—Dos sueldos cada uno.

—Está muy bien: mañana te los daré.

El muchacho siguió su camino, y el sastre pensó:

—De aquí á mañana mucho será no caigan cuatro sueldos.

Y llamando á su mujer, dijo:

—Toma: haznos una tortilla para todos: tengo un hambre que rabio.

La mujer se metió en la cocina, y dijo:

—¡Cómo pesan!

Y al poco rato tornó:

—Pero ¡si no puedo romperlos!

—¡Diantre de mujer!—exclamó el sastre.—Te has empeñado en matarme de hambre.

Y fué á la cocina para romperlos él; pero no pudo, ni aun con un martillo.

El sastre, asombrado, fuese al platero de enfrente para pedirle explicaciones de aquella burla: creíalos positivamente de hierro.

El platero los observa, los rasca, los frota en la piedra de toque, y dice:

—Son de oro.

—¿De oro?

—De oro. Si queréis que os dé el peso en dinero...

Y le dió el peso en monedas.

El sastre fuése á buscar al chico de los huevos, le pagó los que le había tomado, y le dijo si quería venderle todo el cesto; pero no le quedaba ya ninguno. Se hizo prometer entonces que se lo vendería al día siguiente, y, en efecto, entonces se los compró todos.

No había sino dos pequeñitos, como el día antes, y únicamente aquellos eran de oro.

Cuando volvió á ver al chico, le dijo:

—¿Me venderías la gallinita que pone esos huevecitos? ¡Son tan sabrosos!

—¡Pues no que no!

Y tuvo la gallinita.

El sastre pensaba haber con ello descubierto un magnífico tesoro. Cada día, apenas se levantase, se encontraría ganado ya el jornal en una cesta de paja. Y tiró la aguja.

Hé ahí que pasa un viejecito por la tienda y le

pide limosna, y el sastre se la da. Y dice el viejo:

—Has visto la fortuna, pero yo te enseñaré otra mejor. Si matas esa gallina, el que coma la cresta, si es mujer, se volverá reina de España; y si es hombre, rey de Mauritania; si es un hombre el que coma el corazón, rey de Portugal, y si no, reina de la India; y quien coma el hígado, sea hombre ó mujer, cuando meta mano en el bolsillo lo encontrará siempre lleno de dinero.

El partido pareció excelente al sastre, y mandó matar la gallina y la hizo guisar para comerla.

Los tres hijitos del sastre eran chiquitines y andaban siempre revolviendo por la casa. Aquella mañana, en el momento en que la mamá se hallaba fuera para comprar algunas cosas que se le habían olvidado, y el sastre andaba por la vecindad charlando y discurriendo sobre la Europa, la América y las islas Molucas, de donde venían al mundo tan bellas rarezas, los chiquillos vieron en la cazuela, bajo el asador, tres pedazos de carne. Los creyeron pasados ó desechados, y tomaron uno cada uno y se los zamparon. Cuando el sastre volvió para comer, y no encontró ni el corazón, ni la cresta, ni el hígado, creyó morirse, y, preciso es decirlo, se echó á llorar á moco tendido. Y lloró también su mujer, que había pensado ya en ser reina de España; pero como en el fondo eran buenos, se consolaron pronto y dijeron:

—Séréis felices vosotros, niños.

El tiempo, especialmente en los cuentos, pasa con la velocidad del relámpago, y la chica fué reina de

España, uno de los arrapiezos rey de Portugal, y Tarentino, el chiquitín, se convirtió en el ricacho sin fin ni término. Tarentino era un chico muy alegre.

No sabiendo qué hacerse con tanto dinero, dejó un saco lleno á sus papás, y corrió mundo.

Dinerillos hasta allá,
y luego se va, se va.

Y anduvo, anduvo, anduvo sin pararse nunca. Rivalizó en suntuosas, espléndidas fiestas con príncipes, reyes y emperadores; y como algunos de ellos, humillados, enojados, hubiesen intentado vencerle y afrentarle, tuvieron que retirarse con la cabeza gacha. Daba cenas, bailes, funciones de teatro; invitaba á pueblos enteros á sus festines y luego se marchaba sin volver á parecer. Habia visto casi todo el mundo: ríos y mares blancos, negros, amarillos, azules, cuanto hay; los montes más altos y nevados, las colinas más risueñas; llanuras, valles, altozanos, lagos. Contaba maravillas increíbles y se daba el gustazo de satisfacer los caprichos más extraños.

Entre sus antojos curiosos figuraba el de andar por los países con los trajes más estrambóticos á fin de procurarse el placer de molerles las costillas á cuantos se riesen.

Una vez se presentó en una ciudad de las Islas Negras con una vestimenta jamás vista.

En la ventana de un gran palacio habia dos señoras: la reina madre y su hija.

Apenas repararon en él se echaron á reir tan estrepitosamente que se vieron obligadas á retirarse.

—Ya os lo encontraréis,—dijo Tarentino.

Y se fué al gobernador y compró por muchísimo dinero el solar de enfrente del palacio real; llamó un ejército de arquitectos y albañiles, y ordenó que construyesen el palacio más hermoso del mundo, tanto, que el palacio del rey parecía una cabaña. Mármol y oro que cegaba, los más finos sillares, columnas estupendas, capiteles que enamoraban, balaustradas que eran una verdadera magia, y por dentro estátuas, taraceas, pinturas. La octava maravilla del mundo.

Entonces la real familia quedó hundida. Una pataleta, una bilis. Había que aniquilar al odiado extranjero. ¡Tarentino! Nombre antipático: un hueso atravesado en la garganta.

Fingirse grande amigo de Tarentino: engañarlo, vengarse; eso había que hacer.

Folena, la hija del rey, era bella, pero mala. Siempre se burlaba de todo el mundo, y nunca había querido casarse porque no encontraba marido que fuese digno de ella. Ahora Folena se ponía á la ventana y miraba á Tarentino con pasión. Miraditas largas y llenas de melancolía.

Tarentino no se acordaba del proverbio: «ojos hermosos, ojos traidores;» y se enamoricó en seguida.

Hé aquí que al día siguiente recibe del rey una esquela de invitación, muy obsequiosa, rogando al eminente personaje se dignase concederle el alto ho-



Mira: en un momento me lo quito: hélo aquí

nor de presentarse en la corte. Tarentino va, y no sabe lo que le pasa con la grande acogida que se le dispensa, y más que todo con el rostro gentil y las dulces miradas de su cara Folena, que le parecía una belleza encantadora.

Las visitas se hicieron frecuentes, y Tarentino era cada vez mejor recibido y debía concertarse el casamiento.

Toda la corte era fiesta: el júbilo, inmenso; un acontecimiento.

Una noche, en un momento de languidez, de apasionado amor, preguntó Folena:

—Pero ¿cómo te las compones, mi hermoso Tarentino, para encontrar tanto dinero?

Tarentino le contó su historia: nada más sencillo. Folena respondió:

—Amigo mío, me perdonarás, pues no creo palabra de todo eso.

—Pronto podré probarlo,—replicó Tarentino.—El hígado de mi gallina es de calidad rara, diamantina; es un joyel intacto, invariable hoy como de aquí á trescientos años. Aquí lo llevo, en la garganta. Mira: en un momento me lo quito: hélo aquí.

—¿ Y ahora no tienes dinero?

—No lo tengo.

—¿Ni uno?

—Ni uno.

—Pues ponlo en este cofrecillo y vamos á cenar. Probemos si en este tiempo vuelven los dineros.

Y fuéronse á cenar, y había allí una infinidad de

convidados que se prosternaban todos ante Tarentino: todos le querían conocer, saludar, inclinarse.

La cena fué exquisita. Toda clase de vinos, y algunos de malas burlas.

No había terminado el banquete cuando Tarentino se sentía rendido de sueño. De vez en cuando abría los ojos y le parecía que veía sonrisas maliciosas. Después volvía á cerrarlos. Finalmente cayó en un profundo sueño. En un momento dado entraron los criados y dijeron que el palacio de enfrente no existía ya. Estrépito, confusión, aturdimiento y algazara general.

—¡Fuera este impostor!—exclamó la reina.

Tarentino se dispertó al fresco de la mañana y se encontró en medio de la calle, pobre, mendigo. Rompía el alba y parecía que había dormido cien años: había tenido pesadillas y se sentía la cabeza atontada. Hasta entonces se había peleado en sueños con un turco que quería llevárselo á su casa. Quiso entrar en palacio para ver al rey y no se lo permitieron. El hermoso palacio encantado se había evaporado, y el dinero también: el sueño había dicho la verdad. No le quedaba sino volverse á casa. ¡Oh, pobre Tarentino, qué cara ponía!

Y se puso en marcha.

Anda que te anda por montes y llanuras, encontróse en un bosque lejano, lejano.

Para no ser comido por las fieras, encaramóse á un árbol para dormir, y se rindió al sueño.

De pronto, despierta: siente gente que viene. Presta oído, mira: son tres hombronazos con facha de ladrones.

Se acercan al árbol. De fijo que si le veían, muerto era; pero ninguno de ellos pensaba ni de mil leguas que hubiese allí alma viviente. Hablaban, disputábanse sobre los objetos robados y se acaloraban de lo lindo.

Escápale un estornudo á Tarentino.

—¡Adiós! ¡Estoy perdido!—pensó.

—¿Quién es?—preguntaron, mostrando tres visajes zorrunos, en los cuales, á la luz de la luna, centelleaban seis ojazos de lobo.

—Soy un pobre hombre que duermo aquí; no me molestéis: nada tengo que daros.

—¿Cómo molestarnos?

Á los ladrones les pareció aquello una fortuna, pues necesitaban uno que dirimiese el litigio, que se volvía tremendo.

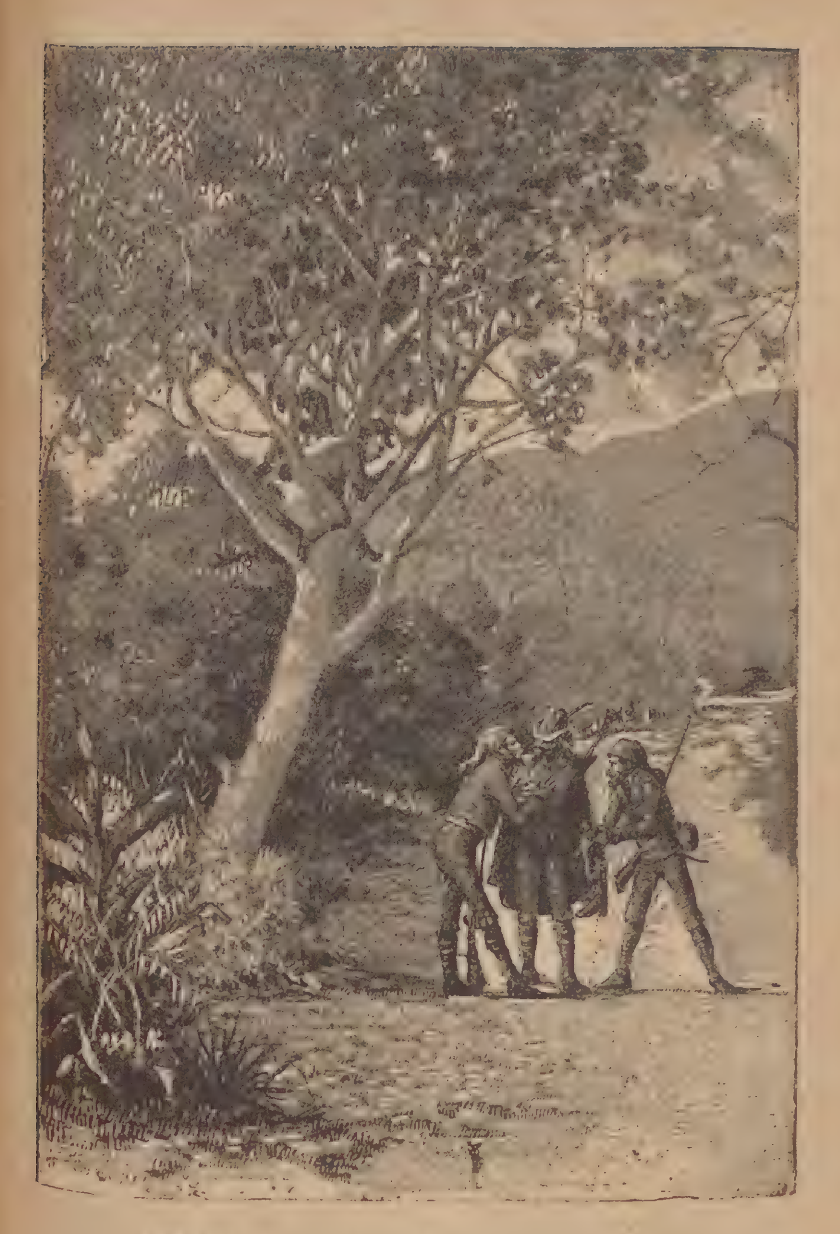
—Baja.

Tarentino tuvo que bajar.

—Mira,—dijo el más viejo, que parecía el capitán; —aquí tenemos tres objetos: quien quiere uno, quien quiere otro: repártelos tú como te dé la gana.

—¿Qué objetos?

—Un par de botas que al calzárselas se corre como el viento; una sortija que, con ponérsela en la boca, puede uno andar y entrar por todas partes sin ser visto, y un cuerno que al tocarle comparece gente y más gente armada hasta que se deja.



Hablaban, disputaban sobre los objetos robados

—Y ¿es verdad que tienen esta virtud? Permitidme que lo pruebe.

Y se puso las botas, y tomó la sortija, y tomó el cuerno.

—¿Y les debo dar al que quiera?

—Precisamente.

—Pues oid: si me esperáis aquí tres días hasta que lo haya experimentado, lo daré al que yo quiera.

Y puso pies en polvorosa. Los otros corrieron tras él, gritaron, buscaron, pero no encontraron: una saeta. Tarentino tenía la sortija en la boca, y las botas aquellas le llevaban como el viento.

Y lo llevaban al palacio del rey.

Ahora ya respiraba Tarentino: ya se vengaría, bien ó mal.

Era aún de noche. La luna se acercaba pacífica y tersa á los montes de poniente. Tarentino se tendió en lo alto de una colina hasta que saliera el sol. Ya había subido algo cuando dispertó. Enfadóse consigo por haber dormido demasiado, y se puso en marcha. En un abrir y cerrar de ojos estuvo en la ciudad.

Llega delante del palacio real, y lo mira como un león que se encoge antes de arrojarse sobre su presa. Después entra, seguro de que no lo ve nadie; atraviesa salas, corredores, cámaras y estancias, y llega á la de Folena. Esta dormía aún: con sus cabellos esparcidos sobre la almohada, dormía y soñaba. Una sonrisa de contento en los labios: parecía feliz. Tarentino gozó con aquella felicidad: admiraba, en-

cantado, aquella su cara criatura; y, olvidado el sentimiento de la venganza, no le acosaba sino el remordimiento de haber entrado allí dentro. Se había qui-



... las botas aquellas le llevaban como el viento

tado, al entrar, la sortija de la boca, y pensaba ya retirarse cuando despertó Folena.

Despiértase, mira y da un grito. Restrégase los ojos como si pudiese ser un sueño; pero al convencerse de la realidad cambia de tono, le echa los brazos al cuello y llora; lloraba de alegría. ¡Oh! ¡Haber

perdido á su Tarentino! ¡Aquellos envidiosos cortesanos que le habían alejado! Alejado; pero ¿dónde? Ella no lo había sabido. ¡Si Tarentino quisiese ser tan bueno que se lo contase!

Tarentino se volvió loco de contento, y se lo refirió todo.

—Soy inocente,—decía Folena á cada frase.

—¡Oh, mi cara Folena! ¡Tú eres el amor mío!

No puede describirse la alegría que hubo en palacio por aquel regreso. Todos estaban maravillados del caso. Pero ¿cómo había comparecido Tarentino? ¿Qué había pasado? Pues ¿y los reyes? Desconsolados por no poder encontrarle, habíanse desesperado de una manera imposible de contar. Pero ahora ¡qué placer! ¡qué alegría! En ciertos momentos, cuando Tarentino refería cómo se habia encontrado lejos de su casa, sin techo ni hogar, lloraban á moco tendido, y era aquello un diluvio de sollozos, de ojos como tomates, de narices lastimosamente rubicundas, de pañuelos al aire, que no bastaban á enjugar las lágrimas.

¡Ah, si hubiesen podido descubrir al criminal! ¡Un premio, un rico premio al que lo denunciase! Pero probablemente resultaría que el culpable habría sido cualquier criado borracho.

En la probabilidad de que fuese así, se detuvo á siete, que fueron azotados con justísima razón en medio de la plaza pública.

Tarentino estaba satisfecho. Y después ¿qué se le importaba nada que no fuese deleitarse ante los ojos



Tambaleábase, tambaleábase, y repetía la misma cosa...

tan hermosos de su Folena, que con el amargo llanto se habían vuelto más bellos todavía?

Fué celebrado el feliz regreso con un gran banquete. Tarentino se hallaba al lado de su Folena, que le decía entre suspiros:

—¡Oh! ¡Cuán dichosa me siento con que hayas vuelto! Estaba convencida de que me habías abandonado para siempre. Pero cuéntame, Tarentino mío, cómo ha sucedido eso: cuéntamelo de nuevo, pues me parece no me lo hayas dicho nunca. ¡Oh! ¡Mi cabeza estaba llena de dolor y de vértigos! ¿Cómo pudiste cruzar por las salas del palacio sin que te viesen tantos importunos como hay siempre, y llegar hasta mi cuarto sin que lo advirtiesen mis fastidiosas camareras? Posees un gran talento, amigo mío: merecieras te cambiasen el nombre y te llamasen Talentino, ó, por mejor decir, Talentón, Talentazo...

Y Tarentino se reía, conmovido, y le contó de nuevo, uno por uno, todos los pormenores, y lo de las botas y de la sortija.

En esto, terminó el banquete, y estaba ya nuestro héroe ahito de manjares y de vino y de discursos. Le habían hecho levantar demasiado el codo. Tambaleábase, tambaleábase, y repetía la misma cosa:

—Las botas... la sortija... la sortija...

Los cortesanos, que se la tenían tragada, le miraban con aire de satisfacción y con asco, con una sonrisa de piedad y de desprecio.

—Necesita descansar,—dijo la reina.—¡Ha andado tanto! Acostadlo.

Lo llevaron á un gabinete, mientras Tarentino repetía siempre:

—Las botas... la sortija...

Y le quitaron las botas y la sortija, y le acostaron... sobre las duras piedras de la plaza.

Por la mañana, cuando dispertó, Tarentino creyó que todo había sido un sueño. Y decía, como si soñara:

—Ved. Me encuentro sobre un lecho de plumas; tengo al lado á mi Folena que me asiste... No es verdad que me encuentre en medio de una plaza.

Pero no tardó en convencerse de que no estaba soñando, y que harto verdad era lo que veía. Entonces le entró un sentimiento de desprecio feroz y de rabia al verse objeto de aquellas humillaciones que le hacían sufrir siempre. ¿Habíanle hecho una nueva traición? Pero ¿cómo? ¿cuándo? Tenía derecho á saberlo.

Lanzóse furioso al portal de palacio. Se lo explicarían todo, le darían estrecha cuenta; y si no...

Pero en la puerta había un piquete de guardia que le intimó:

—¡Atrás!

—¿Cómo? Soy Tarentino.

—¡Atrás!

—El futuro de...

—¿Á mí qué me cuenta V.?

—Quiero entrar...

—¡Alto!

Iban armados hasta los dientes: le tenían asesta-

dos los puñales, y Tarentino, por más que estuviese ávido de venganza, no tuvo más remedio que volverse, pensando que algo le quedaba todavía por hacer. Salió mesándose los cabellos, llorando de rabia. De pronto se acuerda del cuerno, y la sangre volvió á correr feroz de alegría por sus venas.

—¿Dónde está mi cuerno? ¿Dónde lo he dejado? En la corte no lo llevaba conmigo.

Piensa, piensa. El cuerno habría quedado olvidado, ciertamente, en la colina en que había echado aquel sueño. ¡Ah, si lo pudiese encontrar!

Y se puso en camino, aunque el viaje fuese largo y no tuviese ya las botas; pero su ansiedad era tal, que en dos días de continuo andar Tarentino llegó al pie de aquella colina.

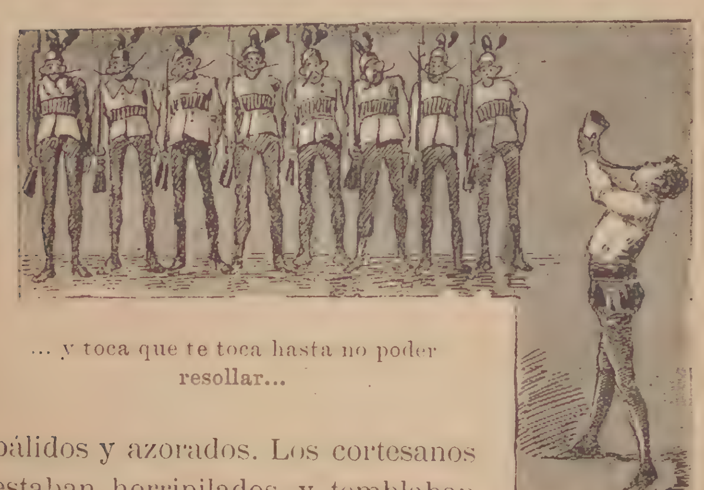
Si el cuerno no estaba allí, iba Tarentino á morirse de dolor; pero, recordando que había reclinado en él la cabeza, cerca de un matorral, lo encontró al poco tiempo.

¡Oh, qué alegría fué la suya! Á pesar de hallarse derrengado, aspeado, caminaba hacia la capital de las Islas Negras con tanta ligereza, que los pies no le tocaban al suelo. No comió, no bebió. ¿Á qué comer ni beber? Tenía sed de venganza, hambre de justicia.

Llegó de noche al palacio, antes de que hubiese salido la luna. El palacio estaba sumido en la sombra. Tarentino se puso á tocar, y toca que te toca hasta no poder resollar, empiezan á comparecer soldados y soldados y soldados.

Y el cuerno retumbaba por los corredores y salas del palacio, como si hubiese llegado el día del juicio y anunciase la destrucción, con un estruendo creciente de gente que llega, y un rumor confuso y grande de armas y armados.

Y el rey, la reina y su hija, se miraron entre sí,



... y toca que te toca hasta no poder resollar...

pálidos y azorados. Los cortesanos estaban horripilados, y temblaban como las hojas en el árbol, por más que se esforzasen en reir. Algunos escaparon. Todo había concluído ya. No había duda: era aquel condenado forastero que tenía hecho pacto con el diablo. De todo se salía.

En medio de aquel espanto general y de aquel balbucear inconexo de pareceres, cuando muchos acariciaban ya la idea de pasarse con armas y bagajes al contrario, Folena, fresca como una rosa y fría como una hoja de acero, exclama:

—Esperad.

Su expresión tan tranquila y segura fué acogida con un coro de aplausos. La princesa era la única esperanza en tanto peligro. Los que habían resuelto hacer traición, comprendieron que no había llegado el caso todavía, y demostraron su alegria triscando como cabras, aullando estrepitosos vivas.

Tarentino, triunfante, sitiaba el palacio y se preparaba á dar el asalto, cuando ve dirigirse hacia él á una joven desgreñada y llorosa. ¡Era Folena!

—¡Estoy casi muerta de dolor!—le dice.—¿Por qué huir y dejarme postrada en la cama, de donde he podido levantarme solamente por milagro ahora que te he oído? ¿Qué te había hecho yo?

Tarentino la mira.

—¿Postrada en cama? ¡Pobre Folena mía! ¡Has padecido tanto por mí! Pero hay que formar un proceso y ver absolutamente quién es el culpable de nuestro mal, y, descubierto que sea, pónmelo en mis manos, que ya le arreglaré yo las cuentas, sí, ya se las arreglaré.

—¡Sí! ¡Un proceso! ¡Un proceso!—gritaron el rey y la reina, que habían acudido bañados en llanto.—Alguien que pretende la mano de nuestra hija y que no encuentra modo de disimular su designio debe ser la causa de todo. Pero abreviemos vuestros desposorios: ya encontraremos después al culpable, que desde ahora puede desechar todo pensamiento de salvación.

—¡Los desposorios! ¡Los desposorios!

Mas para celebrarse los desposorios se necesita-

ban documentos, y Tarentino no los tenía. Mientras se esperaban fué solemnizada con anticipación su gran victoria con un gran banquete. Sus soldados fueron licenciados hasta nueva orden.

Pero ¡cosa extraña! esta vez en el banquete no quiso Tarentino beber ni probar bocado. Decía que no se encontraba bien. Algunos, entonces, quedaron consternados, aun la reina. El cuerno estaba allí en su cintura; terrible, inicuo instrumento. Quitado aquello, pensaba Folena, era de esperar que se hubiese acabado con todos los medios que aquel odiado extranjero poseía para imponerse, y en seguida haría administrarle tal paliza que se le pasarían las ganas de comparecer de nuevo por nunca jamás en su presencia.

De pronto se levanta la princesa, y á poco, mientras Tarentino miraba hacia qué parte se había dirigido, se arrojan sobre él siete hombres armados que le inmovilizan los brazos, le atan y le arrebatan el cuerno.

—¡Folena! ¡Folena!—quería gritar Tarentino. pero no pudo.

No obstante, al pasar mientras lo arrastraban, vióla en un rincón que con sus grandes ojos en que retozaba la risa le estaba mirando. Entonces desapareció de Tarentino todo aquel grande amor; helósele el corazón.

En la puerta los siete hombres aumentaron la dosis de la leña, y lo dejaron apabullado, molido. No lo sentía apenas, sin embargo, Tarentino; tan muerta

estaba su alma. Después, cuando se levantó, lloró de rabia, de desesperación, y díjose, ya más tranquilo:

—Volvámonos á nuestra tierra.

En el fondo, había gozado tanto en lo pasado, que bien podía en adelante vivir como otro desgraciado cualquiera.

Dos días hacía que caminaba y no había probado bocado, y comenzó á sentir un hambre atroz. Pero ¿cómo pensar en comer en medio de un desierto que no acababa nunca? Por fin encontró un oasis, todo flores, árboles frutales y fuentes, y entre las frutas había gran número de higueras cargadas de higos, por más que fuese invierno.

Tarentino comenzó á comerlos, y de repente vió que su nariz crecía crecía á cada higo que comía. Pero tenía tanta hambre y eran tan sabrosos, que continuó regalándose con ellos y dejó que fuese creciendo la nariz. Una braza más ó menos de nariz no era la ruina del mundo.

Por fin adquirió tales proporciones que le fué preciso arrollársela en el brazo como una cinta. ¿Tenía que morirse de hambre? Tanto más en cuanto era hombre perdido. Casi casi le venían ganas de no moverse ya de aquel desierto.

Cuando estuvo saciado, sin embargo, púsose de nuevo en camino, y el día siguiente encontró otro oasis, donde había otras higueras cargadas de higos, pero de distinto color. Tenía aún tanta hambre, que se puso á comerlos, decidido á convertirse, si era menester, en diez veces como la trompa de un elefante.

Pero ¡oh maravilla de las maravillas! en lugar de crecer, la nariz menguaba á cada higo que comía. Al principio, casi estoy por decir no lo creía Tarentino: parecíale aquello una gloria... Y continuó comiendo higos. Y come que te come, la nariz volvió á quedar como al principio.



Tomó tales proporciones que le fué preciso arrollársela en el brazo.

Comiendo, pues, higo tras otro, vínole de pronto una idea estupenda. Dicho y hecho. Tarentino vuelve atrás, se dirige al primer oasis, con las ramillas de una planta entreteje un hermoso cesto, y lo llena de los primeros higos maravillosos, que, bien acomodados todos entre las hojas, eran una bendición, y pónese de nuevo en marcha para la capital, caminando con una ansia feroz.

Hélo aquí en la ciudad tan cruel para él, donde le habían acaecido tan tristes aventuras, y se pone á gritar á voz en cuello:

—¿Quién quiere higos? ¡Higos frescos y maduros! ¡Higos!

Pero los pedía á tan alto precio que nadie le compraba.

Llega bajo las ventanas del rey.

—¡Quién quiere higos frescos y maduros! ¡Higos! ¡Frescos y máduros! ¡Higos!

—¿Higos en este tiempo?—decían en la corte.

Enviaron á un criado para comprarlos, y Tarentino se los vendió por poco dinero.

Como verdadera rareza son presentados á la reina madre y á su hija, que los comen del mejor gusto, hablando entre higo é higo de Tarentino, del cual no habían acabado todavía de reirse. Pero, burla, burlando, no echaron de ver otra cosa y era que las narices crecían; y cuando lo notaron ¡horror! eran ya poco menos de media braza de largas. ¿Era posible? ¿Era posible? Una y otra debieron persuadirse de lo cierto, tanteándola, tirando de ella, y, cuando estuvieron bien seguras, gritos, llanto sin fin. Toda la servidumbre y toda la ciudad contábanse, primeramente al oído y después más alto, el acerbo é inesperado y extrañísimo caso. Pero ¿cómo? Pero ¿por qué? ¿Habían sido los higos? Pero ¿hay higos en el mundo que gasten tales bromas? Pues nunca jamás, amén, probemos higos.—Al contrario,—decían otros,—estaremos obligados á comerlos, porque la reina madre y la hija no querrán ser las únicas de aquellas kilométricas narices.

Y todos temblaban por sí.

Y la cosa se contaba que daba horror. ¡Cómo se había trasfigurado aquel artístico semblante de Fo-



Comed estos cinco higos, y la nariz disminuirá.

lena! ¡Qué proboscideo! ¡Qué espectáculo! No era, por cierto, nada bonita.

Sus hermosos ojos, hermosos cuanto traidores, habíanse tornado diminutos, diminutos, y feos, feísimos. El mundo diplomático y político andaba hondamente preocupado. Era preciso encontrar al infame vendedor y empalarlo. Pero no se le encontraba.

Entonces se enviaron edictos por todo el mundo para que acudiesen los médicos más sabios, ofreciendo grandes premios al que curase á la madre y á la hija. El premio, nada menos que el trono real, y la hija por esposa.

Ningún médico fue capaz de encontrar el secreto, y habían acudido á centenares.

Un día se presentó un anciano con largos cabellos y barba blanca. Era Tarentino, pero nadie lo reconoció. Declaró que curaría á la princesa, como había curado á otros por el estilo.

—Un clavo saca otro clavo,—dijo;—medicina homeopática. Comed estos cinco higos, y la nariz disminuirá.

Y la nariz disminuyó efectivamente en proporcionada longitud al momento de comidos los cinco higos.

La noticia corrió con la velocidad del rayo. Una enfermedad que era un remedio no era, pues, aquel diablo de cosa que se decía: aun se podía comer higos.

Excusado es decir que el médico capaz de aquel milagro fué llevado al séptimo cielo. La reina le levantaría un altar si curaba bien, la princesa se casa-

ria con él, aunque viejo; y el rey compartiria con él el trono.

—Está asegurada la curación,—decia el médico,—pero hay que ir poquito á poco. Entretanto guarden cama las enfermas: yo las asistiré.

Y la reina y su hija se estaban en cama, mirándose á cada momento en un espejo para ver si dismi-



...mirándose á cada momento en un espejo para ver si disminuía la nariz.

nuía la nariz. Tarentino andaba de un cuarto á otro, y las asistía cariñosamente, y daba medio higo cada día, y la nariz disminuía medio dedo. Folena le estaba tan agradecida que le acariciaba la hermosa barba blanca, y hablaba mucho con él, y él la escuchaba siempre y se hacia referir la historia de cuando habia comido por primera vez aquellos higos. Y Folena contaba que un imbécil se había metido en la mollera que habia de ser su esposa, tan sólo porque tenia cuatro cuartos á causa de cierto higado de gallina,

que si el médico quería ver estaba allí en un armario con algunas otras zarandajas de aquel quidam.

—¡Vaya qué cosas! ¡Vaya qué cosas!—decía el doctor meneando la cabeza. Y añadía sonriendo:—¡Habráse visto caso igual!

Y la miraba con una risita particular: unas veces hacía como que no creía, y le hacía repetir el cuento, y parecía que le gustaba mucho oir como aquella incauta doncella le trataba de imbécil á cada instante.

—Es decir, vamos, que el tal se había entrometido...

—Entrometido...

—Y quería echárseles de igual que el rey...

—Eso es, que el rey.

—¡Y por un hígado!

—Por un hígado repugnante, por un par de espuelas que jamás me calzaría yo por todo el oro del mundo, por un cuerno al cual nadie querría aplicar los labios... ¡Uf! Y pensar que él se lo había llevado á la boca...

—Pero ¿tanto asco os daba ese fulano?

—Asco, náuseas: no os lo podéis imaginar.

—De manera que no le habíais tocado ni con la punta de los dedos.

—Ni siquiera con la punta de un bastón.

—Y, sin embargo, le habéis hecho tocar de lo lindo,—añadió el doctor riendo.

—¡Ah! Por supuesto. Sois muy ocurrente é ingenioso, doctor.

—Y ¿era ese Tarentino tan grosero y tonto como decís?

—Retontísimo.

Entretanto el viejo doctor había estado mirando en el armario los diversos objetos que allí había y guardádose algunos, y sin recatarse de ello los había adaptado á su persona: el cuerno colgado del tahalí, las espuelas en los pies, el hígado en una mano y la sortija en la otra.

—Decíais, pues,—continuó el doctor,—que el tal Tarentino os daba asco. Pero ¿sabéis que corrió un rumor extraño?

—¿Cuál?

—Que le habíais abrazado más de una vez.

—¡Oh! ¡Calumnia, calumnia!—exclamó Folena.—¿Quién ha sido el estúpido que ha dicho eso?

—Un testigo ocular, á lo que parece.

—¡Decidme su nombre! ¡Embustero! ¡Insolente! ¡Decídmelo, doctor!

—No puedo.

—¡Ah, si se me presentase delante! ¡Embusterísimo, borrico!

Entretanto, el doctor, que se había arreglado su peluca y barba de un modo bien sencillo para que en un momento pudiese quitárselas, despojóse de ellas, y, mostrándose á la joven, dijo:

—Hé aquí el testigo.

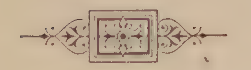
Folena quedó como una piedra. Quiso gritar, pero la voz se le anudó en la garganta.

—¿Conque no creías que fuese yo?—exclamó Tarentino.—Quédate, pues, con un palmo de narices, malvada.—Y, poniéndose la sortija en la boca, se fué.

A los gritos de la reina y de Folena todos los soldados se habian puesto sobre las pisadas de Tarentino. Anhelaban venganza, anhelaban curarse; pero no hubo manera de acortar ni un solo través de dedo de nariz ni á la reina madre ni á la hija.

Así, pues, Tarentino regresó á su país muy satisfecho con su valioso hígado, y, como al pasar por el bosque no encontró ya ni al dueño del cuerno, ni al de las espuelas, ni al de la sortija, se los guardó, y aun le sirvieron alguna vez. Lo que hay que saber ahora es que al volver á casa se encontró con una muchacha muy hermosa, con una cara toda amor y dulzura, la cual se enamoró de él por las bizarrías y proezas que sabía había llevado á cabo, y fueron muy felices en casándose, y vivieron largos años haciendo mucho bien al prójimo.

Y si te parece ahora que eso no ha pasado nunca, te diré que como me lo contaron te lo cuento.



IV

EL ARCHILEÓN



EL ARCHILEÓN

ERASE una vez un tonto de capirote que porque se había graduado de doctor en Salamanca se figuraba ser la sabiduría en persona; así es que miraba con el mayor desdén á todos los hombres de mérito, y les zahería de continuo y les vejaba con las más acerbas censuras, poniéndoles tachas á todos; y como no les constaba su ignorancia, muchos le tenían miedo y le hacían grandes reverencias, aunque murmuraban de él entre sí.

Sucedió en esto que el doctor de Salamanca hubo de burlarse de un viejo muy sabio que lucía una ve-

nerable barba, y estaba muy metido en la magia, y sabía el arte de convertir á las personas en animales y á los animales en personas; y el viejo sabio se volvió al doctor y le dijo:

—Eres un borrico de alma, y vas á convertirte ahora en un borrico de cuerpo.

Y dicho y hecho: convertido en borrico, fué llevado á la feria, y en la feria le compró un ollero.

El ollero le hacia parar á cada puerta y le daba poco de comer y le hacia trabajar mucho, cargándole de ollas que debía llevar de un país á otro, y vendiendo pocas, por lo cual se enfurecia y se lo hacia pagar á la bestia, apaleándole bárbaramente. Así es que el animal pensaba siempre en escapar, hasta que un día lo consiguió, aconteciéndole entonces el curioso caso que voy ahora á referiros.

Había sucedido, pues, que el amo lo habia atado mal á una reja de hierro, quitándole el cabestro y la albarda porque quería estregarle; y como nuestro borrico se encontró muy suelto, revolcóse por tierra como acostumbraba hacer para domar sus sentimientos; y luego, poquito á poco, echó á andar y se alejó, y cuando estuvo buen trecho distante volvióse atrás, y vió que no estaba su amo, y tomó las de Villadiego, y emprendió tal carrera cual puede correr un asno.

Llegó lejos, lejos, á una gran llanura con cantidad de yerba, y nuestro borrico púsose á comerla, feliz y contento, cuando de pronto vió venir de lejos á un joven león.

Dióle entonces un gran susto, y dijo para sí:

—Muerto soy: no hay escapatoria. Si huyo me alcanza: si me quedo, idem de lienzo.

Y en su desesperación echóse á reir y á rebuznar, y á saltar como si no esperara otra cosa; y en seguida, viendo por allí cerca una peña, se acercó y comenzó á largarle coces, y con las herraduras hacía saltar chispas.

El joven León se detuvo, y pensaba:

—¿Qué bestia será aquella?

Y el asno lanzaba coces aun más fuertes, y hacía saltar más chispas, y rebuznaba á más y mejor, hasta que echó de ver que el León se había detenido. Entonces dejó de hacer más cabriolas y comió la yerba muy digna y decorosamente.

El León se acercó con gran reverencia.

—¿Qué animal sois?—preguntó.

Y el Asno, con soberbia:

—Y vos ¿qué bestia sois?

—¿Yo? El León.

—Pues yo... el Archileón.

El León se quedó estupefacto. Creíase el rey de los animales y se encontraba con un superior.

—Así, pues, ¿sois más fuerte que yo?

El Asno no respondió.

Entonces dijo el León:

—Vamos, seremos amigos. Correremos mundo, lo conquistaremos. ¿Qué puede oponerse al León y al Archileón?

Pero el borrico le miró con una especie de asom-

bro. ¿A tanto se atrevía? Sin embargo, con cierta benevolencia replicó:

—Está bien; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no te meterás en lo que yo haga.

Y se pusieron en camino. Y anda que te anda, héte aquí que llegan á una casa, y en la casa había un huerto, y en el huerto una cabra atada.

Dice el León:

—Vamos á comernos aquella cabra.

—Yo no como carne,—respondió el Asno con un gesto de horror.

—¿Por qué?—repuso el León, sorprendido.

El Asno le miró con aspereza. ¿Cómo se metía en sus cosas? Con todo, respondió como por complacencia y filosóficamente:

—El que come, será comido.

El León lanzóse de un salto á la otra parte del cercado y se encontró en el huerto. De un zarpazo mató á la cabra y fué á devorarla pacíficamente á un rincón.

El Asno tomó aliento después de él... y horadó la cerca con la cabeza, y, una vez en el huerto, fuése para las plantas y se puso á comer coles.

Hé aquí que llega el amo y ve al borrico sin ver al León. Coge una tranca bien nudosa y le da al burro un buen tanto de leña. Y el borrico continuaba comiendo tranquilamente. A cada palo, un bocado de col.

Pero el León se inquieta. Tiene miedo por los

dias de su compañero: da un salto y ahuyenta al labrador con un rugido. El pobre hombre cayóse en tierra desmayado antes de que le tocasen.

Esperábase el León que el Archileón le daría las gracias, pero en vez de esto ve que le miraba torvamente.

—¿No te dije que no te metieras en mis cosas?

—Pero ¡si te deslomaba!

—¡Asno!—le dice el Archileón.—Me sacudia las pulgas.

El León quedó confuso. ¿Tanta fuerza tenia, pues? ¿O acaso era de piedra? Y ya se arrepentía de haberle ofrecido su amistad. Quizás se habia expuesto á un grande riesgo y había cometido una sandez.

—¡Sigamos!—dice grave y autoritariamente el Archileón.

Y siguiendo llegaron á un río.

Dice el León:

—¿Pasemos?

El Asno inclinó la cabeza.

El León dió un salto y estuvo á la otra orilla. El Archileón saltó después que él y se cayó en medio. Y no parecía en la superficie.

Y bajo el agua forcejeaba con las patas y pensaba:

—Muerto soy.

Y enfangado allí, multitud de peces, engañados, se le metían por las orejas.

El León, inquieto, se lanza al agua con ánimo resuelto, sostiene al compañero, lo saca á la orilla y le da ánimo.

Todo esto en un abrir y cerrar de ojos.

Pero el Borrico, al verse ya en la orilla, chorreando agua, con el pelo apelmazado, el hocico espantado, torciendo los labios para resollar, mira torvamente al León y le dice:

—¿Quién te manda meterte en mis cosas? ¿Son esos los pactos?

—Pero ¡si te ahogabas!—responde balbuceando el León.

—¿Me ahogaba, pedazo de cernicalo? ¡Cogia peces!

Y así diciendo sacudió la cabeza y le cayeron dos pececillos.

El León creyó que soñaba. Quedó aturdido y estuvo por huir atemorizado. Sentíase correr un frío por la espalda, y por fin dijo plácidamente:

—He faltado: no soy digno de vuestra amistad. Tenéis razón, separémonos. ¿Por dónde tomáis vos?

—Escoge.

El León dice:

—Volveré á pasar el río.

—Anda, pues.

Y el León, de un salto, pasó el río, y pronto sintióse libre como si se hubiese descargado de un gran peso.

Y caminando como el viento, encontró á un viejo Oso que le dice:

—¿Cómo corréis tan afanoso, señor León?

—No sé. No vayáis por esta parte: hay una bestia espantosa.

—¿Una bestia que le pone espanto al León?— dijo el Oso.

—Así es.

—Describídmela.

Y el León se la describió. El Oso, cuando lo hubo oido todo, el hocico, las orejas, las herraduras, lo interrumpió con una risotada extraordinaria; ofendido de lo cual el León le trató mal.

Y el Oso reía aún, y se desternillaba de risa.

El León se enfadaba más que nunca y estuvo por hacerlo trizas.

—¡Bueno, bueno!—dijo el Oso cesando en su hilaridad. Vamos á encontrarlo.

—No á fe.

El Oso puso la cara seria.

¿Un León tener miedo? ¿Así respetaba la memoria de sus abuelos? ¡Y tener miedo andando con un Oso!

—Es que yo no sé por qué tengo miedo. Vamos, pero atémonos las colas juntas.

—Acepto.

Y atándose las colas, se pusieron en camino. Volvieron á pasar el río y salieron al monte.

En la cumbre del monte había otro llano. Allí, en el fondo, el Archileón comía pacíficamente lamiéndose los hocicos. Una victoria como aquella era digna de un docto como él: cuando se volviese hombre lo escribiría ciertamente en sus memorias. De pronto ve al Oso y al León.

—¡Hola!—dice.—Ahí están.



...se echó á reir y á rebuznar y á tirar coces contra una especie de peñasco...

Habían vuelto, y nada menos que dos. Pensó un remedio, de prisa y corriendo, pero no se le ocurrió más que el acostumbrado expediente. Y se echó á reir y á rebuznar y á tirar coces contra una especie de peñasco que coronaba aquel plano.

El Oso, que no lo habia visto y lo buscaba con los ojos escondidos tras de los pelos, detúvose un momento asi que lo oyó rebuznar, para decirle riendo al León:

—¿No te lo decía yo?

Pero el León no quiso esperar. Creyó que al Oso le había entrado un grandísimo miedo, y, repugnándole tomar la ofensiva contra el compañero de antes, emprendió la fuga.

—¡Párate!—aullaba el Oso.—¡Es el Asno, es el Asno!

Pero el León no oia, y ya por la montaña iba como un rayo, tirando del pobre Oso, que tropezaba á cada momento no pudiéndole seguir, y daba con la cabeza á una parte y otra, en un árbol, en una piedra, en una zanja.

—¡Párate! ¡Me haces daño! ¡Me estás matando!

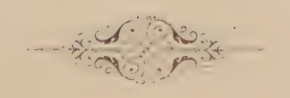
Pero el León nada oia, y andaba más aprisa que nunca.

Llegado al fondo, se volvió atrás como si temiese ver al Archileón en pos de si, y vió el Oso á sus pies muerto.

—¡Párate! No tengas miedo.—exclamó mirándolo compasivamente.—Y... ¡ha muerto de miedo!

Entretanto el Archileón, que no quería esperar

semejantes encuentros, lanzóse á campo traviesa en busca de un país donde no hubiese leones. Dejó atrás las montañas; pero cuando menos se esperaba encontróse con un hombre que le esperaba con un nudoso garrote y le llevó de nuevo al establo.



V

EL BOBO DE CARPINETA

EL BOBO DE CARPINETA



Érase una vez en Carpineta... ¿Que dónde está Carpineta? Pues allá en una vertiente de los Apeninos, en el territorio de los antiguos Estados Pontificios. Ha sido siempre un país de gente curiosa por más de un título: locos, caprichosos, lunáticos. Pero hubo una vez uno tan bribón y bufo, que quedó por proverbio en aquellas montañas.

Era hijo de una pobre viuda, y entró á servir á un señor poco rico y que no podía sufrir sus simplicidades.

—A la primera que me hagas,—le decía,—ten cuidado, que te planto de patitas á la calle.

El bobo, con su rostro carilleno y bonico, terso como un melón, con sus ojillos resplandecientes y celestes, respondió que sí.

Era robusto y podía hacer cualquier cosa; pero con aquel cascarón de cabeza todo le salía al revés. Su madre estaba desesperada, y de continuo le sermoneaba y le llenaba de buenos consejos; pero era eso como enderezarles las piernas á los perros.

Una mañana, pues, lo envió al molino á moler un saco de trigo.

—Cuida de que no te lo robe todo el molinero,—le dijo;—dile que de la molienda se cobre un celemín por fanega. ¿Te acordarás?

—Sí.

—Mira: como debes pasar por tantas partes, será mejor que lo vayas repitiendo siempre como el *b, a, ba;* si no, cuando llegues al molino no te acordarás ya.

—Está bien.

Y el bobo cargóse el saco á cuestas y salió para el molino, y decía siempre:

—¡Un celemín por fanega! ¡Un celemín por fanega!

Pero lo decía gritando, y la gente que le oía se detenía pensando:



El bobo de Carpineta

—¿Qué diablos dice?

Caminando un trecho atravesó por un lugar donde trillaban unos haces de trigo.

—¡Un celemín por fanega! ¡Un celemín por fanega!

Los trilladores le fueron detrás.

—¿Eso profetizas?

Y le molieron á palos.

—Pues ¿qué debo decir?

—Que salgan mil fanegas.

Y el bobo, aprisita, murmuraba:

—¡Que salgan mil! ¡Que salgan mil!

Llegó á otro lugar donde sacaban un difunto de una casa.

—¡Que salgan mil! ¡Que salgan mil!

Los del lugar le echaron mano diciendo:

—¿Qué estás blasfemando ahí, desventurado?

—Pues ¿qué debo decir?

—¡No salga nunca!

Y el bobo, por la carretera, tambaleándose, murmuraba:

—¡No salga nunca! ¡No salga nunca!

Encontró á un aldeano muy atrafagado en levantar un borrico de una zanja en que se había caído.

—¡Ah, buena pieza! ¿Conque estoy sudando hace una hora y tú quisieras que el burro no saliera nunca?

Y con una vara le midió toda la parte de las espaldas no protegida por el saco.

—Pues ¿qué he de decir?—berreaba el bobo.

—¡San Antón le valga!

Y el bobo:

—¡San Antón le valga!

Y lo oyó un cazador que estaba persiguiendo á una liebre, y fuése derecho á él.

El bobo, azorado, aullaba:

—Pues ¿qué he de decir?

—Así la tuvieses en la boca.

Y el bobo repetía:

—Así la tuvieses en la boca.

Eso decía, cuando se encontró delante de una era donde un aldeano con la horquilla levantaba la paja; y el aldeano, creyéndose ofendido, amenazó con la horquilla al bobo, que á todo correr escapó camino del valle; y tanto corrió que no vió el molino y pasó el río y salió al monte y llegó á un caserón que era un convento.

Pero el convento estaba cerrado, porque era de noche. Hacia mucho viento. Y el bobo golpeaba en la pared, diciendo:

—Ábreme, molinero.

Y el molinero no abría. Había allí una Virgencita de barro ,y el bobo se dirigió á la Virgencita:

—¿Eres tú la molinera?

Y el viento, silbando, hacía:

—Siiii.

—Asi, pues, ¿me molerás el grano?

Y el viento:

—Siiii.

—Entonces lo dejo aquí y volveré mañana á recogerlo.

—Siiii.

Llegado á casa, le dice su madre:

—¿Y el saco?

El bobo se lo refirió todo de pe á pa, y la madre comprendió toda su desgracia.

—Mañana no tendremos pan,—decía llorando.—Cásate, cásate con una mujercita que te haga entrar en juicio.

—¿Cómo he de hacerlo para casarme?

—Vete á la plaza, y cuando las muchachas salgan de misa, le echas el ojo á la que te guste más y pregúntale si te quiere.

El bobo se fué al establo, donde había catorce cabras del amo, les sacó los ojos á todas catorce y se los metió en los bolsillos. Después se fué á la plaza, y cuando las muchachas salían de misa, comenzó á arrojárselos. Fué aquello una escapatoria general, un desconcierto, un asombro, una maravilla.

Llega la madre.

—Pero ¿qué has hecho, bribón? ¡Nos has arruinado! ¡Ahora el amo nos echa de casa y nos encontratramos en medio de la calle!

El bobo la miró con aire estúpido, con aquellos sus dos ojos azul celestes, y dijo:

—Pues ¿no me dijiste que les echara el ojo?

VI

MIDAS

JUGUETE MITOLÓGICO



MIDAS

Juguete mitológico

I

La manía del dinero no es cosa de hoy tan solamente, ni las idas y venidas de los príncipes y reyes son costumbres puramente modernas desde que se ha inventado el ferrocarril. En la antigüedad iban de gira hasta los dioses, reservándose enderezar de vez en cuando la cabeza á la gente. Oid.

Midas era un rey frigio, que de nada carecía. Tenía un bonito palacio, esposa é hijos, un huerto con cebollas y tres ó cuatro criados que le sostenían el manto cuando iba en procesión por el reino. Era un

tanto calabacín: sabía muy poco ó nada; pero no lo echaba de ver y en nada perjudicaba esto á su felicidad.

Ocurrióseie cierto día mostrar un poco de presunción, y, á decir verdad, en el fondo no le sentaba mal. Otra vez le llamaron uno de los primeros reyes de la tierra y se creció mucho. Desde entonces comenzaron á darle manías así que se le decía que tal ó cual soberano gozaba de cierta fama.

Quiso el diablo que se le ocurriera ir á visitar á un su hermano (los reyes, como ya sabéis, son hermanos entre sí), y partió con un séquito espléndido de todos los más nobles personajes de su reino, guardias rurales, reposteros y coperos, y llegó allí con aire de triunfante, creyendo eclipsar la magnificencia tan alabada de su huésped. Mas ¡ay! encontró una casa real estupenda, de cornisas y salas doradas, con muebles dorados y vasos dorados, y Midas se quedó de piedra creyendo de pronto que fuese todo oro macizo. Por doquier veía un centelleo deslumbrador, y los cortesanos y los objetos y las maderas y las paredes, eran todo por el mismo estilo; tanto, que nuestro pobre frigio no tuvo ya sosiego y se fué con una cara tan mortificada que daba lástima. Por el camino fué un continuo pensar cómo podría resolver la cuestión. No había en todo su reino una partícula de oro, y en casa de sus pobres súbditos ni de oídas se conocía.

—¡Oh gente estúpida! ¡Oh rústicos sin garbo ni sandunga! ¿Por qué no emigráis y no regresáis al país con sacos de monedas?—pensaba el rey.—¡Qué horri-

ble era su comitiva! ¡Que miserables arneses! ¡Cómo hedían á destripaterrones! ¡Largo! ¡Apartaos, marranos!

En su desesperación no ponía ya los pies fuera de casa.

Pero hé aquí que el destino le sirve. Una noche que llovía á cántaros, llega á las puertas del palacio un viajero calado hasta los tuétanos que pide hospitalidad. Era un gordinflón mofletudo y fresco, con unos ojillos brillantes y astutos, rubio, alegre, con la cabeza resplandeciente. Acogiólo Midas sin imaginar quién fuese, le instaló en el cuarto menos feo de la casa, le dió la cama menos incómoda, aun cuando el viajero protestaba que hubiese dormido muy bien aun en el suelo, y le preparó una cenilla discreta, tanto más en cuanto Midas, si no tenía muy bien provisto el bolsillo, poseia en cambio una bodega con toneles llenos que valían un Perú.

—¡Tenéis un excelente vino y unos bravos aldeanos en vuestro reino!—dijo el forastero.

—Así tuviese tanto oro,—respondió Midas;—pero esos gaznápiros no son buenos sino para plantar majuelos y escardar cebollinos. Cavar y plantar cepas: esa es su única diversión. ¡Calabacines estúpidos! y no hacen sino vino, hasta tener que botarlo.

—He corrido mucho mundo,—replicó el forastero; —pero no he encontrado nunca un vino como éste. Especialmente esta noche, que estoy todo mojado, con esa lluvia menudita y ese tiempo endiablado, me ha puesto el estómago en su sitio. Quiero recompen-

sarte, rey afortunado: pide cuanto desees y lo tendrás.

Y, al decir esto, el forastero apareció rodeado de una aureola de luz, y Midas cayó á sus pies estremecido:

—¡Sois un dios! ¡Oh, piedad, piedad de mí!

—Levántate, porque estoy archicontento de la hospitalidad que me has dado. Pide la gracia que quieras; Baco no le ha negado nunca nada á nadie.

—¡Baco! ¡Piedad, señor! ¡Perdón! He... blasfemado de vos... algunas veces.

—Te perdono. ¡Pide!

—Pues bien,—respondió Midas conmovido;—ya que sois Baco Lico, el gran dios que pasa los ríos á pie enjuto, que con la varita mágica cambia los estériles desiertos en fértiles campiñas y de las rocas hace surgir fuentes prodigiosas de agua viva... ¡piedad, numen adorado! voy á pediros una gracia: sólo vos podéis hacerla; por vos sólo seré yo feliz y me prosternaré reconocido ante vuestros idolos, y haréis de mí lo que gustéis, en la seguridad de que estaré archicontento y moriré en paz...

—¿Qué pides, pues, hablador sempiterno?

—Que se convierta en oro todo cuanto toque, y seré feliz. No tendré ya otro deseo alguno: seré el más feliz de todos los mortales.

—El más infeliz, querrás decir.

—No: ¡el más feliz, numen sagrado! A mí no me hace falta más que esto: no deseo, no pido otra cosa. Con esto cambiaré mi zaquizamí en un palacio digno



—¡Baco! ¡Piedad, señor! ¡Perdón!

de un príncipe frigio, digno de causar envidia á mis hermanos reinantes. Soy ahora el rey más cursi: no tengo corte ni cortesanos. Mis súbditos son unos patanes: van vestidos de fustán y llevan zuecos por zapatos. Tengo necesidad de una cueva llena de oro para reorganizar mi país, para hacerlo el más civilizado de esta tierra. Con el oro os levantaré altares por doquier...

—Levántate: estás desatinando. Se ve que eres un imbécil. Mis altares más hermosos son tus viñas: tu mayor riqueza es tu pobreza. No tienes necesidad de nada, materialmente hablando. Todos tus súbditos trabajan, y trabajan bien: te proveen de excelente vino la bodega, el granero de pan, la despensa de buenos bocados. ¿Qué quieres más, mentecato? El oro te hará pavorosamente infeliz. Te doy toda la noche de tiempo para que reflexiones y puedas pedirme una gracia más ventajosa, porque, naturalmente, algo mejor te faltará de seguro. No obstante, no podré negarte lo que me pidas. Ea, piénsalo, y no seas majadero.

En toda la noche no pegó los ojos Midas: quería renunciar á la gracia, pero era demasiado espléndida. ¡Oh, qué hermosas cosas compraría! ¡Plantas extrañas, muebles costosísimos, joyas las más ricas! Y ¡cuántas hermosas innovaciones, qué comodidades, qué delicias se admirarían en su palacio, ahora tan feo y tan mezquino!

—Cuando tendré hecho mi alcázar un ascua de oro, y mis utensilios domésticos, y mis trajes, y mis

muebles, todo de oro, y mis coches de oro, y los arneses de oro, entraré en los chiribitiles de mis vasallos y los convertiré en magníficas moradas. No habrá ningún otro metal: ni hierro, ni cobre, ni la lívida plata. Todo resplandecerá como el sol. Mis ciudadanos y mis labriegos dejarán ya de cavar todo el día y de reventarse como hacen por un pedazo de pan. Por la noche en la cena, y de día en la comida, llenaránse de júbilo al verse ante magníficas mesas, vasos estupendos, y las cazuelas de barro convertidas en el metal más noble. Este será el país más renombrado del mundo. De todas partes vendrán aqui, y verán á la gente, llena de contento, darse la gran vida, todo fiestas, todo suntuosos bailes, banquetes, jolgorios de mil clases. En todos los semblantes aparecerá pintada la alegría, la felicidad, y de todo esto me serán deudores á mí, sólo á mí, que les habré procurado tanto. Y cuando apareceré en público, todos gritarán, *¡viva!* y se arrodillarán ante mi presencia. «—¡Mirad! —dirán.—¡Pasa nuestro señor, el hijo de Baco, el predilecto semidiós!» «—Midas, vas á abusar de eso,—me dirá el numen.» Y yo le diré: «—Señor, no: no abusaré. Solamente que cuando me parecerá que tenga necesidad de oro, que no necesitaré tanto, haré que no me falte.»

Así había soñado Midas con los ojos abiertos y no le quedaba ya sino realizar su idea.

—Dicen que los hombres no son felices: pues que me concedan eso, y seré divinamente feliz.

Muy de mañanita hallábase Midas en la puerta es-

perando al numen. Ya toda la gente había sabido que el rey había sido visitado por el dios. ¡Figuraos qué honor! ¿Quién hubiera dicho que un rey á quien todo el mundo tenía por un pelagatos... ¡pues! Todos los rústicos habían dejado sus picos y azadones y habían ido en tropel al palacio para ver.

—¿Qué dios debe ser? ¿Júpiter? ¿Apolo? ¡Ah! ¡Es Baco!—Viéronle ayer noche, con un rayo en la frente y la varita en la mano. ¡Viva el dios Baco!

Habían levantado un altar en la plaza, y todo era fiesta y contento. Midas hubiera bailado de gozo y temblaba al mismo tiempo. Apenas osaba resollar. Tenía un miedo tan grande de que no le negasen aquella gracia, que estaba como sobre ascuas. Hubiera querido hallarse delante del numen y no hubiera querido que llegase nunca aquel instante. Finalmente, salió Baco: Midas estaba de rodillas, reverente, sumiso, pidiendo gracia con todos los movimientos de su cuerpo.

—Eres el mismo de ayer,—le dijo el dios;—ya lo veo.

—¡Piedad!—responde Midas.—Habéis contentado á tantos en este mundo, habéis hecho felices á tantos, hay tantos que os bendicen... dejadme que también yo...

—¿Qué pides?

—Que se convierta en oro...

—¿Todo lo que toques?

Midas no tuvo valor para responder: dobló la cabeza é hizo una ligera inclinación.

—Está bien: sea.—¡Pedazo de imbécil!—dijo para sí. Y partió entre los aplausos de aquellas buenas gentes, que gritaban como unos benditos y bebían en honor al dios.

—Y vosotros ¿qué queréis?

—¡Una buena cosecha!

—¡La tendréis!—respondió Baco. Y extendiendo su varita mágica, apareció trocada la campiña en un encanto de vegetación, y los árboles aparecieron cargados de hermosas y apetitosas frutas, y las cepas estaban llenas de pámpanos, y en los olivares había más aceitunas que hojas.

El más alegre de todos era, sin embargo, el rey, que no cabía en sí de contento. Parecíale un sueño. No había desaparecido todavía el numen cuando se levantó estupefacto. Pensó si podía creer en un milagro semejante. Y, como dudando, extendió la mano á una hoja y... ¡oh Baco!... vióla cambiarse al instante en oro, el más reluciente y el más bello que se pudiese ver.

Echóse de rodillas y adoró, rendido con tanta gracia imprevista, el poder del numen, y prometió que le levantaría el altar más rico y más maravilloso de toda la tierra.

Y lleno de admiración á sí mismo, y nada envidioso de sus hermanos reinantes, sintió ahora por ellos una profunda lástima, y deseó llegase el día en que su palacio fuese resplandeciente como el sol y de un extremo á otro del mundo acudiesen á visitarlo todos los pueblos.

Estaba ebrio de alegría. Envidió los brazos de Briareo. Hubiera querido tocarlo todo al mismo tiempo para cambiarlo todo en oro. Lo primero fué el palacio real, por fuera: las paredes, ya al sol naciente, deslumbraban. El techo mismo era de oro, y Midas había asistido al cambio después de haber andado aquí y allá con una escalera para ejecutar el trueque. Toda la mañana y toda la tarde no hizo más que pasar de un objeto á otro, no teniendo más que una manía: poner la mano y admirar el cambio súbito. Todos los muebles, los armarios, la artesa, la alacena y la chimenea eran de oro macizo; las camas de oro, las sillas, las mesas. No había tenido en todo el día ganas de comer. Llegada la noche, cansado del continuo é insólito trajín, dejóse caer sobre la cama sin pensar en desnudarse; pero no por eso dejó de sentir que también la cama se había convertido en oro. Durmió toda la noche gimoteando, moviéndose de un lado á otro: soñaba con montes de oro y con ladrones, con cielos de oro y con enemigos, con campiñas de oro y con perseguidores; y se levantó con la cabeza llena de oro, de ladrones y de asesinos. ¡Oh infelices sueños! Pero se tranquilizó al ver la estancia hecha una maravilla de esplendor. Se sintió derrengado como si le hubiesen dado una paliza; además, sus ropas le pesaban, sus calzones le parecían de de plomo. Recordó entonces que se habían cambiado en oro, aun aquello; cosa que le disgustó. ¡Esto era ya demasiada bondad, demasiado favor por parte de Baco!—Verdaderamente no tenía yo necesidad de

unas ropas de oro. Pero ¡paciencia!—Con todo, el hecho es que sentía un deseo, en medio de todo, que no era de oro. Entonces se acordó de que no había comido casi en dos días, y se fué al comedor, donde le esperaban los criados y donde todo era amarillo y reluciente.

Midas no tenía espejo donde mirarse, que, á no ser así, sin duda se hubiera dado miedo. Pero sus criados estaban amarillos, amarillos como melones.

—¿Qué tenéis? ¿Estáis todos enfermos,—les dijo, —cuando os halláis en medio del mayor bien? ¿Estáis enfermos?

—Nadie está enfermo.

—Pues ¿por qué tan amarillos?

—Como vos, Majestad; debe ser todo este oro que les quita los colores á las mejillas.

—¡Idiotas! ¡Diez veces idiotas! ¿Cuándo se ha visto nunca que el oro le quite el color á las mejillas? Y después, basta con que no quite el apetito. Tengo un hambre voraz. ¡Ea, servidme! Y que sea algo reconfortante. Cuatro de vosotros en el entretanto montarán en los caballos más veloces de nuestras caballerizas y correrán á invitar á nuestros reyes vecinos, de parte de Midas, primer rey de la tierra, hijo predilecto de Baco. Que vengan dentro cuatro días á este palacio real á rendir gracias conmigo á Lieo y á Júpiter Óptimo Máximo. ¡Servid la mesa!

Cuatro de los criados menos desaparrados montaron en las cabalgaduras menos infelices del establo y partieron. Otro criado sirvió la mesa. Midas se restre-

gaba las manos de gusto. Entonces, durante el reinado de Midas, no se conocía aún el lujo de los platos. Comíase al uso primitivo. Así es que le trajeron un plato de magníficas magras y un buen cesto de higos que decían:—Comedme, comedme.—Midas deseó que las hojas le sirviesen de plato, y dijo:—Convertid estas hojas.—Dicho y hecho. Después cogió un higo, llevóselo á la boca en un instante; pero ¡qué grito y qué *¡por Baco!* ¡Pobre boca! ¡El higo... era de oro!

Cuando á Midas se le hubo pasado el dolor, miró con extraviados ojos la cesta y la fruta. Se le había ocurrido un pensamiento horrible.

—¡Dadme de beber!

Trajéronle vino.

—¡Ah! ¡Maldición!

El vino se había endurecido apenas Midas había tocado á la copa.

—Llamad al médico... á un gran médico.

No había más que uno, y fué al instante.

—Doctor, salvadme, por caridad, y tendréis de mí... ¿Ponéis mal gesto? ¿No hay remedio?

—No hay remedio.

—¿Deberé morir de hambre? Pero eso no se lo había pedido yo á los dioses.

Y después de un momento de terror, con un rayo de esperanza:

—¿Y si me hago orear?

—Es lo mismo.

—Subiré á los árboles: la vitalidad... de las plantas resiste...



¡El higo... era de oro!

—Es inútil: el dios es más vital que todo y que todos, señor.

—¡Desesperación de mi alma! ¡Oh infamia del oro, que me roba la vida el día que me la da! ¡Doctor, siervos, amigos, salvadme! ¡No quiero morir! Vuelva yo á un tugurio, duerma sobre el duro suelo, pierda el reino, pero ¡no la vida! ¡Quiero ver á mis hijitos... Llamadles para que les bese... Ore yo con ellos...

—No puedo, y no querréis vos tampoco. Abrazaríais estatuas... de oro.

Entonces Midas perdió el conocimiento: deliraba.

—¡Muerto de hambre! ¡Oh castigo tremendo! ¡Baco, numen santo, ten piedad de mí! Llevaos cuanto me habéis dado. Vuélvame yo pobre, infeliz: trabajaré en un oficio, me arrastraré por tierra como una serpiente; pero ¡que no pierda yo la vida! ¡Oh Dios! ¡Me ahogo! ¡Sacadme á respirar fuera de aquí!

Midas fué llevado al huerto sosteniéndose en dos trancas, puesto que nadie osase acercársele, como si fuese un perro rabioso, y allá le dejaron sobre un poyo. Miró en torno suyo con extraviados ojos. Se levantó; parecióle que volvía en sí. Miró desesperadamente á su alrededor... y la escena le pareció horrible. Su palacio real, ilustre, espléndido, le daba espanto. ¡Cuán odioso era el amarillo! Parecíale que la gente se burlaba de él: la compasión era un escarnio: no quería que se compadeciesen sino que le libertasen. El más miserable gañán era un millón de veces más afortunado que él. Entonces se postró de hinojos. Tenía los cabellos erizados; hallábase acabado,

debilísimo, como si no hubiese comido hacía un mes; los ojos y las pestañas, la boca, la barbilla, la cara, los brazos, la ropa, todo el cuerpo se estremecía: parecía estar sin aliento y dábale vida la desesperación.

—¡Oh numen santo! Perdóname mi yerro: no sabía yo lo que me pescaba: bastante castigado he sido. Vengan aquí todos los reyes á conocer mi tontuna, sujetadme á todas las humillaciones; pero no permanezca yo más así. Envidio al más infeliz, al más desdichado de todos los mortales. Convertid mi casa en un montón informe de lodo y de pedruscos donde apenas pueda reclinar mi cabeza, pero sí gozar del aire, del cielo, de los campos que vos, Dios bueno, habéis embellecido y beneficiado.

Todo el día rezó, desconsolado, creyendo ver aparecérsele la muerte de un momento á otro. Pero el dios no comparecía. La noticia había cundido rápidamente, pero no se sabía todavía la desgracia. Todo era hacerse lenguas del favor del numen, y mil y mil individuos corrían á ver aquel palacio real. Preparábanse á contar maravillas de él, y ya le llamaban *el ascua de oro* y blasfemaban del dios que hacía tan injustamente las cosas, dejando desamparado á tanto pobretón para favorecer á un borrico cualquiera.

Sabedores de la novedad, los reyes vecinos aprestábanse á visitar á aquel pedazo de cernícalo, á aquel harto de ajos, que, por más que hiciese, siempre sería un animal por aquello de que *aunque se*

vista de seda la mona, mona se queda, y probablemente para encontrarse con que no era tanto como se quería decir, pues sabido es que *de dinero y amistad, la mitad de la mitad.*

La noche de aquel malaventurado día, Midas, más rendido y asustado que nunca, pareciéndole que iba á morirse, se había refugiado en un rincón de la casa, sin que ni siquiera un perro le hiciese compañía. De pronto se rasga el cielo, aparece un numen, y, volando hacia Midas entre el asombro de las gentes, se lo lleva consigo. Midas no ve nada: pasa cruzando los aires por las floridas campiñas, mientras el aldeano que regresa á su casa con la familia, maravillado con tanto milagro, se postra en tierra.

II

Detiénense á orillas del río Pactolo.

Apenas Midas en tierra, imploró piedad de nuevo.

—Date un remojón,—le dice el numen,—y el agua te quitará esa virtud que has maldecido.

Y, sin esperar á que lo hiciese, tómale por el pelo, le zambulle en el agua corriente, lo levanta y vuelve á zambullirle tres veces. Después le saca fuera y le dice:

—Ahora anda: come de la primera fruta que encuentres y no vayas á cometer más majaderías.

Midas volvíase para casa, ligero como una pluma.

respirando el aire á plenos pulmones, deseando solamente ver á la familia. Cuando observó á lo lejos el hermoso palacio de oro tornado todo negro, en lugar de sentir disgusto experimentó contento. Pareciale una confirmación de la gracia recibida. Habíase desvanecido el sueño.

—Pueden venir cuando quieran los soberanos á burlárseme,—dijo respirando.

Pasaron días, meses y años, y Midas se consideraba dichoso en su pobreza, olvidada ya la vergüenza de la visita que en su destartalado caserón le hicieran los reyes á quienes invitara; pero ocurrióle otra que podrá servir de ejemplo á los que se meten á hablar de cosas que no entienden. Ésta le dejó una señal por toda la vida.

No teniendo Apolo y Pan nada que hacer, disputaban sobre quién tocaba mejor. Apolo era el dios de la música y Pan el de los pastores. El primero tocaba la cítara y el otro la zampoña ó la gaita. Pan, con sus pies de cabra y su rostro hirsuto, había desafiado á Apolo; y este dios, pacífico, habíase bajado á la tierra para ver quién vencía á quién. Fueron llamados dos jueces: el monte Molo y Midas. Para Midas, á lo que se dice, lo mismo tenía tocar un cuerno que un violín: no tenía ni sombra de oído. Hubiera debido, por lo tanto, rehusar categóricamente; pero un rey debe entender en todo; así es que, en lugar de decir «No voy,» aceptó de mil amores.

Hallábanse en un hermoso prado, al pie del monte Molo. Apolo comenzó. Este dios era guapo, pero

cuando el sonido y el canto le inspiraban, había en su rostro todo el esplendor de la divinidad. Apenas había principiado cuando el monte Molo comenzó, agitando sus plantas y árboles en diversos modos, á demostrar las varias impresiones que experimentaba con aquella delicada armonía; la naturaleza se hallaba extasiada: ora no se meneaba una sola hoja, ora el mundo palpitaba conmovido. Pero para Midas aquello era demasiado insignificante, inconcebible: una cosa sin concluir.

—¡No se oye!—decía.—¡Vaya una música desmayada!

De pronto empieza Pan con su zampoña. Parecía aquello el fin del mundo, tanto era el estruendo que metía: los pájaros se escapaban á vuelo tendido, los árboles, las plantas, se agitaban con desesperación y el aire agitábase amenazadoramente.

—¡Esto es tocar! ¡Venga de ahí!—dijo Midas levantándose.—¡Viva Pan!

El monte Molo protestó, y el viento silbando llevóse aprisa los últimos estridores de Pan y las botaratadas que echaba Midas por aquella boca. Picado, ofendido el rey en su amor propio, profirió más fuertemente la sentencia contra el Délfico, y el viento se la llevó de nuevo. Pan le daba la razón á Midas, diciendo que era un monarca sapientísimo. Entonces Apolo, enojado por la injusticia que en su concepto se le hacía, le llamó tres veces animal á Midas; y para que en lo sucesivo aprendiese á juzgar con todas las facultades de la naturaleza, le regaló dos instrumentos al caso.



... un par de orejas de borrico...

que Pan mismo no le hubiera envidiado, ni gustado poseer: sentencióle á que merecería un par de orejas de borrico, las más hermosas que se pudiese imaginar.

Midas no lo advirtió al principio, porque le crecían poco á poco; pero al volver á casa sintió como si tuviese algo sobre las sienes, y por la amenaza de Apolo adivinó su desgracia. Llegado á palacio, sentóse desesperado, palpándose la cabeza. Ni los consuelos ni los ruegos de su esposa le podían aquietar y hacerle decir qué tenía.

—¡Ni siquiera la verdad, ni siquiera la verdad está permitido decir!—exclamaba.—¡No, no se puede decirle á nadie la verdad!

—Pero ¿qué os pasa, marido mío?

—Dejadme en paz; me vuelvo una bestia.

—¡Te lo han dicho tantas veces! ¡No quieras ponerte malo con los dioses!

Midas pensó toda la noche en su destino, y toda la noche estuvo palpándose las orejas, que crecían, crecían espantosamente.

—¿Cómo lo haré para presentarme ante las gentes?

Por la mañana, pareció afortunadamente que hubiese atinado en algo.

—Necesito al barbero, mujer. Que venga en seguida.

La mujer echó á correr en busca del rapista. El barbero en aquel país ejercía también la profesión de sastre, oficios que tienen más semejanza de lo que

parece. Cortaba y cosía. Cuando oyó que el rey le llamaba tan aprisa y volando, se quedó como helado. En aquel país, cuando corría cualquiera jácara, se atribuía en seguida al barbero, que á veces no tenía nada que ver con el cuento, y corrían muchas jácaras respecto á Su Majestad. El pobre barbero pensó que le habían colgado la paternidad de alguna jácara sobre el rey.

—Puedo jurar que no he despegado los labios para nada,—decía por el camino.

Llegado á presencia de Midas, recibióle éste con el rostro descompuesto.

—Aquí estoy,—dijo el barbero.

—Sentaos: tenemos que hablar de cosas importantes. Pero... ¡cuidadito! ¡punto en boca!

El barbero respiró: tratábase de oir.

—Pues, señor,—dijo Midas,—me ha dado... no sé yo cómo expresarme... una enfermedad...

—¡Ah, señor! Y ¿dónde?

—Ahí está, ahí está; pero no sé el nombre.

—Permitidme...

—Es inútil: quizás no sea curable: mirad.

—Es un mal de oídos, señor; puramente un mal de oídos.

—Ya lo sé, y... Pero todavía hacéis pelucas, ¿verdad?

—A las órdenes de Vuestra Majestad.

—Una peluca que viniese altita, muy alta, lo más alta posible: ¿eh?

—Hasta las orejas, digámoslo así.

—¿Podría ser?

—¡No que no! Todos dirán: «—Una nueva invención de Su Majestad.» Y se propagará la moda; porque estoy seguro de que todo el mundo la adoptará, pues es cosa muy cómoda y acrecienta hasta cierto punto la dignidad y cubre...

—¡El crecimiento!...

—El crecimiento: bien dicho.

—Punto en boca, por supuesto.

—Ya se entiende, punto en boca.

—Si corre la voz, la culpa... será tuya.

—La culpa (¡caracoles!) será mía.

—Y te va la cabeza.

Iba el barbero pensando por el camino en aquella novedad. ¡Por Baco, que si la hubiese referido todo el mundo se hubiese desternillado de risa! ¡No hubiera contado con pocos parroquianos su *salón!* ¡Bella cosa si el país hubiese sido un pueblo de gente secreta! ¡De cuántos consuelos se privan esos imbéciles por querer...! No saben aguantarse...

El pobre barbero trabajó todo el día encerrado en un aposento para que no fuese nadie á preguntarle: —¡Hombre, qué peluca! ¿Para quién es esa peluca? O ¿por qué, Midas...? O ¿por qué esto ó por qué lo otro?—¿Cómo se las habría compuesto él, que lo sabía?

Por la noche fué á entregar aquel bendito arnés. ¡Cuánto mejor hubiera sido se lo hubiese encargado el rey á otro! Pero... paciencia: lo probó y se vió obligado (¡qué martirio! ¡qué martirio!) á tocar aquellas

orejas enfermas, pastosas como las de un pollino; y se las acomodó en la peluca, donde estaban, por desgracia, bonitamente escondidas.

—Acordaos de la cabeza: ¿eh?—le dijo el rey al despedirlo.

—¿Qué manda Vuestra Majestad?

—Nada.

El barbero salió con un gran peso encima del estómago y un gran dolor de cabeza.—¡Ah, mundo, mundo! No obstante, ¡ánimo, barbero!—se decía á si mismo.—Ya sabes de qué se trata.

Y cobró ánimos y se propuso no querer hablar de ello absolutamente.

—Charlatanes, la culpa no es mía. ¡Pero si nunca ha corrido una noticia más estupenda que esta! ¡Vaya eso de buscarse unas orejas de burro! ¡Valientes regalos hacen los señores dioses! Pues si yo mañana fuese un caballero y pudiese escaparme con mi mujer y mis hijos, si te he visto no me acuerdo, y buenas noches. ¡Pero, ahora, barberillo mío, juicio, juicio! Has nacido en las pajas.

Y apretando el paso y hablando consigo mismo, acercábase á la tienda. Entonces, poniéndose sobre si y torciendo el gesto para no tener ocasión de reir, entró. Una porción de gente impaciente le esperaba. Había estado en la corte: lo habian sabido por mil conductos diferentes. Y le habian visto que llevaba un envoltorio. ¿Qué llevaba en aquel envoltorio?

—Buenas noches, maestro.

—Buenas noches, buenas noches; pero voy á cerrar la tienda: dispensadme.

—¿Cerráis? ¿A esta hora? Y... ¿por qué razón?

Y lo abrumaban á preguntas, más insistentes que las moscas.

Y la mujer se ponía de parte de los preguntones.

—¿Cómo es que cierras la tienda? ¿A qué viene eso?

—¡Arre, arre!—exclamó el barbero, furioso.—¡Fuera! ¡Fuera todos, digo! ¡Largo!

Y los sacó á empujones y puñadas, después de lo cual atrancó la puerta.

Su mujer estaba estupefacta.

—Ya te dije,—gritó el barbero,—que no chistases.

—Y ¿quién ha chistado? Si yo no he abierto boca...

—¡Ya! Lo habrán sabido por el aire. Pero ¿qué te importa que yo reviente ó no?

—¡Por Dios! ¿Qué estás hablando? Yo no he dicho nada, nada; lo que se dice nada. Han visto que te dirigías á la corte, aprisa y furioso. Han visto que llevabas un bulto, presto, presto. ¡Y hé ahí! Y todo el mundo charla que te charla. Pero ¿yo? ¿yo? ¡Dios me libre!

—¡Gallinas!—dijo el sastre.—¡Claro! ¡Como se trata del pellejo de otro! Pero yo no voy á perder por ello la cabeza.

—¿Qué pasa, pues, marido mío?

—Nada, nada: te vas á la cama, á camita: ¿eh?

—Pero si no me dices nada, ¿cómo voy á dormir con el corazón tranquilo? ¿de qué manera?

—Soltémosla,—dijo el sastre para sí.—El rey se ha mandado hacer una peluca, pero no quiere que se diga. Ahí tienes.

—Me persuado poco. ¡Tantos subterfugios por una peluca!

—Y ahora tranquilízate. Pero... chitón.

Mas, como se puede pensar, para el pobre sastre era toda la bilis que se amontonaba en su estómago. La gente se había quedado fuera de la tienda, llena más que nunca de curiosidad por la escena de la tarde. Y andaban preguntando, cuchicheando, haciendo mil conjeturas. Algo debía ser.

Por la mañana volvióse á la carga, pero el sastre se mantuvo firme. Entonces hicieron como que no les importaba nada saberlo. ¡Claro! ¡Si aquello les traía á todos sin cuidado! Oiga, se trata de otra cosa. ¿No habéis oído decir lo que ha ocurrido esta mañana en la plaza de las Coles?

Pero ¡ay! Cuando pareció que la curiosidad iba disminuyendo, entonces el sastre se sintió mortificado: sintió como si se le escapara un manantial de vida. Pues qué: ¿debía acabar de aquel modo una cosa tan tremenda? ¿Debía acabar en un vaso de agua? Hay que decirlo: estuvo á punto de no poder resistir á la infernal idea de contar cuando menos una parte del caso.

Y lo intentó; pero apenas hubo comenzado á menear la sin hueso, cuando se le apareció ante los

ojos la imagen del verdugo y vió rodar su pobre cabeza. Escapóse y se encerró en uno de los aposentos más retirados de la casa, saliendo tan solamente de vez en cuando, furioso y todo aprisa, como gato escaldado, para servir á alguien, retirándose en seguida á su puesto. No le valieron los ruegos de su mujer: prefería sufrir.

Finalmente, al cuarto día, después de haber perdido el apetito y las ganas de dormir, cogió á escondidas una escarda, y, por la mañana, tempranito, salió al campo. Llegado á un paraje vecino á un río, cavó un hoyo. Tres, cuatro, diez azadonazos, y héte ahí.

—¡Oh!—exclamó.

Y, agachándose, sacó la cabeza sobre el hoyo.

—¡Midas!—gritó tan fuerte como pudo.—¡Midas tiene las orejas de burro! ¡Midas tiene las orejas de burro!

Y lo repitió cien veces, y cien veces la voz resonó en el hoyo.

Por fin se levantó, sintiendo el estómago descargado de un gran peso; rellenó el hoyo como antes, echó á andar á lo largo de la orilla del río, cogió una papalina como nunca, y luego, escapando presto, presto, dijo:

—No he hablado con nadie.

Y, satisfecho y ligero, volvióse á la tienda, y la cosa quedó olvidada dentro de poco: ya nadie hablaba del caso.

Pero una noche, algún tiempo después, el barbe-



... apenas trata de tocarla, dice algunas palabras. .

ro va á encontrar á su mujer todo despavorido, amarillo como la cera virgen, y le dice:

—¡Corre, corre, mujer mía! ¡Tenemos que escapar en seguida!

—¿Cómo?

—Escapemos, te digo. No hay tiempo que perder. Por la ciudad van cantando este estribillo: «—¡Midas tiene las orejas de burro!»

—¿Y qué?

—Que Midas va á cortarme la cabeza asi que lo sepa. Nadie sabía el secreto sino yo.

Y cogiendo los trastos y los chicos, el pobre sastre hubo de caminar toda la noche y todo el siguiente día para salirse fuera del estado. Y salvóse por milagro, porque le iban ya á la zaga de orden del rey. Tuvo que trabajar como un condenado para ganarse el pan, lo mejor que pudo, perseguido por cien calumnias, maldiciendo al que había voceado el secreto.

Un día, al cabo de algún tiempo, le dijeron:

—En un sitio que está á la misma orilla de un río, donde parece habían hecho un hoyo, ha nacido una caña, y esta caña, cuando la agitaba el viento, murmuraba algo de indistinto. Un pastor, curioso, púsose á escuchar, y, no logrando entender nada, cortó la caña y se hizo con ella una flauta. Y hé ahí que, apenas trata de tocarla, el instrumento dice algunas palabras, que al momento corren entre el pueblo á propósito de Midas.

El barbero, estupefacto, preguntó:

—¿Y Midas?

—Vive aún, y tiene todavía sus orejas, y sabe que lo sabe todo el mundo.

—¡Pobre Midas! Es verdad,—repuso el barbero;—¡hasta las cañas hablan de las orejas!



VII

LA BELLA ZITA

LEYENDA INDIANA



La Bella Zita

LEYENDA INDIANA

ERA nacida del surco de la tierra, y la luna, en un pleno esplendor, la había sonreído.

—Serás ¡oh Zita! la mujer más hermosa á quien el aire haya acariciado nunca el rostro; te casarás con el hombre más fuerte que jamás haya peleado en el mundo, y un gran poeta cantará tu belleza y tus aventuras (1);

---

(1) El gran poeta es Valmici.

serás madre de gloriosa progenie que dará nombre á la historia.

Y Zita crecía en la corte de su padre, gran monarca del Asia, modesta y sabia, ilustrada y gentil, orgullo y amor de su nación, envidia de las otras.

El padre había hecho anunciar á las gentes que nadie podría aspirar á casarse con aquella flor de la gentileza que no fuese capaz de abrazar y cargarse el grande arco de plata del Numen, de terrible fama.

Sucedió ahora que un príncipe vecino, el anciano y glorioso Dasarata, tenía tres hijos, y uno de éstos, Rama, mancebo valeroso, era su amor ardiente: jamás se hubiera separado de él. Pero un día se presenta al monarca el gran sacerdote, y le dice:

—Estamos infestados de ásperos enemigos que turban noche y día la paz: para librarnos de ellos danos á tu joven hijo, que los dispersará.

El padre se turbó profundamente, y ofreció al sacerdote que iría en persona con todo el ejército á fin de evitar que fuese aquel mancebo, única esperanza suya y harto joven aún para destinarlo á emprender tan arriesgadas aventuras.

Pero el sacerdote le repitió por tres veces la misma pregunta, y el anciano monarca debió doblar su veneranda cabeza y prometerlo.

El jovencito, hermoso como un dios, atrevido y modesto, fué acompañado hasta la frontera por el pueblo aterrorizado. Porque aquellos enemigos eran sobrenaturales, monstruos inhumanos que asumían todas las formas, peligrosos hasta lo inaudito.



El jovencito Rama se presenta, coge la tremenda arma..., y la dobla á su placer

Pero, apenas Rama se acercó á ellos, cuando pareció, no ya un jovencillo, sino un fuerte y veterano campeón, y los dispersó como á las flores la tempestad.

Esparcióse rápidamente la noticia por el mundo, y Rama fué alabado hasta el cielo y preparáronle un triunfo en cien ciudades.

Hé aquí que le llega al joven héroe una embajada pidiéndole en nombre de otro soberano una nueva prueba de valor: dominar con la fuerza un arco de enorme grosor que jamás había podido doblar nadie. El premio era la más hermosa de las doncellas.

El jovencito Rama se presenta, coge la tremenda arma como si hubiese sido un huso y la dobla á su placer.

Entonces Zita, la perla del Oriente, la envidia de las muchachas, la de la abundante cabellera, de la cintura estrecha como una sortija, entrégale su mano.

Y acompañados de una multitud inmensa que celebraba sus victorias, torna Rama á la casa paterna, venciendo de paso un resto de enemigos que le habían llovido del cielo.

El padre Dasarata había preparado para los esposos un delicioso departamento en su palacio: besó á Zita como á su nuera y encomendóla al cielo para que la hiciese feliz.

Y el más valeroso guerrero de la tierra y la mujer más hermosa del mundo vivían contentos en su reino, mientras la luna espléndida del cielo sonreía á la hija de la tierra.

El viejo padre Dasarata estaba ahora pensando en asociar á Rama al gobierno, pero el destino le preparaba otra cosa bien distinta de esa.

Una mañana, hallábase todavía en cama la madrastra de Rama, cuando su vieja camarera, una jorobada, bizca, con una nariz picuda y dos ojos negros que horadaban los obstáculos, entró en el cuarto de la reina apenas se hubo ésta despertado.

Acercóse poquito á poco al lecho real, y dijo con el tono de quien anuncia una grave desgracia:

—¿Cómo duermes tranquila todavía mientras se prepara tu desgracia y la de tu hijo? ¿No sabes aún que Dasarata quiere tener á Rama por compañero en el gobierno y en el trono?

La reina respondió sonriente y tranquila:

—Rama es fuerte; Rama es, á pesar de todo, como mi propio hijo; es el predilecto del cielo, y ciertamente hará la fortuna del reino. Te agradezco, pues, la noticia, que no sabia y que me llena de satisfacción. Así, en premio de habérmela dado, te regalo esta sortija.

Y quitándose del dedo una bellísima perla, se la puso. La vieja, sin embargo, con gesto desdeñoso y enfadado, la rehusó.

¡Cómo! ¿Una madre tenía tan poco cariño á su hijo verdadero que desease la mayor fortuna al hijo de otra mujer? ¡Oh cosa inconcebible! ¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Desdichada señora, digna de no ser madre ó de perder el hijo! En vez de colocar en el trono al digno Barata y de hundir á Rama,

harto afortunado en el favor del soberano, la madre asiste tranquila á la pérdida de sus derechos, y regala sortijas á la que le anuncia su ruina.

La reina, pensativa con tal audacia y severidad, respondió que su amor para su hijo Barata era grande; pero, aun cuando hubiese intentado persuadir al viejo monarca que abandonase á Rama por aquel otro hijo, ¿hubiera sido posible eso? ¿La habría escuchado siquiera?

Entonces la vieja habló así:

—¡Oh inconsiderada señora, que tienes entre tus manos la fortuna y no sabes aprovecharte de ella! No te acuerdas de cuando el viejo Dasarata, escapando á la muerte por tus cuidados, te abrazó, y lleno de gratitud te dijo: «—Cualquier cosa, en cualquier tiempo, que puedas desear de mí, la tendrás.» Y ¿por qué no quieres acordarte ahora de lo que te está sucediendo, vestirte de luto, presentarte ante él llorosa y declararle que ha llegado el tiempo de que te conceda una gracia?

Las palabras de la mujer produjeron en el ánimo de la reina una gran congoja. Parecíale muy mal hecho olvidarse de labrar la fortuna de su hijo cuando estaba en sus manos.

Y se presentó al rey vestida de luto y con los cabellos en desorden. Apenas el viejo Dasarata la vió tan lúgubre y lacrimosa, díjole afectuosamente:

—¿Qué tienes, mi querida consorte? ¿Qué angustia te oprime y qué puedo hacer para mitigarla?

La reina, entonces, pidió una gracia, recordando la antigua promesa del rey.

Y Dasarata, lleno de júbilo por aquel recuerdo, con los ojos resplandecientes de contento y de gratitud, respondió:

—Pide.

La reina expuso lisa y llanamente que quería que el rey llamado al trono fuese Barata, y que á Rama se le desterrase por espacio de catorce años, tiempo suficiente para que Barata se consolidase en el poder.

Parecióle al viejo rey que estaba soñando. Había caido un rayo á sus pies. ¿Cómo aquella reina tan buena habíase tornado ahora tan cruel?

Volvió de su estupor y rogó á su mujer quisiese pedirle otra cosa; que fuese asaz generosa y honrada para retirar una demanda que era funesta para todos é insensata.

Pero la reina no se desdijo, no se allanó: á cada tentativa repetía el juramento que le había hecho el rey y que estaba en su mano cumplirlo.

Entonces el anciano fué asaltado por la desesperación: pasó la tempestad por su corazón como un viento helado y furibundo á través de las salas de su palacio: rasgó sus vestidos, se arrojó por tierra, se maltrató el rostro, ultrajó su cabeza blanca y maldijo su desventura, que le obligaba á acabar tan malamente sus días, á cometer tan nefanda injusticia.

Pero su juramento era más poderoso que ninguna razón. Pasada la tormenta, no le quedaba más

sino mandar llamar á su hijo Rama y participarle la triste nueva.

Rama le escuchó tranquilamente. Aquel joven tenía en su porte y en sus palabras la sabiduría de un viejo filósofo. Ninguna desgracia le sobrevenia con que no supiese él conformarse con razones de la más elevada naturaleza.

Respondió, consolando á su anciano padre, que no se afligiese tanto por él; que emprendería de buena gana el camino del destierro, junto con su amada consorte, visitando las moradas de los viejos sabios, hecho un tesoro de sapiencia. Dentro catorce años, que no son una eternidad, volvería, y esperaba encontraría sano y bueno al anciano autor de sus días, y viviría feliz con él hasta el término de su vida.

Y se dispuso á partir. También su amada compañera tenía la misma manera de pensar.

Llegó el día fatal y todo el reino estuvo de luto. El pueblo acompañó á los desterrados hasta la frontera, conjurándoles con lágrimas á que no se ausentasen.

Lasmano, hermano de Rama, quería seguirle en su proscripción; hermoso y bravo joven, honrado y leal, y devotísimo á Rama.

Rama, despidiéndose de su pueblo, recomendó obediencia á Barata, y que no pensasen en él mientras estuviese en el destierro, pues deber suyo era cumplir su misión y obedecer al querer de los dioses.

Y partió, dejando á todos hechos un mar de lá-

grimas. Atravesó con Lasmano y con Zita las anchas florestas de la India, aquellos fecundos y exuberantes llanos, buscando un sitio delicioso donde pasar los catorce años de destierro.

Entretanto el anciano rey Dasarata, herido en lo más vivo de su corazón, doloridisimo en fuerza de sus desventuras, no dormia día ni noche, y se redujo á consumar la ya lúgubre vida. Un día, volviéndose á una gentil dama que se encontraba junto á su lecho y estaba llorando, compañera invisible de sus dolores, habló así:

—Se ha cumplido mi destino. Yo era joven y ágil, y una tarde cazaba en la floresta. Siguiendo á un ciervo disparé el arco, y senti el gemido de una persona, herida. Corrí, y vi que por error habia tocado á un niño oculto dentro de un matorral. Habian entretanto acudido sus padres á aquel grito, y habláronme en acerbas palabras, por más que se viera cuán dolido estaba yo del caso. «—Conocerás un día,—me dijeron,—qué cosa significa perder un hijo para un pobre viejo.» Y hé ahí que lo he perdido, y no puedo vivir sin él.

Y, proferidas estas palabras, posó la cabeza sobre la almohada, y su grande alma desapareció plácidamente de esta tierra como se descolora en el azul del cielo la luna al acercarse el sol.

Hiciéronsele al anciano grandes exequias, pero Barata no quiso aceptar el trono. Envió una embajada á Rama para que le anunciase la muerte de su anciano padre, y el deseo de todo el pueblo y de Ba-

rata mismo para que el desterrado se presentase á tomar posesión del gobierno del reino.

Encontraron á Rama en uno de los grandes bosques de la India, donde se preparaba para una peregrinación á una antigua ermita. Rama lloró al anuncio doloroso de la muerte del padre, y lloraron la bella Zita y Lasmano; pero en cuanto á volver, no lo consintieron. Había jurado su padre que Rama permanecería desterrado catorce años, y el hijo debía mantener el juramento paterno. Barata, aunque lamentándose, aceptó el reino como virrey, no quiso festejos ni alegrías, esperando resignado que terminase el destierro del hermano.

Rama entretanto fué visitando otras ermitas, donde encontró sabios ancianos que se ocupaban en estudiar filosofía, y enriqueció su mente con severa y sapiente doctrina.

Uno de aquellos le predijo grandes acontecimientos y acerbas luchas contra los Rasasos. pérfidos enemigos del género humano.

Rama se hizo indicar un lugar donde pudiera morar con su mujer y con su hermano, y el viejo les enseñó el bellísimo valle del Godavarí.

Dirigióse allá. Era un magnífico país. El valle, rodeado de altas montañas, cruzado por un delicioso río, que formaba de vez en cuando lagos encantadores, estaba adornado con una espléndida vegetación.

Subieron á un sitio soberanamente bello, y el joven Lasmano, ayudándose de todos los recursos de su práctico ingenio, supo, con ramas cortadas y con

flexibles cañas, formar una cómoda y graciosa cabaña, para defenderse de día de los ardientes rayos del sol, y de noche de las húmedas sombras y de las fieras.

La bella Zita pasaba su tiempo felizmente. Acudía en las horas más templadas de la mañana á refrescar sus miembros en el dulce rio, y parecia una ninfa de aquellos bosques tornada para maravillar la tierra; mientras que el marido y el hermano, con sus terribles saetas recorrían las selvas y perseguían y mataban las fieras, adornando con las más variadas pieles la morada de Zita.

Sucedió ahora que un día, descansando Rama y Lasmano delante de la fresca cabaña, y hablando con Zita, que dentro les preparaba la comida, pasó una vieja y fea rasasa, por nombre Scandinapa, que comenzó á burlarse de Rama y hacerle muecas, y á insultar á su esposa, que se desmayó al punto dentro de la cabaña. Lasmano perdió entonces la paciencia, y, cogiendo á la vieja enemiga, contrahizo su visaje y le preguntó por qué camino había venido.

Ella, temerosa de venganza, voló al palacio real de un hermano suyo rasaso, poderoso monarca de la India meridional, y refiriéndole mil cosas que no eran verdad y mil ultrajes no intentados, pidió justa venganza.

Mandó el rey rasaso catorce hombres para matar á Rama, pero no bastaron á Lasmano, pues apenas logró uno escapar de sus manos para poder contar el estrago. Entonces el rey rasaso se movió con catorce mil hombres contra Rama.

Pero Rama con su grande arco y su brazo potente, junto con su valeroso hermano, desbarató, dispersó en un relámpago el ejército enemigo entero.

La vieja Scandinapa, que asistía de lejos á la horrenda derrota mientras esperaba una fácil victoria, huyó por los aires, zigzageando como un rayo que no encuentra el camino, hacia el mediodía de la India, y atravesando á vuelo el océano, fué á parar á la isla de Lanca, hoy Ceilán, donde otro hermano más poderoso que el primero, el poderoso Rávano, que tocaba con su cabeza en el cielo y hacía temblar la tierra, reinaba despóticamente.

Habló con él, no menos falsamente que antes, de Rama, de su hermano y de Zita, y, con verdaderas y seductoras palabras, de la belleza de esta esposa, la más bella mujer de la tierra, digna de Rávano, perla, ornamento de su reino, mal asociada con Rama; y le indujo á arrebatársela.

Rávano, seducido por la idea, pensó en realizar tan alta empresa, digna de su genio, y volando al mediodía de la India, se presentó á un su hermano, rey poderoso, hombre astuto, y le expuso sus deseos.

El rey le escuchó tranquilamente, y tranquilamente le respondió que era la más extraña idea que pudiese cruzar por la mollera de un hombre. Quererse medir con Rama era pura y simplemente una mentecatería, un partido desesperado: Rama, el hombre más fuerte del mundo, á quien los mismos dioses no habían podido resistir; Rama, destinado á acabar

con los rasasos. No quisiese Rávano darle ocasión antes de tiempo, y dejase vivir un poco más á su pueblo; no precipitase la destrucción de todos.

No le hicieron mucha gracia á Rávano las palabras de su hermano. Era un vil, sin miaja de valor. No le quería ayudar: deseaba por envidia que su hermano fuese vencido, y á este objeto que fuese el más débil en el combate; pero Rávano, él, tenía mucha confianza en sus propias fuerzas. En cuanto á la negativa de su hermano era una vergonzosa cobardía.

No le valieron consejos ni observaciones. Rávano estaba decidido, y, como concesión, concluyó diciendo:

—Ya que crees que no podremos por la fuerza, apoderémonos de Zita por la astucia. Tú sabes trasformarte de mil maneras: reviste una forma seductora, para que yo pueda llevármela pronto á la otra parte del mar, y nadie vendrá á quitármela de los brazos, porque ni Rama ni su hermano pueden salvar el Océano, puesto que no tienen alas.

Así pensaba y así lo acordaron. El hermano asumiría la forma del ciervo de los cuernos de oro. Se acercaría á la cabaña de Zita y se alejaría saltando. Zita ciertamente se prendaría de él y rogaría á Rama fuese á cogerlo. Sola en la cabaña, Rávano entraría y se la llevaría.

Y así fué. Una mañana, tremenda mañana para Rama, aunque el cielo se mostrase espléndido y la naturaleza esmaltada de flores y el aire embalsamado de suaves perfumes, pasó por delante de la caba-

ña de Zita un hermoso ciervo de cuernos de oro, blanco de pelambre como una paloma. Acércase, brinca y se aleja.

Al verlo Zita, exclamó:

—¡Rama! ¡Oh, qué hermoso ciervo ha pasado! ¡Si esta tarde pudiese verlo vivo aquí ó extender su blanca piel bajo mis pies!

Rama descolgó el arco, y dijo á su hermano:

—Quédate aquí de guardia para que nadie entre. Acuérdate de que estamos amenazados de desgracias, y temo de los rasasos si me alejo demasiado. Te dejo custodio de Zita. Me llegaré al ciervo, lo cogeré, y estaré aquí dentro de un momento.

El hermano trató de aconsejarle no hiciese tal, que no accediese á aquel capricho de Zita. Aquello no podía ser un ciervo: no existen ciervos con cuernos de oro: persuadiérase Zita de que no había que insistir en su deseo imprudente. Rama respondió que no veía en ello nada malo: si era un ciervo lo cazaría; si era un rasaso le daría muerte. ¿Qué se le importaba un rasaso á él, que no temía á un ejército? Y se fué. Quedaron solos Lasmano y Zita, pero hé ahí que á poco se oye la voz de Rama que pide auxilio.

—¡Lasmano! ¡Lasmano! ¡Lasmano!

Entonces Zita se sobresalta, tiembla, ruega á Lasmano que vaya en seguida en busca de Rama, ciertamente en peligro.

Lasmano se había movido ya al primer impulso; pero, llegado á la puerta, se arrepintió. Rama le había ordenado que no abandonase la cabaña. Por lo de-

más, ¿qué peligro podía correr? ¿Teníales Rama miedo á los rasasos? Y se volvió adentro. Entonces Zita comenzó á gritar fuerte, gárrula, ásperamente, como nunca hubiese hecho. ¿ Por qué no volaba en auxilio de su hermano ? ¿ Qué razones eran aquellas? Es que no le quería nada á Rama, y las excusas que daba eran absurdas, ridículas. Le odiaba, por el contrario, en el fondo de su corazón, y deseaba su muerte para poderse casar con Zita, de la cual andaba enamorado, y heredar un día el trono de sus mayores. Zita había leído bien en su corazón, pero juraba que nadie habría odiado tan ferozmente á un hombre como ella á su cuñado si no acudía inmediatamente en auxilio de Rama.

Al oir acusaciones tan atroces, tornóse Lasmano pálido como la muerte, titubeó un poco y después cogió el arco y se fué.

—Dame en el corazón,—dijo á Zita,—que esta obediencia será causa de desgracias, pero no será mía la culpa. Cumplo tu voluntad cruel.

Y corrió como el viento en auxilio de Rama. Pero hé ahí que, apenas se hubo alejado, cuando se presenta en la cabaña Rávano vestido de peregrino sin que le hubiese visto Lasmano, que corría en busca de su hermano, á quien llamaba y no le oía. Por fin le vió, y pesaroso le dijo :

—Lasmano: ¿por qué has abandonado la cabaña? ¡Ay de mí! Nos han hecho traición. Aquel ciervo era un rasaso: era Marisa. Le he reconocido y le he herido, y al morir me ha confesado la traición. Él fué

quien fingió mi voz. Yo no he pedido socorro. Corramos. No seamos víctimas ya de algún engaño.

Entretanto que regresaban á todo correr á la cabaña, el peregrino estaba hablando con Zita y le aconsejaba abandonase la cabaña.

—Os hallaréis muy bien en un palacio real, esposa de un rey grande, poderoso y acatado, cortejada por los más altos príncipes, servida por un enjambre de damas, todas á vuestras órdenes. ¿Qué hacéis ahí, esposa de un hombre miserable, en un bosque, sin bienes de fortuna?

Zita se horrorizó al escuchar los pensamientos malvados del peregrino. Aquel hombre no podía ser sino un triste enemigo, bajo mentidos hábitos. Y respondió sencillamente, temblando de pavor, que amaba á Rama con amor eterno.

Entonces Rávano ciñó con sus brazos el talle de la joven, un talle estrecho como una sortija.

Zita lanzó un grito de espanto y quiso huir de aquellos abrazos monstruosos; pero Rávano se trasformó en un triquete y se lanzó por los aires como un gigante, fiero, sentado en su carro tirado por dragones, y voló como un relámpago, tronando, hacia el mediodía de la India, con su presa, semejante al neblí que arrebata á una paloma.

La infeliz Zita, en brazos del poderoso y cruel rasaso, habíase desmayado; y cuando volvió en sí y conoció su ruina y su culpa, volvióse llorando á los valles que abandonaba, y dijo en su pensamiento:

—Adiós, mi dulce cabaña, donde he pasado tantos



... y se lanzó por los aires como un gigante...

meses en la más santa felicidad: cuenta á Rama que he sido traicionada. Adiós, bello río del Godavari, donde tantas veces me he bañado en tus puras aguas: cuenta á Rama que he sido traicionada. Adiós, bellos montes, que levantáis vuestras simpáticas cimas hasta el cielo y donde tantas veces he ido á buscar la paz de vuestros bosques, la pureza de vuestros aires, el espectáculo grandioso de la Naturaleza, que depende de vosotros; adiós: contad á Rama que he sido traicionada.

Oyó estos lamentos Giataio, uno de los más grandes confinantes, rey del Himalaya, antiguo amigo de Dasarata, y cayó en la cuenta de que aquella era la mujer de Rama y que el rasaso la había arrebatado.

Y movióse contra Rávano, impetuosamente, para combatir con él.

Pero Rávano le derribó al suelo, moribundo, con un golpe de sus hórridos brazos.

Entretanto Rama y Lasmano corrían á la cabaña, y ya de lejos llamaban á Zita, que no respondía. ¡Ah! Tremendo presagio. Entran en la profanada cabaña, y miran allí con ojos ávidos, con ansiedad mezclada de espanto.

¡No estaba!

—¿Dónde estás, Zita?

Pensaron que la dulce niña, por hacerles alguna broma, no se hubiese escondido.

Pero buscada y llamada por todas partes, Zita no respondía. Visitaron el grande encinar donde pasa-

ban largas horas hablando de la gloria de los abuelos; pero Zita no parecía. Corrieron como ciervos al gran río, esperando estuviese allí bañándose á escondidas entre las algas como una diosa; pero Zita no estaba.

Entonces recorrieron los valles y las montañas llamando á grandes voces á la joven esposa, con el corazón angustiado, golpeándose Lasmano la frente y culpándose de haber dado oídos á una mujer; pero Zita no respondía.

. Por fin, Rama, perdida toda esperanza, cayó rendido, y, puesta la cabeza entre las rodillas, lloró.

Oyeron entonces una voz lamentable que partía de una zanja. Corrieron y encontraron á Giataio mobundo.

—¿Buscáis á Zita?—les dijo Giataio.—Zita ha sido robada por Rávano. Como antiguo amigo de Dasarata, he combatido en vano con el raptor. Si queréis noticias de la robada, no tenéis sino un solo medio: id á ver á Sugrivo, el gran rey de las Cumbres, que habita en la cima de aquella montaña tan alta. Obligado por el odio de su hermano, que le privó del trono, á recorrer toda la India como desterrado, conoce palmo á palmo el país.

Dicho esto, murió. Rama y el hermano hiciéronle los honores fúnebres al viejo amigo, tan generoso, y partieron para la alta montaña.

Sugrivo, sospechoso siempre de su traidor hermano, vió desde lo alto del monte, espiando, á los dos conocidos, y mandó en seguida saliera á su encuen-

tro su fiel Annuman, hijo del viento, para conocer sus intenciones.

Annuman regresó, dijo el nombre y el intento de los extranjeros, y Sugrivo les acogió con el respeto debido á tales personajes, y les dijo:

—Quisiera socorreros en esta empresa contra Rávano, daros mi ejército, mis personas; pero mi brazo es débil, porque soy un príncipe destronado. ¡Ah! Si yo fuese rey como otra vez, con medios poderosos, estaría á vuestras órdenes.

—Y ¿por qué,—dijo Rama,—no podríamos combatir á vuestro hermano y devolveros el trono? Yo me empeño en cuanto á vos, si vos combatís por mí.

Fué aceptado el trato é intimada la guerra al hermano, el cual se presentó con su potente ejército de silfos. Pero Rama le venció, y Sugrivo entró en la ciudad, triunfante, á gobernar sus pueblos.

No podía Rama habitar ciudades ni campiñas, y así esperaba en la cima de un monte á que Sugrivo se acordase de su persona. Pero Sugrivo, feliz en su nuevo estado, no se acordaba ya de Rama. Entonces Lasmano, viendo á su hermano en una continua ansia penosa, envió un recado á Sugrivo para recordarle el cumplimiento de su palabra.

Y Sugrivo, con un ejército de silfos, fué á verse con Rama para tratar de lo que había que hacer. Primeramente era necesario enviar descubridores por todas las partes del mundo para encontrar las huellas de Zita. Moviéronse cuatro embajadas: una á levante, otra á poniente, otra á septentrión y otra á

mediodía. A todos les había dado Rama una contraseña para que al encontrar á Zita se presentasen á ella y reconociese al enviado.

Tres volvieron, del septentrión, de levante, de poniente, sin haber encontrado ningún rastro de la esposa robada: Annuman, hijo del viento, había partido para el mediodía con otros doce hijos, pero había llegado á la orilla del Oceano sin ningún resultado. Desesperado con tan pobre éxito, sentóse en la playa y comenzó á lamentarse de su negra fortuna, y acusaba á Giataio de haber dado falsas noticias. Oyó aquellos lamentos un viejo que se encontraba por allí, rey de las montañas del mediodía, hermano de Giataio, y pidió noticias suyas. Annuman se las dió y le habló del referido rapto. El anciano dijo entonces que cuanto había asegurado Giataio era perfectamente cierto; que le pareció haber visto pasar á Rávano con su presa, sin saber quién fuera la robada. Había atravesado el Oceano, y se la había llevado á la isla de Lanca, á la bella Ceilán.

Entonces todos los de la embajada se llenaron de alegría, pero no duró mucho ésta. Querían encontrar á Zita, y Zita estaba á la otra parte del mar, cien millas distante. ¿Quién podía desde allí llegar á Lanca? ¿Quién se siente capaz de levantarse por los aires y hacer cien millas en un soplo? Nadie.

—Si yo fuera joven,—decía un viejo,—á estas horas estaría ya volando hacia la isla.

—¿Cuántas millas harías tú?—decíanse entre sí los jimios.

—Cincuenta,—respondía uno.

—Sesenta,—decía otro.

—¡Ciento!—respondió Annuman.—Yo iré.

Con grandes vivas fué recibida su proposición, y Annuman, subido á la cima del monte, lanzóse por los aires á través del Oceano.

Quedaron estupefactos los elementos á vista de tanta audacia: el Oceano se estremeció y aplaudió su valor.

Era la primera vez que un jimio se atrevía á tanto, y para que saliese en bien de su hazaña hizo surgir de las aguas un monte á medio camino para que pudiese descansar allí. Y Annuman reposó; pero, emprendiendo de nuevo el vuelo por los aires enemigos, debió combatir á los espíritus rasasos que le ponían obstáculos, les venció, les derrotó, precipitándolos en las aguas para que se los engulleran, y siguió el camino hasta que estuvo sobre Lanca.

Salía el sol, y toda la marina temblaba á sus rayos. No se veían ya, allá en lontananza, en el horizonte, las altas montañas de la India. Annuman descendió en la isla, y para no dar que sospechar se achicó cuanto pudo, y, no queriendo preguntar á nadie por Zita, iba buscando por los palacios más hermosos para dar con ella. ¡Oh qué lujo de habitaciones! ¡Qué barrios y jardines y qué encanto de fuentes y de plantas! Nunca había visto delicias semejantes, riquezas profusas con tanto arte y tanto esplendor. Pero, en medio de tanta belleza y tanta magia, faltaba solamente lo que Annuman buscaba: en ninguna parte veía se-

ñales de la arrebatada esposa; nadie hablaba de ella: pasaban por delante de él muchas mujeres hermosas, pero ninguna era la que le habian descrito.

Desesperaba ya de encontrarla, cuando se le presenta un edificio estupendo, el más bello, el más alto y gigantesco que había visto hasta entonces, y que debía ser un palacio real. Introdúcese por salas y galerías sin ser visto, por patios y por jardines, y no ve, no oye, el amable rostro, la dulce voz de la más hermosa hija de la tierra. Pero hélo aquí ahora en medio de hermosas fuentes y de frondosas alamedas, en un jardín que parecía hecho para los dioses, con las plantas más raras y deliciosas, donde millares de pájaros de las más variadas formas y colores cantaban notas llenas de encantadoras melodías. Annuman creyó soñar, pero de pronto se le presentó una escena que le llenó de temerosa esperanza. Allí en medio, rodeada de damas, una mujer vestida de negro, de fulgurante belleza, lloraba escarnecida y ultrajada.

Annuman, para no ser visto y para oir mejor, saltó sobre una gran planta.

Las damas se empeñaban en dar á entender á Zita se casase con el tirano.

En el mismo instante se abre la puerta del jardín y aparece rodeado de sus seides el terrible Rávano. Venía á intentar el último esfuerzo para rendir la inexpugnable fortaleza.

Entonces pudo conocer Annuman, por experiencia propia, la virtud de la hermosa robada.

Rávano se fué amenazando: concedíale cuarenta días de tiempo, al cabo de cuyo tiempo tenía que decidirse: ó casarse con él ó morir.

—Volvedme á mi esposo, ó, si no, dadme la muerte,—responde Zita.

—Yo romperé ese ídolo en quien adoras, desventurada,—había exclamado rabiosamente Rávano.

Las mujeres, entonces, volvieron á la carga y se burlaban de ella todavía más que antes. ¡Oponerse á la voluntad de un soberano tan poderoso! Pero ¿qué dama, en el mundo, no se hubiera dado por dichosísima por tal preferencia?

Entonces levantó la voz una de ellas, las avergonzó por su proceder, y dijo que, según ciertos sueños que había tenido, amenazaban á Lanca los mayores desastres si no se ponía en libertad á la prisionera.

Con esto se callaron las damas, y, desfilando poco á poco, la dejaron sola, entregada á su dolor y á sus lágrimas; viendo lo cual Annuman, trató de hablar para consolarla, pero para hacerlo mejor púsose á cantar las alabanzas de Rama.

Zita levantó súbitamente la cabeza y dijo:

—¿Eres un espíritu maligno que me quiere lisonjear ó un espíritu amigo que viene para consolarme?

—Vengo de parte de Rama, que está desconsolado de tu abandono,—respondió Annuman. Y en prueba de lo que te digo, mira esta sortija. ¿La reconoces?

Zita besó con expansión la perla. Entonces Annuman y Zita hablaron de Rama y de las risueñas esperanzas.



...rodeada de damas, una mujer vestida de negro... lloraba escarnecida y ultrajada.

—Dime,—exclamó Annuman;—¿consientes en ir sobre mis hombros, hermosa mía? Te llevaré por los aires, á través del Oceano, á los brazos de tu esposo.

Zita respondió que no: no era decente para una mujer, para la esposa de Rávano, ir con otro hombre, aunque fuera un fiel servidor.

Annuman la alabó por ello, la confortó en su esperanza, y, pidiendo á Zita le entregase algún objeto que le sirviese para mostrarlo á Rama en testimonio de haberla visto, dióle un collarín de perlas.

Iba ya Annuman á emprender el vuelo, cuando, ansioso de venganza, se le ocurrió dejar memoria de su presencia derribando todos los árboles de aquel maravilloso jardín; á cuyo estruendo presentóse el hijo de Rávano, que era muy valiente, y, combatiendo con él, vencióle y le hizo prisionero.

Reunido el Consejo de Estado, fué Annuman condenado á muerte, y de fijo la hubiera recibido á no haberse levantado una voz en favor suyo diciendo se tuviese en cuenta su carácter de embajador. Esto le salvó; pero como algo había que hacer contra él, acordóse que, ya que había derribado los árboles sagrados, la cosa más preciosa del palacio real, perdiese él la cosa más preciosa para un jimio, esto es, la cola. Y no hubo más: lleváronle á la plaza pública, y allí se la hubieran quemado, de seguro, á no ser por Zita, que desde sus aposentos estaba rogando á los dioses no sucediera tal. Y, en efecto, al intentar pegarle fuego á la cola, no prendía. Lo que sí sucedió fué que, rompiendo Annuman sus ligaduras, echó á

volar por los aires á través del Oceano, no parando hasta el lugar donde había dejado sus compañeros.

Recibiéronle éstos con el júbilo que es de suponer; y, habiéndoselo referido todo, emprendieron todos el rumbo hacia el norte para volver á reunirse con Sugrivo.

Sugrivo se hallaba en la cumbre de un monte juntamente con Rama, Lasmano y muchos de los suyos. Por fin se presentó Annuman y le entregó á Rama el collarín de perlas.

Ante una señal tan cierta, tan elocuente, no pudo Rama contener un grito, abrazó á Annuman como al amigo más fiel, y muy conmovido le pidió noticias de su bella arrebatada.

Todo se lo refirió Annuman en medio del maravilloso asombro de los jimios.

—¡Guerra!—dijo Sugrivo.—¡Pueblos, preparaos á una gran destrucción de rasasos! Caeremos fuertes y tremendos sobre Lanca y les quitaremos á aquellos raptores de mujeres ajenas su isla afortunada.

En pocos días estuvo listo un inmenso ejército, que se movió rumoreando hacia la India meridional.

Parecía otro Oceano que del septentrión se juntase con el del sur: las selvas, las inmensas selvas de la India, rimbombantes, anunciábanlo á los habitantes del aire, y las águilas y los buitres de las altísimas rocas abandonaban sus viejos nidos para observar, cerniéndose en el espacio, el extraordinario espectáculo.

Risueños, en buena formación, cantando alegres canciones de guerra, precipitábanse los silfos hacia el deseado incógnito país, como si fueran á una fiesta, y con sus armas parecían bosques enteros que se movían. Hélos aquí que llegan al inmenso Oceano.

—¿Dónde está Lanca? ¿Dónde está la isla, premio del pueblo vencedor?

Lanca está más allá del Oceano.

El azoramiento, la palidez, cambiaron en un momento á aquellos valerosos. ¿Cómo les era posible atravesar el Oceano? Este solo pensamiento les asustaba. No tenían alas como los rasasos ni la facultad de convertirse en espíritus moradores de los aires. Unicamente algunos pocos afortunados podían, por exceso de energía, lanzarse como si tuvieran alas.

Entonces suplicaron á su dios.

—Haced una carretera,—les dijo el inmortal Sampati, hermano de Giataio,—una carretera que os lleve á Lanca, y será eterna como nuestra gloria.

Y en un momento quedó hecha la carretera. Aquel inmenso ejército, haciendo rodar en el mar cimas enteras de montes, había construído el pasaje.

Entretanto corría por la isla la horrenda noticia de la aproximación del enemigo. Celebróse consejo en el palacio de Rávano, y la madre y un hermano suyo hallábanse dispuestos á entregar á Zita á su esposo para conjurar aquel inminente peligro.

Rávano protestó de semejante cobardía. El her-

mano le respondió con violencia que sería la ruina de su estirpe, y, enfurecido el tirano, persiguióle. El hermano, entonces, abandonó á Lanca y se pasó al campo enemigo, de cuya parte estaban los dioses, siendo acogido por Rama, que le prometió le colocaría en el trono.

Ya se acerca el día fatal de la batalla. El hijo de Rávano lleva á cabo numerosas proezas, pero no puede resistir al tremendo choque de los jimios, que le desbaratan su ejército. Piensa entonces sorprender una noche el campamento, y, en efecto, entra en él calladamente con un fiel compañero y les corta la cabeza á los mejores generales del ejército enemigo y al bizarro Lasmano.

Cunde la voz y es general el abatimiento. El ejército de los jimios quiere huir á la noticia de tal desastre; pero hé ahí Annuman que está pensando en el remedio. Conoce una yerba que crece en las cimas del Himalaya, la cual cura las heridas. Anda por ella, regresa en un instante, trayéndose la cima sagrada, aplica las yerbas á las heridas, y ya están curadas todas.

El hijo de Rávano, entonces, mientras Annuman está ausente para volver á su sitio la cima sagrada que se llevara, comparece en un carro, allá en lontananza, en figura de Rávano, con una mujer que le parece á Zita; levanta su espada y le corta la cabeza.

Caen exánimes á tal vista Lasmano y Rama; mas, por fortuna, otras yerbas de un bosque en-

cantado les vuelven á la vida, y los rasasos experimentan una derrota más grave aún que la primera vez.

¿Cómo defenderse ahora? Todo eran disensiones en la familia de Rávano. Había que despertar á Cumbarcan.

Era Cumbarcan un inmenso gigante hermano de Rávano, el cual, por orden de los dioses, debía dormir todo el año á causa de que la isla no tenía bastantes cuerpos para saciar su horrenda hambre. Mientras dormía, ocupaba un inmenso espacio de terreno. Solamente podía estar despierto tres dias al año, y entonces ocurrían horrores, estragos humanos. Había que despertar á Cumbarcan. No costó poco trabajo, dándole con lanzas, porras y mazos, y haciéndole pisotear por los elefantes. Por fin abrió los ojos, enteráronle de lo que ocurria, y, cuando supo que Rávano había arrebatado á Zita de los brazos de Rama, exclamó:

—¡Desventurado! ¡Te has metido con quien no tiene iguales sino entre los dioses!

Cumpliendo, sin embargo, lo que el honor y el destino requerían, metióse en la batalla, sembrando el espanto entre los jimios, hasta que, acudiendo Rama, le derribó con una flecha. El gigante, que era más alto que una montaña, cayó con horrible estruendo, como si se hundiera el mundo.

Entró entonces en batalla el tremendo Rávano, que podia crecerse hasta abrazar la luna y hacia retemblar la tierra con sus pisadas. Rama se movió



—Estrecha contra tu pecho á Zita, tu dulce esposa.

entonces con el ejército que le quedaba, mientras Zita se ofrecía en holocausto por la victoria de su esposo amado.

Era cuestión de vida ó muerte, y la batalla decisiva fué realmente desesperada. Volaban las saetas hasta oscurecer el cielo; los golpes horrendos de los hierros infundían un sagrado terror en los pechos débiles y encendían los de los fuertes. Por fin, detiénese el ejército de los rasasos, huye, desaparece. Y Rama se adelanta, Rama, hermoso como un dios, tranquilo como la onda de una laguna, potente como el Oceano. Tiembla y endereza hacia el obstinado monarca el arco fatal. La saeta parte silbando por los aires, dale á Rávano en medio del pecho, y el tremendo enemigo se precipita de su carro altísimo como una torre al ceder sus cimientos. La batalla está ganada.

Y hé aquí á Lasmano que conduce á Zita, que ha dejado ya su negro traje, y, llorando de alegría, tímida y gentil, acércase á su esposo. Pero Rama no se alegra ni corre á su encuentro, y como desdeñoso pronuncia estas tremendas palabras:

—He combatido por vengar nuestra afrenta y castigar á los malvados. En cuanto á vos, no puedo aceptaros: habéis estado en brazos del enemigo: no puedo reconocer en vos á la mujer de Rama.

Palidecieron los bravos al escuchar esta respuesta, y esperaron la respuesta de Zita.

—Si así es,—dijo la joven,—hágase la voluntad de mi esposo y señor. No me queda sino morir. Prepa

radme una pira, donde me pongáis, y moriré contenta, porque soy inocente.

Entre el dolor y la piedad universal fué levantada la pira, y la hermosa Zita fuése para allí tranquila y serena. Ardía y no esperaba más sino consumir aquellas formas castas y divinas; pero, al estar Zita en el fuego, el fuego no la tocaba, maravillándose la gente.

De pronto comparecieron en torno de la hoguera los espíritus magnos, los antepasados de Rama, y entre ellos, último y venerado, el anciano Dasarata, que, abrazando á su glorioso hijo vencedor, le dijo:

—Estrecha contra tu pecho á Zita, tu dulce esposa. Es la más cara perla de nuestra familia, pura é inocente y digna de ti. Vive feliz con ella. Ahora comprendo que tu destierro fué voluntad de los dioses.

A tales palabras arrodillóse Rama y besó las manos y los pies de su padre venerando, á punto de desvanecerse por los aires.

—¡Una gracia! ¡Una gracia!—dijo Rama, suplicando.

—Escucho,—dijo el padre.

—Volveré á vuestro reino, amaré con grande amor á mis pueblos, les haré grandes y dignos de vivir; volveré á vuestro palacio, adoraré vuestro recuerdo; pero hay allí una mujer que en tiempos infelices fué maldecida por vos: la madre de Barata. Quered concederle vuestro perdón.

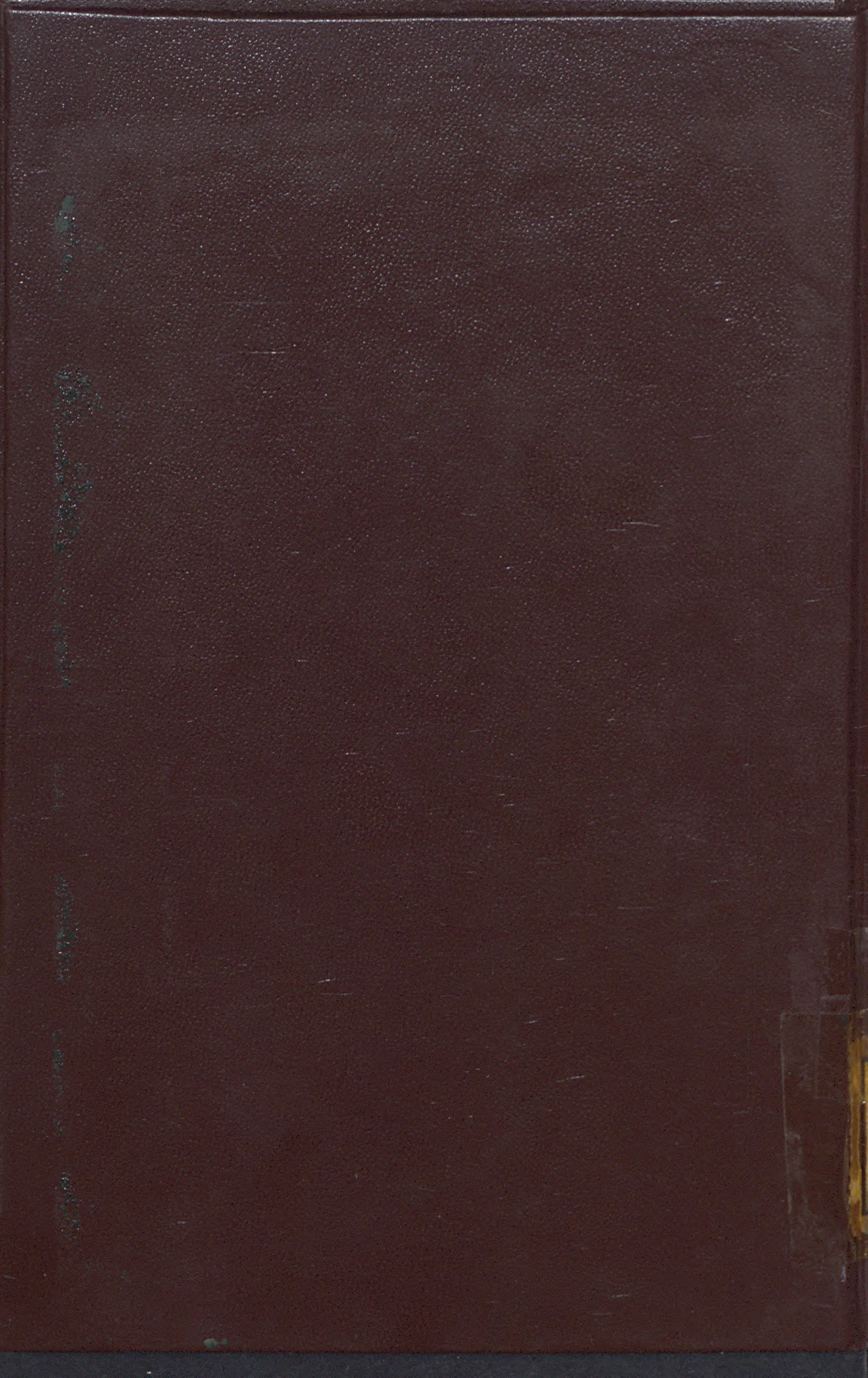
Dasarata pronunció la palabra *¡Perdono!* y desapareció para siempre.

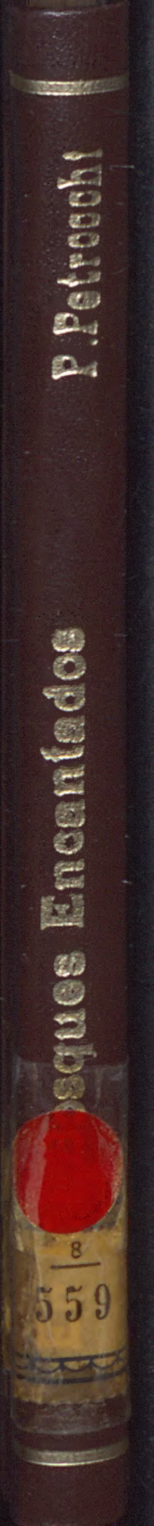
Rama y Zita volvieron á su reino ceñidos por la luminosa aureola de la victoria, y fueron por largos años la fortuna, el esplendor y la alegría de los súbditos y la envidia de los pueblos.

FIN DE LOS CUENTOS DEL BOSQUE ENCANTADO

ÍNDICE






P. Petrocchi
sques Encantados
8
559